
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00014784815

LAS TIMBERAS



D E D I C O

esta novela a

Enrique Larreta

(Autor de "La Gloria de Don Ramiro")

Es usted, señor, el primer novelista de América. Lo admiro por su talento. Lo quiero por la dignidad con que logra vivir sin ocio, entre los ricos haraganes. Pudiendo concretarse a dormir como Alí Babá, sobre talegas áureas, trabaja usted en las letras para dignificarse. Se gana usted la vida honradamente. Su pluma luminosa de obrero, avergüenza al "dolce far niente" de los aristócratas.

—El trabajo dignifica a los hombres.

En boca de un proletario esta sentencia cruje. Es un sarcasmo. Pero, en labios de un Creso, suena a voz de Cristo.

La posteridad ha de reconocer en usted el talento que le niegan los envidiosos y que le atribuyen, a la fuerza, sus amigos. Yo no soy su amigo. Tampoco su envidioso. No soy el que lo sigue. Yo soy el que le sigue...

LAS TIMBERAS

JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY

LAS TIMBERAS

BAJOS-FONDOS DE LA ARISTOCRACIA

(NOVELA)



CASA EDITORIAL SOPENA
CÓRDOBA 1315
BUENOS AIRES
1927 - 1928

Veinticuatro
Obras de Soiza Reilly

—«En el Reino de las **Cosas**».	(Agotada)
—«El Alma de los Perros».	»
—«Cien Hombres Célebres».	»
—«Hombres y Mujeres de Italia».	»
—«Cerebros de París».	»
—«Confesiones Literarias».	»
—«La Ciudad de los Locos». (novela)	
—«¿Hizo bien?» (teatro).	(Agotada)
—«Crónicas de belleza, de amor y de sangre	»
—«Pecadoras».	
—«La Muerte Blanca». (novela)	
—«Criminales».	
—«Mujeres de Amor». (novela)	
—«No leas este libro...»	
—«Vidas de Artistas»	(Agotada)
—«Hombres luminosos».	»
—«Carne de Muñecas».	»
—«La Escuela de los Pillos».	»
—«Romanoff» (folleto).	»
—«El Gran Ciudadano» (folleto).	»
—«Césare Lombroso» (folleto).	»
—«Tres» (teatro)	»
—«El Amor, la mujer y otros venenos».	»
—«Las Timberas» (novela).	



A manera de ventana . . .

"La América del Sud es la parte del mundo más pobre en **novelistas originales.** Si tratásemos de investigar las causas de esta pobreza, diríamos que la novela es la más alta muestra de la civilización de un pueblo, a semejanza de aquellos frutos que sólo brotan cuando el árbol está en la plenitud de su desarrollo.

"Cuando la sociedad se completa, la civilización se desarrolla, la esfera intelectual se ensancha entonces, y se hace indispensable una nueva forma que concrete los diversos elementos que forman la vida del pueblo llegado a ese estado de madurez.

"Primero viene el **drama** y más tarde la **novela.** El primero es la vida en acción; la segunda es también la vida en acción; pero explicada y analizada. Es decir, la vida sujeta a la lógica.

"Quisiéramos que la novela echase profundas raices en el suelo virgen de la América. La novela hará conocer nuestras sociedades tan hondamente agitadas por la desgracia, **con tantos vicios y tan grandes virtudes,** representándolas en el momento de su transformación, cuando la crisálida se convierte en mariposa. Todo esto hará la novela y es la **única forma** bajo la cual pueden presentarse cuadros llenos de ricos colores.

"La novela es un espejo fiel en que el hombre se contempla tal cual es con sus vicios y virtudes, y cuya vista despierta, por lo general, profundas meditaciones o saludables escarmientos".

Bartolomé Mitre.

(Fragmento del prólogo de la novela "Soledad", del general Bartolomé Mitre, publicada en Chile, durante su ostracismo. Año: 1848.)

Ya suena la canción de los canes:

—¿Con qué derecho saca al sol nuestros vicios?

—Con el derecho de la luz.

Lo dijo Mitre. Los vicios enseñan tanta moral en sus estragos, como las virtudes en su línea recta.

La América del Sur necesita escritores masculinos. En su

mayor parte no son hombres. Ni saben ser mujeres. Son miedosos. Piensan, con error, en la trascendencia de sus propios decires. Son hombres de huera cultura, que al amparo de una nimia sensibilidad de nenúfares, consideran antiliteraria toda palabra que al salir del alma nos erice el puño. Frente a los más graves problemas del "alma nacional", se derriten en dudas. Temen herir la susceptibilidad de su clientela. Reducen así su elevada misión sacerdotal, a la opinión del metro y la balanza. Las correcciones que hacen en sus escritos no procuran la riqueza del léxico, sino la eliminación de todo aquello que pueda ofender a los que dan patente de celebridad.

—¡Guay de quien se atreva a desafiar a esos reyes de dulce!

La venganza es terrible. Puedo dar un ejemplo... Hasta hace poco tiempo, era ministro de México en Buenos Aires, un hombre de talento: Lerdo de Tejada. Además de talento demostró que tenía corazón. ¡Un corazón! Se le salía por la boca. Por los ojos. Por las manos, como deben ser los corazones bien urdidos. Tuvo el coraje de reirse de las ideas predominantes en nuestro "Jockey Club". ¡Fué suficiente! "Un hijo de papá", le salió a la palestra. El gran embajador de los progresistas mejicanos, dió entonces a los niños terribles, —a Mechita, a Cocó, a Nené y a Pipí— la armoniosa lección de marcharse del Río de la Plata donde la aristocracia agropecuaria considera anormales a los pensadores. Aquí se nombran directores del Banco de la Nación, a los presidentes de las casas de juego...

Un escritor no llena su misión de cultura, bailando paradojas de minué a la luz de la luna. Somos todavía naciones formadas por aventureros, por ladrones, que llegaron de Europa para civilizarnos. Tenemos todos los vicios heredados de esos conquistadores. Los alcaloides, el alcohol y el juego traídos por ellos, siguen haciendo estragos... ¿Vamos, entonces, a reprimir la corrupción diciendo que no existe? ¿Debemos reservar la crónica de policía, es decir, la novela vivida para los pobres solamente? No. Y no... Hay que descubrir dando alaridos, — tal cual los indios denuncian a la tribu un adulterio —, todas las vergüenzas que achican en el hampa de los poderosos, la altura de los seres humanos. (No hay en esta novela ningún drama que no esté registrado en el archivo policial de Buenos Aires).

La aristocracia tiene también sus "bajos-fondos". Por detrás de las nobles familias ricas pero honradas, —a espaldas de su virtud, a escondidas del templo paterno,— hay quienes practican los delitos más viles. Son "niños y niñas mal, de casas bien" — como diría Benavente, — que se esconden en sus apellidos. Apellidos que otros engrandecieron en los amores del trabajo y que ellos desquiciaron en los trabajos del amor...

Niños y niñas bien, que se escudan en la benevolencia de muchos jueces moneda nacional. Niños y niñas de 15 a 80 años

que se amparan en la seguridad de que cuando cometen un delito, hay madres o hermanas o hijas o novias, que recorren los diarios, pidiendo de rodillas que los escritores no digamos nada... *Y así, en la cobardía del ambiente, fomentamos la inmoralidad, ocultando los hechos. Les cambiamos de nombre, llamando: al* suicidio, rápida enfermedad; *al* crimen, accidente; *al* robo, cleptomanía... *¡En cambio, los pobres! Sólo roban, matan y se matan las gentes humildes.*

El árbol genealógico de "Las timberas" se levanta y muere en esta tragedia futurista.

ACTO I

El Padre — Hombre laborioso. Honrado. Fuerte. Sembrador de cereales y de oro. Espíritu económico. Humilde. (*Arbol*).

ACTO II

El Hijo. — Heredero del Padre. Es decir, de sus economías. Un poco soñador y bastante aristócrata. Aristocracia de barniz. No trabaja. Vive de sus rentas y de las ajenas. Orgulloso. (*Leña*).

ACTO III

La Nieta.— Elegante. Fina. Lecturas exquisitas de poetas raros de Francia o de la India. Un poco de Cocó. Mucha iglesia. Mucha beneficencia, (siempre que intervenga la crónica social). Copetines. Amantes con mucho misterio. Si es posible, divorcio. El divorcio es la salsa de las mujeres que ya no tienen salsa. El juego. La timba donde la nieta pierde las últimas monedas de abuelito y las últimas monedas de su virginidad. (*Ceniza*).

Septiembre 1927.

CAPITULO I

Celita

La deliciosa chiquilina lo miró en los ojos. En el roce de la voz de aquel hombre, sentía un deleite suave de música tibia. Su padre acababa de ponerla en contacto con el futuro amante, entre los murmullos de las fichas y las risas de los jugadores.

—¿Usted no juega, señor Ataliva?

—No, doctor Krunisky.

—Entonces, voy a presentarle a mi hija Celita. Ella tampoco juega...

La presentación fué instantánea:

—Oye, Celita. Quiero que conozcas a una de las fieras más populares del país.

—¡Qué horror! ¿Una fiera?—dijo Celita, fingiéndose espantada.

—Por lo menos, tiene en nuestra sociedad, fama de fiera.

Y el doctor Krunisky agregó:

—Mi amigo Ataliva. Mi hija Celita.

En seguida marchóse a la ruleta.

Al oir el nombre del escritor rebelde, Celita se puso seria. Luego soltó la risa, fingiendo un miedo aristocrático:

—¿El escritor Ataliva?

—Sí, señorita. Desgraciadamente. El escritor.

—¿Desgraciadamente? ¿Por qué?

—Por ese miedo injusto y despreciativo con que Vd. se ha dignado saludarme.

—No, señor. Al contrario... Más de una vez he defendido sus obras de las críticas crueles. Ataca usted a la clase social a que yo pertenezco, sin misericordia. Es justo que mi gente se defienda hablando mal de usted... Sin embargo, si yo pudiera encontrar las palabras como usted las encuentra para decir las cosas, ¡sería peor y más mala que usted! Diría de mi ambiente barbaridades capaces de incendiar la mitad del «Colón»...

Se interrumpió para invitarlo:

—¿Quiére que pasemos al jardincito de invierno? Desde allí veremos mejor cómo nuestros amigos se divierten...

—Así que ¿usted no piensa divertirse?

Celita rió de la sutileza:

—No me refiero a mi misma. Ni el póker ni la ruleta me divierten. Usted, quizás... ¿Le gusta la ruleta?

—El juego es para mí una manifestación de la barbarie ancestral. Mientras los pueblos jueguen, seguirán siendo bárbaros...

—¡Curiosa teoría!

—¿Curiosa?

—Bonita. Rebonita...

—Vieja como el mundo. Un filósofo ha dicho,—y conste que no pronuncio el nombre del filósofo para no ser pedante,—que la base de las sociedades humanas fué la diversión de los juegos de azar. Los hombres-monos andaban dispersos por la tierra, subiéndose y bajando de los árboles. Entre ambos sexos no había diferencia, salvo la muy pequeña que resulta del frotamiento de dos piedras. (Dos piedras dan la chispa...) Fuera de aquella chispa de amor que unía a los seres humanos, la conquista del yuyo siempre los distanciaba. Las horas de la vida separaban sus cuerpos, sus almas, sus pasiones...

Cada hombre-mono y cada mujer-mono vivía aislado en su propio ostracismo, como la ostra, de donde seguramente viene la palabra: ¡ostracismo! El universo, constituído así por seres individuales, debió ser incómodo. ¿No es verdad, señorita?

—Siga usted. Pero, voy a pedirle un favor: no me diga «señorita».

—Entonces ¿cómo debo llamarla?

—Llámeme como quiera.

—¿Celita?

—¡Ay, sí! ¡Si usted supiera cuánto me gusta que me llamen Celita! Me parece que llamándome Celita, la gente me quiere mejor.

—Pues bien... ¡Celita! ¡Ce-li-ta!

—¡Ay, qué gusto!

Ataliva, oyéndola reír, sintióse transformado de repente. Olvidó lo que estaba diciendo. Una amnesia deliciosa lo arrancó de su charla, llevándolo lejos. Creyó que, de súbito, Mefistófeles lo había transformado para darle la visión de una Margarita que hilaba en la rueca:



Al lado de aquella chiquilina de veinte años,—muñeca de seda con ojos enormes y rubios, ¡qué raro! ¡ojos

rubios!,—sentíase joven, a pesar de sus cuarenta años contantes, sonantes, radiantes y amantes!

—Y, después,—interrogó Celita,—¿qué ocurrió con los monos?

—¡Ah, sí! Después...

(¡Imposible! Yá el filtro— *¡Celita, Celita, Celita!* — andaba en su sangre. Ataliva permaneció largo rato en silencio, bebiéndose a Celita. Comiéndosela con todos los dientes, como un antropófago.)

Estaba acostumbrado a tratar a las mujeres con ingenio. Un ingenio literario en el que había no poco desprecio a la vulgaridad con que los hombres hacen el amor. ¡Es tan vulgar hacer el amor que sólo así se explica que haya métodos científicos para conquistar a una mujer, como existe un método de Clemente Onelli para obtener que una sola gallina nos dé tres huevos diarios!

Hacer el amor: ¿Ponerse triste? ¿Suspirar? ¿Decir a la mujer amada frases a la sordina, cálidas y ébrias, como si las palabras nacieran locas dentro del corazón? ¿Morderse los labios con angustia? ¿Jurar que es la primera mujer a quien amamos? ¿Compararla vergonzosamente con las flores, sabiendo que la belleza de las flores se pudre en el florero? ¡Ah, no! Todo eso ¿qué es sino dramaticidad de enamorados que han leído a Carlota Braemé y a Pirandello?

Ataliva había comenzado su conversación con Celita de acuerdo con la técnica amorosa de los personajes de Anatolio France. Inició su charla con la leyenda de los hombres y las mujeres primitivos,—los pitecantropos,—que vivían aislados en la tierra. Sin amistad. Sin negocios. Sin beneficencia. Sin solidaridad.

—¿Y después?—interrogó Celita.

Ataliva hubiera querido recoger el hilo de su historia. Hablar de nuevo de los pitecantropos, con fina y respetuosa erudición. Pero, no recordaba a propósito de

qué había mencionado a los intermediarios entre el hombre y el mono.

—Así, pues,—atrevióse a decir ella,—¿el juego es una manifestación de la barbarie ancestral?...

—Sí... Sí... Eso mismo. Un día los prehombres y las premujeres, vieron que dos de sus semejantes,—un macho y una hembra,—se unían y no era para amarse. No era para el roce divino que arranca la chispa de los dos pedernales... Se unían jugando con un hueso de cordero que, arrojado al aire, daba, según como caía, gloria o malaventura. Era el viejo juego del astrágalo. La taba... Todos se aproximaron a la primera pareja de jugadores que apareció en los orbes. Y de aquella aglomeración de hombres y mujeres, nació la sociedad. Los hombres y las mujeres adquirieron la noción exacta de la ciudadanía. Y nacieron entonces los pueblos, las instituciones y los mundos legislados. Aquella fantástica pareja de jugadores hizo más por la concordia humana, que la pareja bíblica que se besó para siempre en los jardines del Edén, dividiendo a los hombres.

—Según eso,—dijo Celita en voz baja, como temiendo interrumpir la armonía de la narración,—¿el *juego*, une más a los seres que el *amor?*

—Quizás.

—Entonces ¿usted no crée en... el amor?

La palabra misteriosa—¡Amor!—en labios de Celita, fué el golpe decisivo. El hombre rebelde y vibrante, acostumbrado a estremecerse en carne y hueso con las pasiones de sus personajes de papel escrito, palpitó, sonoro, como una campana. Veía a Celita tan linda, tan insinuante, con su gesto habitual de echar hacia atrás el busto dejando la seda del blusón tirante sobre sus magnolias, que cerró los ojos, dos veces, para no marearse. Sentíase, poco a poco, dominado por una pasión imprevista que acariciaba su piel y su romanticismo. Y lo que más lo inquietó fué el descubrir, allá, en el fondo de su sensualidad, la pre-

sencia de un amor muy ideal por Celita. ¡Maldición que Dios puso en los seres humanos bajo el pretexto de amparar a la especie! No hay amor idealista si no viene envuelto en las fogosas tentaciones del pecado. Las mujeres o los hombres no pueden amarse nunca platónicamente. Es inútil decirlo. Es inútil pensarlo. El amor es amor, cuando todo nuestro idealismo se nos sale del alma pidiendo, a gritos, una boca que se hunda en nuestra boca. Por que un amor idealista que no busque los besos, es, sin duda, un vicio maldecido por la Naturaleza. La pasión del enamorado qué se siente satisfecho cuando contempla a la distancia al ser amado, es amor mientras tenga esperanza de besar a ese ser algún día. El amor que pierde esta esperanza, termina en odio o en suicídio. El amor ideal existe. Sí. Pero existe en las novelas que escriben los poetas o en el alma sin pajaritos de las solteronas. O en el nonato que tiene quince años...

—*¡Amor!* — pensó Ataliva.

Intentó decirle a Celita que había empezado a enamorarse de ella, así, violentamente, con el apuro vertiginoso, desesperado, que surge después de cumplir los cuarenta años. ¡Tragedia estupenda de los seres maduros que aman hasta el delito! Se diría que el apasionamiento en plena madurez tiembla de miedo, cual si la muerte pudiera estrangular el blanco cuello de algún cisne interior.

—*¡Te amo!*— hubiera querido gritarle allí mismo, sin erudición.—No pudo. Quedó silencioso. Sordo de sí mismo. Ciego y lleno de luz...

Todas las frases comunes que se le ocurrían eran, a su criterio, una profanación. Hubiera inventado palabras nuevas para decírselas a ella. Palabras inéditas que respondieran a sus sensaciones... En cuarenta años de vida,—en veinte años de rondar al rededor de las mujeres, ¡cuántas veces había pronunciado las mismas palabras, aplicadas a distintas mujeres! Sin embargo, nunca le había ocurrido descubrir, como ahora, de repente, que

las palabras pierden, con el uso, su virginidad. Es que Celita, con su cuerpo de estatua recién salida de las manos de Dios, con sus ojos que se le metían en la carne y con su voz armoniosa que le recordaba la música de una hermanita muerta en la niñez, provocaba en él un sentimiento de ternura inexperta. La novedad de la emoción requería en él, arpegios expresivos que no hallaba. Sentía rabia de sí mismo. A los cuarenta años de edad, con el cabello ya de plata en las sienes, sufría. Sufría,—y gozaba,—en la vergüenza de aquella timidez de jovencito.

—Yo creía,—le dijo ella, de improviso,—que usted era un gran conversador. ¿Siempre es así, lacónico y esquivo?

Más vergüenza sintió todavía. Murmuró algunas palabras de disculpa, que él mismo no logró comprender. Un presentimiento lo aturdía, como si Celita hubiera sido su primera sorpresa: la de Adán.

—«Tendré que amarla pronto»,—se dijo interiormente,—«¿Y si muero, sin que ella sepa que la adoro?»

Gemía por dentro al pensar en el vuelo irreparable que tienen las horas del amor.

Celita comprendió,—¡qué mujer no comprende!,—que Ataliva la amaba. Ambos miraban las flores dibujadas en la alfombra. Celita se decía:

—¡Ojalá en este momento, Ataliva mire la flor azul que yo estoy mirando! Así nuestras miradas podrán encontrarse sobre la misma flor...

De repente, Ataliva interrumpió la emoción de Celita, diciéndole:

—¿Quiere que le diga la verdad?

Ella tuvo miedo de que Ataliva exhalara un romántico:

—¡Celita, te adoro!

Hubiera dado un grito de alegría por que estaba en el clásico cuarto de hora en que las mujeres arden

vivas sonriendo en el suplicio. Pero ¡hubiera sido tan cómico, tan trivial, tan de ópera con música de Verdi, oír palabras de apasionamiento en boca de aquel hombre superior! Más hermoso era, sin duda, que Ataliva amara tal como aman los dioses: ¡desde su blanca cumbre de silencio!

—*¿La verdad? ¡Dios mío!*

—¡Sí, Celita! ¡La verdad!

—¡Debe ser tan fea la verdad!,—dijo ella riendo.

Y enmudeció de pronto, pensando que podía ofenderlo en su enorme amor a la verdad. Aquel artista de la pluma, de tan estrepitoso prestigio callejero, era calumniado en todos los salones. Se le inventaban vicios y hábitos groseros, en represalia de sus arremetidas. Por culpa pues, de su amor a la verdad, Ataliva era mirado con sorna, hasta con repugnancia por la llamada gente aristocrática. Y he aquí que ella misma, Celita, se animaba a decirle que la verdad era fea.

—La verdad es que me asombro de cómo puede conservarse usted, Celita, tan pura, tan inocente, tan maravillosamente virginal, en este ambiente de corrupción y de vergüenza.

—¡Señor Ataliva! ¡Estamos en casa de la viuda del ilustre general Las Tejas!

—No he querido ofenderla, Celita. Y perdóneme si mis palabras la han herido.

—Herido, no... Pero, usted comprenderá que si mis padres me traen a esta casa, es porque la buena sociedad la considera digna de frecuentarla. Además, yo no juego.

Ataliva se puso de pie.

—¿Se vá?,—preguntó ella, suavemente, mirándolo de reojo, casi dudando.

—Sí.

—¡Quédese, señor Ataliva!

—Me voy.

—¡Quédese¡

La voz era imperativa. Dominaba. El hábito de procrear imágenes con sus emociones, le hizo ver su presente representado por la fotografía que viera esa tarde en un diario: un niño que, vestido de guardapolvo blanco, junto a una mayúscula bola de cristal, levantaba una bolilla luminosa al mismo tiempo que cantaba:

—¡Un millón!



CAPITULO II

La familia del general Las Tejas

La casa en donde estaban, era la residencia suntuosa de la señora viuda del general Las Tejas. El general, fallecido hacía quince años, dejó a su viuda varias leguas de tierra en la provincia de Buenos Aires. Y, además, su pensión de general.

En los primeros tiempos, la viuda, joven todavía, lloró la muerte del guerrero con lágrimas de pompas fúnebres. El catolicismo fué el refugio de sus dudas y de su soledad. Si los humanos tuvieran la certeza de que el alma es inmortal, los templos del Señor no tendrían fieles...

Su hija Laura le decía a menudo:

—¡Qué ocurrencia, mamá ¡Vives metida en la iglesia, como si el pobre papá pudiera resucitar con tus novenas!

—¿Qué he de hacer, mi hijita? Mi deber es salvar a tu padre. Los militares son tremendos. ¿Qué me resta en el mundo?

—Distraerte. Divertirte.

—Es tarde, Laura.

—Será tarde para tí. Yo tengo veinte años. ¿Es justo que por culpa de tu viudez, me condenes a servir de alimento a la polilla?

—¿No te diviertes bastante, Laurita?

(¡Vaya si Laura sabía divertirse! Vivía todo el día

en la calle.... Es decir: en la calle, no. En los brazos de algunos.)

A los pocos meses de morir su padre, un lindo teniente Cárdenas se la llevó a Montevideo, «en uso de licencia». Aquella pasión por el teniente, le duró muy poco. Un abogadito la encantó con la sabiduría de sus bailes. Enseñándole el «chárleston», se la tuvo tres días en su «garçonnière». Desde allí, Laura hablaba a su madre por teléfono:

—¿Hablo con mamita?... Era para decirte que Mangacha insiste en que me quede en su casa a dormir. ¡Déjame! La pobre está tan afligida con la enfermedad de su mamá... ¡Pobre Mangacha!

—¿Qué Mangacha?,—inquiría la viuda.

—¡Mangacha! ¡Mangacha!... Parece imposible que no sepas quién es Mangacha.

—De veras. No sé... ¿Cuál de ellas?

—¡Oh! ¡Oh! Bueno, mamá: Que pases buena noche. Hasta mañana...

Y al colgar el tubo, el abogadito la recibía en sus brazos, riéndose de aquella fantástica Mangacha. ¡Había tantas Mangachas...!

¡Cuántas cosas aprendió Laura en sus tres días y tres noches de amor y de vicio! Los amigos del abogadito se reunían en la «garçonnière» para jugar al «póker», a la «loba». ¡Qué delicia! Laura aprendió con suma rapidez las viejas artimañas del juego.

El abogadito le dijo una tarde:

—¿No has tomado nunca cocaína?

—Toma.

Y tomó.

La erudición del juego le sirvió después para jugar en su casa con dos o tres amigas. Más adelante, el círculo de jugadores se ensanchó. Viejas y jóvenes, después de comer, pasaban a la salita a jugar a los naipes. Muchas

parejas empezaron a buscar allí la comodidad de los andenes: besarse sin peligro.

Lentamente, la viuda del general fué dejándose conquistar por las garras del juego.

—«¡Las tres de la mañana! Bueno. Juguemos el último partido.»

A las cinco de la mañana mantenían firme su idea de las tres:

—«Bueno. El último....»

Un verano, en Mar del Plata, la viuda probó la ruleta.—«¡Ojalá no me hubiera acercado nunca,—decía,—a ese cementerio de 36 sepulcros!»

Entonces, ya no lentamente sino con una rapidez vertiginosa, el dinero en fichas se le fué de las manos. Las ricas leguas de campo que el general había ganado desde su escritorio de ministro, se deshacían en los dedos de la viuda, desmenuzadas en terrones de discos y placas de cien...

Al regresar del balneario la viuda, con la ayuda de Laura, había perdido todo. No le quedaban otros bienes que la casa solariega de la Avenida Quintana y la pensión del muerto.

¡Ah, no! Le quedaba otra cosa: le quedaba el prestigio de su ilustre apellido:

—¡Las Tejas!

Amparada, protegida por él, la viuda reunía en su casa a lo más selecto de la vieja sociedad porteña. Su hija Laura era el pájaro azul que atraía a los viejos ricachos. Dadivosos...

—¡Qué diría el general Las Tejas si se levantara de su tumba!

En efecto. Por fortuna, Dios suele ser prudente. No permite que los muertos salgan de sus sepulturas. ¡Duerme en paz, ¡oh, heroico general Las Tejas! ¡Diste a la patria lo mejor de tu vida explotando a los indios del sur y civilizando nuestras tierras con el trabajo honesto de

aquellos aborígenes, que nunca te costaron ni un centavo!

Ahora, madre e hija, vivían del resultado de la ruleta y del amor. Su hogar amparaba los vértigos de todos: Juego. Cocaína. Citas de pasión...

—¿Cómo es posible,—había preguntado Ataliva a Celita,—que pueda usted conservarse tan pura, tan inocente, tan maravillosamente virginal en este ambiente de corrupción y de vergüenza?

Celita se había ofendido:

—¡Estamos en casa de la viuda del ilustre general Las Tejas!

¡El apellido! El ruído del apellido apagaba todo murmullo de maledicencia.

Nadie ignoraba que la señora viuda para sostener el boato de su timba, recurría a todas las artimañas de su ingenio, valiéndose de su parentesco y su amistad con las más linajudas familias. El «cebo» era la hija...

—¿No tienes miedo,—le dijo una amiga de moral algo inquieta,—que los escándalos amorosos de tu hija Laura, hagan que la buena sociedad te abandone? El día menos pensado, esos apellidos ilustres van a avergonzarse de figurar en la crónica social de tus fiestas.

La viuda contempló a su amiga con lástima:

—¡Qué ingénua eres, Panchita! ¿Créees tú que esa gentuza que se titula «aristocracia» va a abandonarme por que se avergüence de que mi hija tenga amantes? Te equivocas. El ilustre apellido que llevo será siempre decente, mientras yo tenga plata para sostenerlo. Si fuera pobre, si mi hija no conquistara con su belleza el amor de los viejos millonarios amigos del finadito; si mi palacio no se mantuviera en este pie de lujo, gracias a mi ruleta, o al «pozo» de mi «póker», entonces sí que la aristocracia me echaría a puntapiés de todas partes. Mientras tenga plata, puedes vivir tranquila, Panchita... Seguiré siendo como Múscari dice hoy en« La Nación»: «La noble matrona de Las Tejas, cuyo suntuoso hogar es

el más distinguido punto de reunión de nuestra «haute»; hogar modelo de virtudes, que reúne en su seno a todo cuanto de más preclaro tiene nuestro país». ¡Tin, tin, tatachin!

—A pesar de todo, Laurita podría ser más disimulada. Hace un rato la he visto casi sentada en las faldas del viejo Magrida...

—Y ¿qué quieres que haga, la pobre? El doctor Magrida posee una fortuna colosal. Ha sido siempre enemigo de las mujeres. Desde la muerte de su esposa, no ha querido ni deseado a ninguna... El 30, tengo un vencimiento colosal en el Banco de la Nación y el doctor Magrida es el único capaz de levantarlo. ¡Pobre Laura! El viejo es resistente. Sin embargo, caerá.

—Pero ¿y el doctor Krunisky? ¿Ya no las ayuda?

—¡Cállate! ¡Ese ruso me parece que vá a volar de aquí!

—¿De veras? Dicen que es rico...

—Sería... El juego lo enloquece. Además, ha gastado la mitad de su herencia para conseguir que su mujer y su hija Celita, triunfen en la alta sociedad. Durante nueve años, Krunisky presentaba todos los años su solicitud al «Jockey» pidiendo su ingreso. La comisión se reunía. Estudiaba el asunto. Y, por unanimidad, rechazaba la solicitud... Todas las tardes, Krunisky se paraba en la puerta del «Jockey», saludando a los socios que entraban, a muchos de los cuales había conocido en la Facultad. Pero, era inútil. No lograba su intento... ¡Era ruso! Hasta que mi hija lo conoció por intermedio del doctor Ocampo. Vino a casa con su mujer y con su hija, que se codean como has visto, con nuestros amigos en la intimidad de la ruleta. Y así pudo ser admitido en el «Club»... La mujer de Krunisky es ahora la amante de Tomasito Pedralvez... Se dice que el propio marido arregló ese «colage...» Ella, la madre es noble, de España. Una Capa Juana...

—¿Y la hija?

—¿Celita?... La chica les ha salido mosca muerta. Es muy bonita y se viste con «chic». Pero ¡es una ficha...! Mírala. Allí viene con Ataliva, el escritor.

—¿Cómo admites en tu casa a ese estúpido?

—¡Panchita! ¿Acaso vivimos en el cielo? Lo trajo el Payo. Se ha hecho rico escribiendo en favor de los pobres...



CAPITULO III

Laurita, la hija del general

—¿Te has quedado sólo, Ataliva?

—Ya me ves, Payo: ¡sólo!

—¿Y tu compañerita?

—Su padre, el doctor Krunisky, la llamó para presentarle a no sé quién...

—¡Buena pieza el Krunisky!

—¿Lo conoces mucho, Payo?

—¡Uffa! ¿Cómo no voy a conocer a estos animalitos? Si yo me atreviera a escribir mis memorias, con las aventuras amorosas de mis amigos, te aseguro que Casanova iba a ser un poroto. Puedo asegurarte que la mitad de los «niños bien» de Buenos Aires, ignoran quién ha sido su padre...

—Cállate. Allí viene la dueña de casa...

Laura, la hija del general Las Tejas, acababa de abandonar las rodillas del viejo Magrida.

—¡Oh, señores! ¡Caras largas y tristes!,—exclamó Laura, riendo.—Se vé que el amor debe favorecerlos cuando la ruleta los ha dejado así...

Ataliva se puso de pie.

—No se moleste, señor Ataliva. Vengo a sentarme con ustedes. ¡Estoy harta de lidiar con los ancianos más gloriosos del país! Los antiguos griegos eran más inteligentes que los pueblos modernos.

—¿Por qué, señorita?

—Antiguamente, cuando un hombre llegaba a los sesenta años era ajusticiado. Se le mataba para limpiar el mundo de vejeces. La vejez, señor Ataliva, es una porquería. En cambio, ahora, ¿qué hacemos con los viejos? Anatole France afirmaba que con ellos se hacen los académicos y los senadores. Yo creo que con ellos se hacen...

—¡Porquerías!—exclamó el Payo, quedándose muy serio y tirando el cigarro con un gesto de asco.

—¡Payo! No sea atrevido...

—Dígame, Laura,—interrogó de pronto el Payo, con su natural desenvoltura.—¿Para cuándo piensa usted independizarse? Me aburre verla soltera.

—¿Acaso no soy independiente?

—Mientras sea usted soltera, no podrá gozar de la bella libertad amorosa que tanto divierte a las casadas. Además, las casadas tienen el atractivo de los libros clásicos que aumentan nuestra cultura con la sabiduría de los comentaristas, que dieron al libro nuevas vibraciones...

—¡Puaf! ¡Casarme! ¡Déjese usted de amor obligatorio!

—¡Caramba! Es usted bonita. Tiene usted un ilustre apellido. Puede usted, si quiere, conquistar a un hombre de virtudes de santo.

—Soy, tal vez, demasiado exigente con el hombre que busco.

—¿Cómo lo busca?,—interrumpió Ataliva.

—No he pensado en eso. Desde luego me gustaría que fuese... que fuera....

—¿Buen mozo?

—No. ¿Para qué? No hay nada más estúpido que un hombre buen mozo. Una mujer casada con un hombre bonito me hace el efecto de esas inglesas horribles que salen del «Plaza Hotel» a pasear la belleza canina de su Pomerania... Además,—agregó Laura, riendo,—si yo soy

bonita, como dice el Payo, ¿para qué quiero un marido buen mozo?

—Entonces ¿lo busca con plata?

—¿Para qué? Solamente a las muchachas pobres se les ocurre creer que el dinero dá la felicidad. Yo tengo fortuna...

—¿Lo busca inteligente?

—Yo soy inteligente para abastecer a diez maridos juntos.

—¿Lo busca con sangre real?

—Más pura y más azul será siempre la mía. ¡Hija de un general que peleó en el Desierto!

—Entonces, si no lo busca lindo, por que usted es linda, si no lo quiere rico porque usted es rica y si no lo busca inteligente por que a usted le sobra inteligencia, quiere decir que...

—Quiere decir,—interrumpió el Payo,—que Laura busca un hombre honrado.

—¡Ah, Payo! Es usted incorregible.

Un sirviente, de frac rojo y medias blancas, aproximóse al grupo arrastrando el carrito de bebidas.

—¿Qué van a servirse? ¿Champagne?—preguntó Laura.

—Lo que usted tome.

—¿Cocó?

—Yo prefiero champagne.

—¡Hombres flojos! ¿Usted también, Payo, es de los que se asustan de los vicios modernos?

—No me asusto. Soy, simplemente, de otra época. Pertenezco a la era del jaquet y de la primera comunión. Entre usted y la borrachera de cocó, me quedo con usted.

—¡Goloso! ¡Qué más quisiera!

—¿Me deja pellizcarla un poquito como Tartufo?

—Vamos, Payo. No sea dependiente de tienda.

La hija del general derramó en su copa de champagne una «pizzicata». Bebióse luego el vino en pequeños

sorbos, voluptuosamente. En seguida, chupándose los labios:

—Ya lo he visto, señor Ataliva, muy entusiasmado con la hija del doctor Krunisky, con Celita.

—Sí, me gusta. Sobre todo me deleita en esa pebeta su inocencia.

—¡Inocencia! ¡Claro! Una inocencia muy a la jazz-band!

Ataliva sintió que la sangre le ardía en el rostro.

—¿Cómo? ¿No crée usted que...?

—¡Bah! Yo no sé nada... Pero, no pondría las manos en el fuego por ella.

—Yo sí,—afirmó con violencia Ataliva, cerrando los ojos.

Una risita irónica torció la boca de Laura.

—¿Vamos a aproximarnos a la «rula»?—dijo.

En aquel mismo instante oyóse un grito, un alarido, un bufido espantoso que partía de una de las salas interiores, próximas a la sala principal de la ruleta.

—¿Qué es eso?

—¡Nada!—contestó la hija del general.

Vieron que muchas personas corrían hacia un punto, atraídos por el alarido doloroso.

Un camarero pasó junto a Laura. Volvía de la sala en procura de algo.

—¿Qué ha pasado, Juan?

—Una desgracia, señorita. El doctor Krunisky acaba de asesinar al doctor Magrida...

—¿Eh?

Todos echaron a correr.

—¿Cómo? ¡Imposible!

El viejo doctor Magrida tumbado largo a largo en un canapé, estaba muerto. A su lado, en el suelo, yacía un antiguo puñal de mango de oro, con la hoja manchada de sangre.

—¿Cómo fué? ¿Cómo fué?

—De un modo tan instantáneo,—explicó uno de los presentes a Laura,—que apenas tuvimos tiempo de ver al doctor Krunisky que descolgaba ese puñal de la panoplia de su papá y se lo hundía en el vientre a Magrida.

—¿Está muerto?

—Muerto de arriba a abajo.

No había nada que hacer. Era inútil, a juicio de varios contertulios, gritar o desmayarse. Varios caballeros apaciguaban a las señoras.

—No hagan aspavientos, muchachas. No ha sido nada.

Al principio, la que daba gritos de espanto que conmovían los muros del palacio, era la viuda del general Las Tejas, la dueña de casa:

—«¡Qué desgracia! Y pensar que esto ha ocurrido en el propio seno de mi hogar. ¡En el hogar de un nombre tan ilustre! ¡Qué vergüenza, señor! Mi casa convertida en un patio vulgar de conventillo... ¡Sangre! ¡Qué chusma...!»

—Cálmese, señora,—murmuraba a su oído un caballero con las dos manos repletas de fichas, pues había abandonado en este instante la mesa de juego.—Cálmese señora. Yo arreglaré todo.

El caballero accionaba con los puños cerrados para convencer a la viuda del general y no perder sus fichas.

—Es menester esconder el cadáver.

—Habrá que dar cuenta a la policía,—atrevióse a decir Ataliva.

Todos, hombres y mujeres, miraron con desprecio al insolente que se atrevía a hablar de policía entre personas distinguidas. ¿Quién era el tipo grosero que se permitía ofender la dignidad de aquellas virtuosas damas y de aquellos caballeros, con la insinuación de que la muerte del doctor Magrida podía interesar a la justicia?

Muchos hablaban a la vez delante del cadáver sin tomar resolución alguna.

—Permítanme, señoras y señores;—dijo el caballero que accionaba con los puños llenos de fichas,—yo arreglaré

este pequeño accidente. Vuelvan todos a los salones.

—Es que...,—intervino un viejecito.

—Permítame, señor. Yo soy juez. Entiendo de estas cosas. Se trata de un accidente sin trascendencia alguna.

El juez arregló el asunto á las mil maravillas. Al día siguiente todos los diarios dieron la noticia sensacional:

«Víctima de una rápida enfermedad, falleció anoche el distinguido caballero doctor Jacinto Luis Magrida...» Etc., etc.

La única persona que se lamentaba de la muerte del anciano, era la viuda del ilustre general:

—¡Pobre doctor Magrida! Se necesita ser estúpido para dejarse asesinar cuando Laura estaba a punto de... ¡Canalla!



CAPITULO IV

Julieta moderna

—¡Vivir cuarenta años; — pensaba Ataliva, — consagrar la mitad de esa vida a la persecución sensual de las mujeres, y caer, con el cabello blanco, loco de amor, en brazos de una chica moderna que, — quizás, — tenga la inocencia de las grandes viciosas!... ¡La virtud de los grandes «virtuosos!» ¡Ah, Celita! ¡Ce - li - ta!

¿Viciosa? ¿Pecadora? No. No. No... Una calumnia, posiblemente, de Laura, la hija del general... «Yo no pondría las manos en el fuego por ella», había dicho Laura, y Ataliva recordaba la pillería irónica con que la timbera infló su «venticello».

—«Yo sí,» — contestó Ataliva. Sin embargo, en el fondo de su conciencia la duda le agrietaba la fé. Sentíase viejo y punible bajo la sospecha de haberse engañado. ¡Es tan difícil, en los tiempos modernos, saber si una mujer es pura o es impura! Las calles son cuevas...

—Antes, cuando yo tenía veinte años, — decíase Ataliva, — era fácil conocer la verdad. El mundo era demasiado grande por la lentitud de las comunicaciones y, por consiguiente, las ciudades resultaban pequeñas. Los edificios no se iban hasta las nubes, ni escondían, como ahora, a la luna y al sol.

Los ojos de las vecinas atisbando detrás de las persianas, eran los más hábiles censores de las vidas ajenas...

Los padres, los hermanos, los parientes de una niña, la podían cuidar desde lejos, como si toda la ciudad fuera una transparente colmena de cristal. Las fiestas, los bailes, las tertulias, eran reuniones ingénuas donde se tomaba chocolate con vainillas... ¿Qué mujer podía perder su honradez tomando chocolate con vainillas?

Mientras reconstruía la vieja sociedad porteña del siglo pasado, Ataliva ponía una especie de humorística nostalgia al evocar la ingenuidad de las costumbres.

—¡Qué contraste! Ahora la mujer sale a la calle sola. Hace sus visitas. Tiene sus relaciones íntimas sin anuencia paterna. Fuma. Bebe en las confiterías como un hombre... Le dieron libertad y ella se toma todas las libertades. Sin embargo, ¿podía afirmarse que por el hecho de haberse transformado las costumbres, las mujeres habían perdido también sus añejas virtudes? Ciertamente que nó... La mujer, en medio del peligro, domina con su astucia los riesgos que corre. El amor moderno no tiene los ojos vendados... ¿Qué extraño, pues, si Celita con una madre corrompida, con un padre jugador hasta el crimen y frágil hasta el punto de buscarle amantes a su propia mujer, pasaba por el fuego como la pirausta, — como la mariposilla de los griegos, — sin quemarse ni el polvo de las alas? ¿Podía creerse que ya no existía la virtud, — ni el heroismo con que la mujer defiende su honor, — heroismo que vale mucho más que todas las virtudes?

Sonó el timbre del teléfono. Hacía media hora que Ataliva aguardaba aquel grito de metal. Celita había prometido hablarle por teléfono para darle una cita. Para hablar con él sin testigos molestos...

Temblando como un colegial que descubre en los ojos de su prima la inédita necesidad de amar con locura. Ataliva tomó el auricular.

—¿Usted, Celita?

—Si, yo.

—¿Y?

—Esta tarde.

—¿Dónde?

—Donde Vd. quiera.

—Aquí.

—¿En su casa? ¡Uy, qué miedo!

—Digo...

—Es que...

—¿Qué?

—¡Qué pensará de mí! Elija el sitio donde su alma me crea más segura de usted mismo.

—No soy peligroso.

—¿No? ¿Entonces usted no se considera un hombre como todos?

—Al contrario. Pero sé domesticarme.

—¡Fiera!

—¡Divina!

—¡Cállese! La telefonista ha de estar oyendo nuestro madrigal.

—¡Mejor! Quiero que toda la tierra se entere de que la adoro...

—¡Vulgar!

—¿Es vulgar amarla hasta la adoración?

—Amar, no. Lo vulgar es recurrir a las palabras de las novelas de la vieja sensibilidad.

—¿Recurriremos solamente a los hechos de las mismas novelas?

—Más vulgar todavía.

—¿Entonces, Celita, cómo debo decirle que la quiero?

—Queriéndome.

—Metafísica.

—Amor.

—¿Viene, Celita? Venga prontito. Me muero de impaciencia...

—¿Allí, entonces?

—Aquí... Mi «garçonnière» es solitaria. Nadie podrá verla.

—Y si me ven ¿qué me importa? Mi virtud no está en los ojos de los demás. Está en mi misma.

Diez minutos después, Celita entraba en la «garconniére».

Fué como si la casa se llenara de músicas locas y perfumes suaves. La belleza vibrátil de Celita se expandía sobre todas las cosas. Ataliva descubría que bajo el encanto de la nerviosa chiquilina, sus muebles, sus cuadros, sus lámparas tomaban una nueva superficie con nuevos aspectos que no eran cotidianos. La vida es como el milagro de la luz. Como el milagro de las flores. Sale como un efluvio de los seres y se adhiere a todo dándole el calor, el color, el olor, el amor de la mujer que amamos...

—Yo nunca, — le dijo, — he visto mi casa más linda que hoy.

Ella iba de un lado para otro, deteniéndose a cada instante frente a un «bibelot», frente a un cuadro, delante de un objeto cualquiera. Daba gritos de admiración:

—¡Uy, qué bonito! ¡Pero qué rebonito!

—¿Y ésto?

—¡Uy, qué rebonito!.. Vamos, señor Ataliva: ¿de qué se ríe?

De nada. Me hace usted mucha gracia con su...

—¿Rebonito? Palabra que heredé de mi abuelo, el marqués de Capa - Juana.

—¿Sí?

—¿Acaso no es palabra castiza? ¡Ah! ¡Es cierto que para hablar con los señores literatos se necesita tener sobre la lengua un diccionario!..

—¿Quién le ha dicho semejante locura? Los escritores somos como las campanas de la iglesia. Llamamos siempre a misa y no entramos á oírla...

—Y en esa habitación ¿qué hay?

—Vea,—dijo él, con timidez.

Levantó la cortina, y la cabecita rubia se asomó para ver.

—¿Su dormitorio? ¡Uy, qué rebonito! ¿Y qué magnífica cama?

Ataliva sintió pena. Creyó que Celita en presencia de aquel futuro lecho de amor, se mostraría cohibida. Las exclamaciones ruidosas, en elogio de su dormitorio, llenaban su ilusión de zozobra.

—¡Impura! — pensó.

Luego, en tanto ella continuaba revisando la elegante «garçonnière» donde él urdía las aventuras de sus personajes, Ataliva se empeñaba en convencerse a si mismo de que Celita era «una más»... «Una chica cualquiera, hasta viciosa».

Celita se asomó a la ventana del balcón que daba a la calle. En frente, a través de los árboles, vió un conventillo de suburbio, con sus chicos corriendo en la acera. Las mujeres lavando en el patio. Un italiano gordo, zapatero, en mangas de camisa, fumando en el umbral, «mirando el humo...»

—¿Este es, — dijo Celita volviéndose, — el único paisaje que usted contempla siempre?

—Si.

—¡Qué triste!

—No crea. Me sugiere, a menudo, ideas de movimiento, de mundo en pequeño, con sus pasiones, con sus alegrías, con sus amarguras. El conventillo es una institución sentimental que refleja el alma argentina. Toda nuestra vida...

—Siga. Siga...

Ataliva experimentó un gozo infantil viendo que Celita no se apresuraba. Estaba seguro de que la linda chiquilina estaría en sus brazos dentro de pocos minutos.

Y todo su consuelo consistía en retardar la desilusión que lo esperaba. «Una de tantas»...

—Siéntese, Celita.

Ella accedió, hundiéndose, arrellenándose en una poltrona, como un gato mimoso. Tenía un modo extraño de sentarse sobre una pierna, dejando la otra a la vista y haciéndose un bollito.

—Donde ella se sienta,—meditó Ataliva,—parece que hay un nido.

—¿En qué piensa?

—En usted, Celita.

—¡Mentira!

—Si.

—No.

—¡Ay!

Ya llegaba el momento. Ataliva,—erudito en mujeres, — sabía que cuando la conversación de un hombre y de una mujer, se hace monosilábica, ya él demonio interviene. Del monosílabo se pasa al chasquido del beso. Al mordisco, que es también monosílabo.

Se aproximó a Celita. Tomándola por debajo de los brazos, como a un niño, se la echó sobre el pecho, besándola.

Celita dió un grito.

—Ah, no, Ataliva. ¡Déjeme! ¡Déjeme! no destruya en un momento de vulgaridad la pasión deliciosa de...

Iba a decir otra vez: ¡déjeme! Pero, Ataliva ya la había dejado, contento de aquella resistencia espontánea que elevaba su amor a la altura de un mito.

Y no hubo nada.

CAPITULO V

En el País de los Ciegos

Ataliva sufría como el títere de palo cuando su rival lo bambolea a garrotazos. Era un dolor frío que le golpeaba el alma secamente... ¡Privilegios de la edad! Las penas de amor, a los cuarenta almanaques, no suelen ser definitivas como las que nos hieren durante el sarampión de los veinte años. Se sufre, pero sin rabia. ¡Se ha gozado ya tanto!

Ataliva comprendía que Celita, tan joven, tan primaveral, tan inquieta, lo amaba. En vez de sentirse satisfecho de ese amor imprevisto y romántico, se mortificaba analizándolo:

—Si yo fuera un patán sin cultura, uno de esos don Juanes que se consagran a amar a las mujeres por el placer de la conquista y no por el deleite de sentirse amados, Celita sería para mi la felicidad en su estado de plenitud maravillosa. Podría amarla platónicamente, sin el ansia de besarle la boca a mordiscos. O podría besarla y hundirme en su belleza sin que el materialismo de mi acción disminuyera en nada mi romanticismo. ¡Pero, la amo y la deseo a Celita de un modo más que noble, innoble! Se mezclan en mi sangre tan contrarios gérmenes de razas tropicales y de razas de nieve, que, a veces, quisiera tenerla entre mis brazos como un arpa. En

seguida, quisiera estar a sus pies, adorándola, sin rozar ni su sombra para no mancillarla...

—*¡Amor! ¡Amor, que has hecho de mi vida!*

En ese momento, entre el humo espeso y azul de su cigarro, Ataliva vió al Payo que entraba sonriendo, con sus lentes antiguos y la cinta negra sostenida en la oreja, con su jaquet,—el último jaquet de Buenos Aires,—y con sus enormes bigotes rubios, los últimos también de Buenos Aires.

—¡Hola, Ataliva!

—Payo: llegas en buen momento. Si hubieras llegado veinte años antes, me encontrarías con un tiro en la frente.

—No puedes negar, querido, que tienes una cara de pelele infeliz. ¿Qué tal la piba? ¿Cómo van esos amores con Celita?

Tomó asiento en una butaca frente a Ataliva. Encendió un partagás. Sin esperar respuesta, continuó:

—Es una lástima. Esa chiquilina pierde su reputación.

—¿Qué dices?

—Naturalmente, hombre. No se la encuentra por ninguna parte. No frecuenta más los copetines. No admite que nadie la corteje. No quiere concurrir ni a lo de la generala, cuya timba es, como tú sabes, el punto de reunión más «chic» de nuestra aristocracia. ¡En fin!

—¿Qué?

—Que se hablan pestes de Celita. Que de seguir así, su reputación va a convertirse en un tranvía...

—¡Pero, esa chusma está loca!...,—exclamó Ataliva exaltándose.—Celita no frecuenta más esos antros de vicio distinguido y de cultura «chic», por que yo, yo, yo mismo se lo he aconsejado. Ese ambiente de timberas en que su castidad corría peligro de perderse, con hombres de moral y mujeres viciosas, no era la atmósfera que correspondía a su inocencia... ¿Qué pretenden? ¿Qué suponen? ¿Qué todas las mujeres capaces de rehuir el contacto malsano de ese ambiente, huyen por que tienen pecados

que esconder? ¿Creerán, sin duda, que Celita por el hecho de consagrarse a mi pasión, se encierra conmigo para...?

Se puso de pie. Tomó violentamente de las solapas a su amigo:

—Te juro, por mi madre, Payo, que Celita no ha sido nunca mía. Ni de nadie... ¿Entiendes?

—¿Y quién te dice lo contrario? Yo te cuento lo que se murmura en sociedad. Nuestro mundo, querido, está construído así. Los ojos se acostumbran a ver un aspecto de las cosas y ya no admiten otro. Creemos que la naturaleza es tal cual la vemos. Sin embargo, es tal como nos hemos acostumbrado a interpretarla. ¿No has leído la última novelita de Wells? ¡Extraordinaria...! Describe un fantástico país de ciegos que existe, apartado de la civilización, en un profundo valle del Perú, entre grandes montañas, cerradas por la muerte para que nadie pase. Una enfermedad milenaria ha secado los ojos de todos los habitantes del país. Desde hace siglos, hombres y mujeres viven en la sombra. Ninguno de ellos ha visto el aspecto exterior de las cosas. Ya ni siquiera conservan el hueco de los ojos. No poseen ni la noción de lo que el sentido de la vista pueda significar. Los próceres, los filósofos, los oradores, los poetas primitivos del país, los sacerdotes, han tenido, durante varios siglos, la sabia precaución de no hablar nunca, ni por broma, de que las cosas puedan verse de otro modo que con el oído, con el paladar, con el olfato y con el tacto. ¿Ojos? Ni siquiera el nombre de los ojos conocen... De repente, un viajero extraviado cae de las altas montañas a la llanura de los ciegos. El hombre ha caído envuelto en la nieve, formando una bola y sin hacerse daño. Consigue romper su prisión. De súbito se encuentra en medio de un alucinante pueblo de ciegos que dividen el tiempo en dos partes: el calor y el frío. Durante el tiempo del calor, o sea el día, duermen y en el tiempo del frío,—o sea la noche,—trabajan... Y he aquí,

¡oh, Ataliva!, la moral de ese cuento: los ciegos, en presencia del huésped que llega con ojos intactos, en presencia «del hombre que ve», se burlan y ríen, llamándole:

—¡Loco!

—¡Loco!

—Yo puedo revelarles a Vds.,—dice «el hombre que ve»,—la belleza del mundo: el cielo, las montañas, las flores... Todas las maravillas que nos llegan al alma por medio de los ojos:

—*Este hombre,*— dictaminan los ancianos del país,—*es un loco. Conviene encerrarlo...*

No comprenden el sentido de las palabras «vista», «ojos», «visión»... Separados por varios siglos del universo visible, ignoran cuanto vocablo pueda relacionarse con un «sentido» que nunca tuvieron...

Sometido el «loco» a un exámen científico, los médicos ciegos comprueban que «el hombre que ve» es un enfermo, cuyo terrible mal consiste en dos protuberancias que lleva en la frente: «los ojos». Se trata de una anomalía fenoménica que, en beneficio de la especie, debe corregirse con el bisturí, a fin de que el enfermo vuelva a su sano juicio y no afirme el disparate de «que ve con los ojos». Dios ha dicho, por boca de los profetas ciegos, que sólo debe verse «con las manos, con los oídos, con las narices, con la lengua...» El huésped es, por consiguiente, no sólo un sacrílego que contraría las leyes divinas, sino también un sujeto anormal que contraría las leyes biológicas... Para mayor desdicha «el hombre que ve» se enamora de una chica ciega,—la más hermosa de todas las mujeres,—y la más despreciada por los ciegos, en virtud de carecer de los rasgos que ellos reputan signos esenciales de belleza clásica...

En resúmen,—terminó diciendo el Payo,—los ciegos ilustres y todo el pueblo de ciegos en masa, y hasta la novia ciega, piden al huésped que se deje operar por los médicos.

—¿Me arrancarán los ojos?

—Sí. Es necesario que seas un sujeto normal, como nosotros.

Y el huésped huye a las montañas, enloquecido de terror, mientras sube desde el pueblo de los ciegos, una sincera exclamación de lástima:

—¡Pobre! Está loco...

Ataliva, oyendo a su amigo, pensaba en Celita. Era exacta la historia y el símil. Celita, en el ambiente social de los suyos, era un ser anormal, como el hombre que, envuelto en la nieve, cayó en el país de los seres que vén con las manos....

CAPITULO VI

La historia de Tomasito

—¡Quién fuera ciego!—decía Ataliva.—Para ellos la sugestión de la belleza no debe ser innoble, ni zoológica como lo es para nosotros. La euritmia de Celita, con su rostro de mármol judío, con su cuerpo de estatua, con sus gestos voluptuosos e ingénuos,—¡esa costumbre de echar el pecho hacia adelante y poner con sus ánforas en tensión la seda del vestido!,—toda ella saboreada con los ojos a través de las telas, provoca en mi médula un estremecimiento materialista, nervioso, animal, que riñe con mi pasión romántica, idealista, platónica... ¡Dichosos los ciegos que pueden amar sin ver lo que adoran! Para ellos la fealdad física no debe ser, como para nosotros, un obstáculo en el que se estrellan todos nuestros ideales. Para ellos, la fealdad no es más que una sensación de belleza, y la belleza una dulce sensación de idealismo...

—Déjate de tonterías,—lo interrumpió su amigo, el Payo.—Te amargas el café de puro novelista... Vístete. Vamos a divertirnos.

—Sí. Es mejor...

Una vez en el automóvil, ninguno de los dos sabía adónde ir. La noche era transparente. Triste. Fría. Invitaba al calor de los teatros.

—¿Adónde iremos?

—Vamos a olvidar un poquito la originalidad,—dijo el Payo.—Iremos a la timba de la señora generala.

—¿Allá?

—Sí. Un poco de cultura «chic» nos vendrá de perilla.

Ataliva no había vuelto al palacio de la viuda del general Las Tejas desde la noche aciaga. El asesinato del doctor Magrida, víctima misteriosa del padre de Celita, le había puesto en el espíritu un asco muy profundo.

Creíase cómplice de todas las vergüenzas que viera esa noche. Aquella confabulación de los aristócratas ocultando el crimen ajeno para defenderse de futuros crímenes y de propios delitos, le erizaba los puños de rabia. El Payo trató de disuadirlo:

—¿Qué quieres hacer? ¿Pretendes modificar con frases literarias la organización perfecta de nuestra sociedad? Es querer juntar agua con una espumadera. El mundo está hecho así, a base de solidaridad. Los obreros, para defender sus intereses y sus derechos, constituyen asociaciones y cooperativas. Las clases elevadas de la sociedad, se defienden también, como la abeja, uniéndose en un solo frente, contra sus enemigos. El código penal seguirá rigiendo para los infelices. En tanto, el derecho civil canoniza a los ricos...

—Pero, esa impunidad de los delitos que se cometen en la «haute», tiene un remedio...

—¿Cuál?

—El periodismo, que saca a luz la mugre de los potentados y ensalza a los ricos decentes. El periodismo, que se ampara en la frase de Sócrates: «Dios me puso sobre nuestra ciudad como a un tábano sobre un noble caballo, para picarlo y tenerlo despierto...»

—¡Pasquines!

—«Pasquines» los llaman ellos, como los ciegos de Wells llamaban loco «al hombre que veía». ¡Pasquines! por que benefician a la humanidad, dignificando a los pobres que, al ver entre los ricos a muchos delincuentes,

se sienten dichosos en su pobreza casta. La religión cristiana tendría un sólido argumento para su magnífica doctrina de humildad, si divulgara los delitos que cometen las clases seleccionadas por la guía social. No hay pobre que no se sienta cristiano cuando recuerda al señor Jesucristo echando a los acaudalados mercaderes del templo...

El automóvil se detuvo.

—Hemos llegado.

El portero,—general de película yanqui,—hizo una reverencia solemne, con la gorra en la mano.

—¿Hay novedad, Pepe?—interrogó el Payo.

—Sí, doctor. Esta noche, piden la mano de la señorita Laura...

—¿Quién?

—El niño Tomasito.

—¿Tomasito Pedrálvez?

—Sí, doctor.

Entraron. La suntuosa mansión de la ilustre timbera,—¡sangre azul del glorioso general Las Tejas!,—ardía en fiesta de una manera extraordinaria.

Laura, la hija de la timbera, los vió entrar y acudió a saludarlos, con las dos manos, llenas de joyas, extendidas en la actitud de un Jesús sobre el agua...

—¡Amigos míos! ¡Cómo agradezco la presencia de ustedes, esta noche!

—Mis felicitaciones.—le repuso el Payo.—Acabamos de recibir la buena nueva.

—¿Mi compromiso? ¡Ah, sí! Tomasito se ha puesto incorregible. Quiere casarse. El amor se cura con el matrimonio. Yo no puedo oponerme a ser su preferida.

—Es un buen muchacho. Está a gran altura.

—Sí,—contestó Laura, con cínica inocencia.—A una altura de varios millones, heredados del padre, un gallego que los reunió prestando plata a usura.

—¡Cierto! Tomasito ha tenido la suerte de nacer

después del padre... ¡Si hubiera nacido antes, sería para «in eternum» pasajero de tercera clase!

—Y usted, señor Ataliva, ¿por qué se ha perdido? Nos visitó una sola vez...

—Ocupaciones.

—Preocupaciones, dirá usted. ¡Ah, malo! ¡Cómo secuestra a nuestras más lindas amigas!

—¿Yo, señorita Laura?

—¡Hágase el seráfico! ¿Y Celita Krunisky? ¿Qué ha hecho usted de ella? Hable. Diga. Vamos a ver...

Otros visitantes acudieron a saludar a Laura, felicitándola por su compromiso.

El Payo y Ataliva, aprovecharon la conyuntura para internarse en los salones. En algunas mesitas se jugaba al «póker». En el gran salón de la ruleta, los empleados aguardaban la hora de comenzar, frente a las pilas multicolores de las fichas. Una orquesta típica echaba aire con el abanico de sus tangos...

—Esta casa de familia,—dijo Ataliva,—se parece más a un club que a un prostíbulo.

—Las tres cosas a la vez, querido.

—¡Qué agallas debe tener ese mozo Tomasito para casarse con la hija del general!

—Es la sangre azul, ché. El infeliz Tomasito, con todo su dinero, con toda la honradez de su nombre de inmigrante, no ha podido vincularse a la alta sociedad. Vive, como nosotros, al márgen de ella. Es admitido por la «haute», pero le falta esa vinculación que lo integre al grupito selecto. Casándose con Laura, su galleguismo de Pedrálvez se aristocratiza en el reflejo del ilustre apellido de Las Tejas, gloria nacional...

—¿Qué tipo es ese Pedrálvez? ¿Yo lo conozco?

—Tal vez. Era hasta hace poco, el amante de la mujer del doctor Krunisky. Ya sabes que ese judío, padre de tu Celita, es un perfecto manual del Sinvergüenza. Atrajo a Pedrálvez y no pudiendo ofrecerle las primicias

de Celita,—por que ella se negaba,—le ofreció los postres de su mujer. ¡Vieja buena moza, que vale en belleza más que las chiquilinas!

—¡Canalla!

—En efecto. ¡Krunisky es un canalla!

—¿Y por qué lo admiten en sociedad?

—Lo aguantan. Su mujer es hija del marqués de Capa Juana, que vino en tiempos de Roca, a comprar la Patagonia. ¡Una Capa Juana será siempre, para nuestra aristocracia, un blasón de nobleza! Además, su marido, el doctor Krunisky, ha tenido paciencia. Es hábil...

—Me gustaría conocer a Tomasito Pedrálvez,—dijo Ataliva.—Me serviría como personaje de novela...

—Pues hombre: no te va a costar trabajo reconocerlo. Esta noche. Aquí mismo....

—¿Entre tantos imbéciles?

—Sí. Tomasito es un idiota original. Cuando veas dos personas juntas, una de las cuales se aburre desesperadamente, puedes tener la certeza de que la otra persona es Tomasito. ¡Un muñeco lleno de aserrín!...



CAPITULO VII

Mujeres + hombres = O

—Tengo ganas,—dijo Ataliva,—de tirar unos pesos en la «ruleta».

—¡Magnífico! ¿Te dispones, entonces, a perder?,—repúsole el Payo.

—¿Perder?

—«Afortunado en el amor»,—pronostica el refrán...

—¡Bah! ¿Cómo es posible descubrir si el amor nos es fiel? La mujer es un Ford tan extraño, tan artificial, que responde al mecanismo de sus tornillos y no al de su «chauffeur». ¡Qué mucho sí, con frecuencia, la mujer ignora hasta la sinceridad de su sinceridad! Ya lo dijo Etienne Rey: *Une femme ne peut guére savoir si elle aime ou si elle n'aime pas, qu'aprés s'être donnée. Cest un risque terrible, mais pourtant nécessaire...*

—Estás insoportable, Ataliva. Tus nuevos libros van a resultar pesados como todo libro que trate del amor. Acuérdate de Francesca de Rímini en el delicioso «racconto» dantesco:

Noi leggevamo un giorno per diletto...

Francesca y Paolo, leen el famoso libro de pasión:

Galeotto fu il libro e chi lo scrisse;

y cuando, precisamente, llegan en su lectura a las páginas donde el amor de la reina Ginebra se hace más intenso, se aburren del libro. Lo dejan caer. Prefieren besarse:

"quel giorno piú non vi leggemmo avante".

Esto prueba que los libros de amor son insulsos.

—Cuando se tiene una mujer al lado, sí...,—agregó Ataliva.—No te hagas ilusiones, mi querido Payo. El amor siempre será nuevo. Cuando yo debuté en el periodismo literario llevé a Carlos Vega Belgrano, director de «El Tiempo», un artículo emocionante. Se titulaba: *"Ensayo sobre una nueva filosofía de Dios",.* El noble don Carlos leyó el título de mi colaboración. Eso le bastó para echarlo al canasto, diciéndome: «Joven amigo: tenga en cuenta que escribe usted para un periódico de cosas actuales. Y Dios no me parece un tema de actualidad. Prefiero que usted me escriba algo sobre el Amor. El amor, si, es, a través de los siglos, el único tema que no pierde jamás actualidad.»

Despacio, deteniéndose a cada rato, los dos amigos llegaron al salón de la ruleta. Hombres y mujeres se apretujaban para ubicar sus discos. Damas, jóvenes y viejas. Escotes mayúsculos, iluminados como un 25 de Mayo. Desnudeces y joyas. Las mujeres derramaban luces sobre los caballeros que, ciegos de locura, miraban el tapete cubierto de fichas.

Ataliva y el Payo contemplaron, una vez más, de cerca ese extraño fenómeno del juego que hace perder fortunas.

—Estos caballeros, —murmuró Ataliva, *—son capaces de perder la camisa.*

—Es lo único,— agregó el Payo, *—que no pueden perder las mujeres vestidas a la moda.*

Los hombres, a pesar de la fiebre, empujándose, transpirando, tenían un aire solemne de sacerdotes en pontifical. Guardaban cierta compostura, leyendo sus tablas, con las anotaciones de los guarismos salidores, con la estadística de los que no salían, con los números vecinos, o con los predestinados a la «jetta...»

Las mujeres, en cambio, se atropellaban rozando sus

senos desnudos, sus brazos, sus piernas contra los hombres, olvidando su sexo, como si la feminidad desapareciera al borde de la mesa.

—*¡Otro cero! ¡Qué barbaridad!*

Y el rastrillo barría las fichas con ruido de osario.

Los hombres se resignaban. En silencio, anotaban el cero y a jugar de nuevo. A echar el alma malgastando la plata de ellos, de la mujer, de los hijos, de los muertos y de los tontos que se la prestaban.

Las timberas perdían la noción de todo. Se olvidaban en el juego hasta de lo artificial, de lo falso, que suele ser lo que más dura en ellas. Se enojaban a gritos contra los números, insultándolos cual si fueran amantes descubiertos en plena traición. Los términos más soeces eran pronunciados por labios divinos, creados para el beso.

Delante de Ataliva, una hermosa espalda se doblaba sobre los números, en la actitud clásica de la mujer que distribuye fichas en todos los cuadros.

—¡Hermoso cuello!,—dijo Ataliva a su amigo.

—¿No la reconoces?

—No.

—Tu futura suegra....

—¿Qué?

—Sí, hombre. La madre de Celita...

Quiso alejarse de allí. La historia pecaminosa de aquella mujer,—madre de su adorada,—ofendía el recuerdo de la diosa convertida, bajo el sortilegio de sus sueños, en una diosa santa. ¡Pensar que esa mujer, joven todavía, sabrosa, madura, exquisita en sus ademanes de nobleza!,—¡una descendiente de la estirpe española de los Capa Juana!,—era la mujer del canalla, del doctor Krunisky!

—¿Será posible,—pensaba Ataliva,—que la historia pecadora de esta bella dama, sea verdadera?

Costábale creer que la cabeza rubia de la señora de Krunisky, aquellos brazos marmóreos y frescos, aquella

belleza más desnuda que vestida en la seda del traje, fueran los encantos de una mujer que se vendía mediante las negociaciones del propio marido. Le miró las espaldas. Y sus ojos transeuntes vieron en el cuello, distribuídos adrede por la Naturaleza, tres o cuatro lunares auténticos. Eran, sin duda, como timbres eléctricos sobre los cuales era suficiente apoyar los labios para que los pecados salieran al paso vestidos de rosa...

Un temblor cerebral hizo cerrar los ojos a Ataliva. De improviso, la idea de que Celita tendría también como su madre, lunares como aquéllos, le inflamó la sangre con un goce en que toda su médula ardía. Sintió rabia de su romanticismo. Reconstruyó, por dentro, la escena de su «garçonnière», el primer día, cuando tuvo en su boca a Celita y la dejó caer, pura como una hostia, sobre el sillón donde estaba hecha un nido...

—*¡Rien ne va plus!* — gritó el «croupier» con solemnidad.

La bolilla andaba. Andaba. Andaba... Era como el ruidito de un ratón royendo un tabique sonoro. La muchedumbre asistía al espectáculo de la bolilla trágica con unción religiosa. Alma. Cuerpo. Todo dependía de aquel punto blanco, de hueso. Puntito andarín como el dedo de Dios que señala los seres que deben marcharse del mundo... Al fin, la bolilla se metió en un tajo:

—*¡Cero!*

—*¡Libre!*

Montones de pesos se habían distribuido en el paño. En los «nones» y en los «pares», en «mayores» y en «menores», en las «columnas», en las «docenas», en «negro» y en «colorado». Desde el 1 al 36, todos los números estaban repletos, con rimeros de fichas y placas. El único rincón vacío, en el que nadie había querido poner sus ilusiones, era el largo sepulcro del Cero.

—*¡Cero!*

Fué un grito de dolor. Un alarido de rabia impotente

por el capricho loco del puntito blanco. Pero, por encima del lamento total, Ataliva escuchó que la bella dama que tenía delante,—la ilustre Capa Juana,—su «suegra»,—como el Payo dijera por broma,—indignada por haber perdido, pronunció una inmunda palabra contra el cero:

—*¡Mi...!*

¡Qué pena! Labios tan hermosos... Ella volvióse, con las manos huecas. Encontróse con la cara del Payo. Sonrió como un ángel:

—¡Cómo le vá, Payo!

—Bien, señora.

Ataliva iba retrocediendo. Quería no verla. La madre de Celita lo reconoció:

—¡Señor Ataliva! Al fin lo capturo.

—¡Señora!

El, siguiendo la moda de los argentinos que vuelven de París, le besó la mano.

Al mismo tiempo oyéronse gritos espantosos en el otro lado de la misma mesa. Un caballero de frac, muy correcto, vociferaba:

—*¡Esto no lo puedo permitir! ¡Es una desvergüenza! ¡Es un delito!*

Ataliva reconoció en el caballero que daba esos gritos al juez que la noche del crimen, cuando el doctor Magrida cayó asesinado, allí mismo, decía, apretando los puños grávidos de fichas:

—*"¡Yo soy juez! Entiendo de estas cosas! Se trata de un incidente sin trascendencia alguna!"*

—Algo muy grave debe ocurrir,—pensó Ataliva,—para que un magistrado como éste, capaz de negar trascendencia a la muerte violenta de un hombre, dé voces tan altas.

El juez proseguía:

—*¡Ladrones! Son unos ladrones! Yo he puesto una placa en el Cero! ¿Por qué la sacaron? ¡Ladrones! ¡Roñosos! Páguenme cien plenos...*

Algunos señores trataron de apaciguar la furia del juez. Fué estéril toda tentativa de paz. El juez seguía gritando:

—¡Ladrones! Me pagan o...

Intervino la dueña de casa. La viuda del general apareció rebosante de gordura. Resplandeciente de altivez heroica:

—¡Pero, doctor! ¡Suavícese! ¡Vaya un escándalo!

—¡Me han robado! ¡Me pagan o...!

Amenazaba con sacar el revólver.

—Suavícese. ¿Cómo puedo permitir que en mi casa, en el hogar del ilustre general Las Tejas, ¡gloria nacional...!

—¡Déjese de glorias nacionales! Yo puse una placa de cien pesos al cero. Hágame pagar los tres mil quinientos pesos que me corresponden.

—Pero...

—¡Nada! Tres mil quinientos. ¿Crée usted que ignoro las tramoyas del jueguito? Ese «croupier» de ojos lánguidos... ¡Sí, hágase la tonta!... Ese «croupier» está de acuerdo con usted.

—Pero, doctor...

Viendo que era imposible cerrar con razones la boca del juez, la viuda del general habló en alta voz al jefe de la mesa:

—Páguele al doctor «sus cien plenos» al cero... Y que no se repita otra vez que un caballero como el doctor, se vea obligado a formular reclamaciones. ¿Entendido?

—Sí, señora.

Refunfuñando, el juez recogió varias pilas de placas de nácar y fichas menores, que guardó en sus bolsillos.

Pronto el incidente se olvidó en la fiebre de distribuir las fichas para otra jugada.

El Payo felicitó al juez por su ganancia:

—Tiene usted buena suerte, compañero.

—Regular, Payo. ¿Usted no juega?

—Voy a poner diez pesitos al cero.

—No va a darse. Es difícil la repetición.

—No importa. «¡Addio, vecchia zimarra!»,—cantó el Payo y arrojó la ficha por encima de un grupo de timberas que se apelmazaban delante del 5. La ficha del Payo, cayó, secamente, en el cero.

—*¡Rien ne va plus!*

Y la bolilla corría. Corría. Corría.

De súbito, cayó en un alvéolo.

—*¡Colorado, el 5!*

Las timberas que habían jugado al 5, chirriaban de placer. Se besaban entre ellas, gozosas, reventando de dicha.

El Payo había perdido. No se inmutó por eso.

Llamó a su amigo, el juez, que estaba al otro lado de la mesa, y parodiando a Belisario Roldán, le gritó:

—¡Oiga, mi querido doctor! Usted, que tiene tanta elocuencia como juez, ¿quiére arreglarme este asuntito? No me quieren pagar mis diez plenos al cero por que ha salido el 5. ¡Qué sinvergüenzas!

Una carcajada general festejó la broma.



CAPITULO VIII

Educación sentimental

Ataliva no se atrevía a preguntarle a la señora de Krunisky por Celita.

La dama le murmuró al principio, cosas frías. Su conversación estaba llena de esas frases que las mujeres tejen sobre temas actuales dándoles un matiz de historia antigua. Se ocuparon del Payo que, en ese instante, inclinaba sus bigotes rubios sobre el enorme seno de la generala. La generala hablaba con entusiasmo, coqueteándole al Payo.

—Es raro que el Payo no se case,—insinuó la señora de Krunisky.

—¿Por qué?

—Decía no más... Tratándose de un muchacho tan inteligente...

—Tal vez por eso mismo no se casa.

—Ha tenido muchas oportunidades y las ha despreciado. Con la destreza para mentir que tiene, pudo enloquecer de amor a todas las mujeres.

—¿Mentir?

—¿Crée usted que un hombre puede conservarse soltero sin mentir?

El Payo acercóse con mucho misterio:

—¿Saben lo que ocurre?

—Alguna mentira,—contestó riendo la señora de Krunisky.

—¡Le juro, señora! ¡Una verdad!

—Alguna mentira como todas las suyas.

—Una verdad, señora.

—Y si es una verdad,—repuso ingeniosamente la dama,—¿cómo se atreve usted a decirla? Vá a contrariar sus normas de conducta...

—¡No sea mala, señora! Ya sabe usted que soy su admirador más silencioso. Nunca hablo de usted....

—Sí, sí... ¡Oigamos ese chisme!

—La señora generala me hace el honor de confiarme sus secretos.

—¿Y?

—En diciembre la generala Las Tejas se va a Mar del Plata. La clausura de las ruletas oficiales, le permitirá instalar la suya en el palacio de Ravela. Poniendo los ojos en blanco me ha dicho que teme embarcarse en una empresa tan grande, ella sola, sin nadie que la ayude. «¡Ah, Payo!,—suspiró la vieja,—¡si alguien me ayudara a soportar la vida!...»

—¿Piensa casarse, entonces?

—Sí. Y lo peor es que sus intenciones van en contra mía. ¡Adiós! En amor, soy un caballero sin ventura.

Y el Payo, haciendo gestos exagerados, se alejó con rumbo a la ruleta. La señora de Krunisky y Ataliva estaban de pie, frente a un espejo.

—¡Infortunado en el amor!,—suspiró la madre de Celita.—¡Todos somos infortunados en amor!

Ataliva bajó los ojos.

—¿Quiére que nos sentemos allí, señor Ataliva?

—Un honor, señora.

Aquella satiresa lo atraía. Le gustaba contra su propia voluntad. En su deliciosa madurez, con su magnífico busto y sus lunares, lo hacía pensar en Celita. En una Celita del futuro... La señora de Krunisky se le insinuaba en el

«flirt». Sentada a su lado, con la falda corta que descubría dos piernas maravillosas, ella lo enamoraba con beatitud, mostrándole los dientes. Tenía una manera especial de refrescarse con la puntita de la lengua; el «rouge» de los labios. La puntita asomábase a la boca como una ficha roja y húmeda, haciendo que los hombres eruditos en mujeres, se quedaran estáticos mirando aquella insinuación inocente y diabólica. Ataliva sentía fiebre. Sentía rabia contra aquella hermosa mujercita de aire ingénuo que con permiso del marido, se dedicaba a la caza del hombre.

—¡Y pensar que Celita,—decíase Ataliva,—lleva en sus venas sangre de esta pícara! Más que sangre. Celita es carne de ella misma.

Viéndolo pensativo, la señora de Krunisky le dijo suavemente:

—¿Por qué no me habla, señor Ataliva?

—Creía haber hablado demasiado.

—¡Economiza usted las palabras! Y sin embargo, no debiera ser así. Tiene usted una manera de hablar en voz baja...

—¿Qué manera?

—No sabría decirle.

—¿Se burla usted de mí?

—Al contrario,—gimió ella con ternura.—Habla usted como si...

—¿Cómo qué?

—No sé. Me turba. Tiene usted voz de alcoba.

Ataliva se rió, festejando la frase:

—¡Voz de alcoba! ¡Es un hallazgo!

—Le prevengo que no me pertenece. He copiado la frase a otra persona que siempre se la aplica a usted.

—¿Quién será esa persona?

—Mi hija Celita.

Ataliva se puso colorado. Los ojos se le iluminaron de dicha al oír el nombre de la amada. La señora de

Krunisky lo vió e hizo un gesto de amargura. ¿Celos...?

Ataliva preguntó:

—A propósito... ¿Y Celita?

Entonces la señora de Krunisky, como si hubiera querido vengarse de Ataliva:

—¿No la ha visto? Anda por ahí...

—¿Cómo? ¿Celita ha venido esta noche?

—Naturalmente. Hace un instante la ví con Tomasito Pedrálvez. El muchacho anda loco por ella.

—Pero, ese tilingo ¿no pide esta noche la mano de Laura?

—¡Qué importa! Celita es una mujer superior. Y moderna...

—Desde luego Celita es... ¿De veras, ha venido?

Creía imposible que Celita hubiera desobedecido sus indicaciones. «¡Vamos a ver,—se susurraba interiormente,—¿qué derecho tengo para prohibirle nada? ¿Soy acaso su novio? ¡No! ¿Soy, acaso, su amante? ¡Tampoco!... Entonces, ¿con qué autoridad pretendo evitar que ella se pierda, si quiere perderse? Soy un estúpido. ¡Yo me rehusé a tener sobre su vida el privilegio que dá la posesión! ¡Ah! Si ahora la estrujara otra vez entre mis brazos, como aquella tarde... ¡no me maniatarían los lirismos! Me portaría como un gran Casanova de Singalt... Un amor con escrúpulos, no puede ser amor: es casamiento...»

Fingió un pretexto para dejar á la señora de Krunisky. La cazadora de hombres lo miró con odio.

—Hay imbéciles,—pensó ella,—pero como éste, no hay, por cierto, ninguno. ¡Ya me las pagarás!

Ataliva se metió entre las llamaradas de la fiesta. Buscaba, á través de los hombros desnudos, a través de las plantas y de los jarrones, la silueta menudita de la chiquilina.

No quiso preguntar a nadie.

Por fin la encontró en el jardín de invierno, con Pedrálvez. Tomasito le hablaba muy cerca, al oído.

Ataliva experimentó un impulso violento de fiera que huele carne de niño en el bosque. De buena gana se habría arrojado sobre Tomasito para extrangularlo.

Se contuvo.

—Al fin y al cabo, ¿qué culpa tiene Tomasito? La culpa es de ella. O de los padres que la ofrecen en venta á Tomasito... Tampoco la culpa es de los padres. La culpa es mía que, por un loco prejuicio de romántico, no quise que se perdiera en mi pasión...

Se aproximó a la pareja pensando en el susto de Celita. Por pecadora que ella fuera, la presencia de Ataliva pondría en su corazón un gritito de miedo.

—Con permiso,—murmuró Ataliva.

Celita lo miró sonriendo, sin inquietarse:

—¡Señor Ataliva! Al fin le veo la cara. Sabía que usted había venido.

—¿Los incomodo?—inquirió Ataliva dirigiéndose a Tomasito.

—De ninguna manera, doctor,—contestó el millonario.

—Aprovecharé la ocasión para dejar a Celita en buena compañía.

Cuando Ataliva y Celita quedaron solos bajo una enorme palmera del jardín, empezaron a tutearse. La orquesta rompió a llover sobre las flores, armoniosamente, llanto de Debussy...

—¿Por qué viniste?—la interrogó Ataliva.—¿No me juraste que no vendrías ya más a esta pocilga?

—Mamá y papá me trajeron.

—Hiciste mal en obedecerles.

—Son mis padres.

—¡Malos padres!

—¡Ataliva!

—Sí. Padres indignos de serlo. No se trae una hija como tú, a una casa que bajo el manto de la aristocracia, esconde la basura...

—Además,—lo interrumpió Celita—me parece que tomas demasiado a pecho el cuidado de mi libertad.

—Muy bien,—exclamó Ataliva poniéndose de pie.—Hemos terminado.

—¡Ataliva!—gritó Celita tendiéndole las manos en ademán de súplica.—No seas cruel. Sabes que te quiero a tí solo...

—¿Por qué viniste?

—Papá me lo ordenó. Ya sabrás lo que ocurre...

Ataliva volvió a sentarse a su lado y, ella, entre sollozos que ahogaba con el pañolito, le contó la tragedia. Su padre estaba en la ruína a causa del juego. Su madre, había agotado todos los recursos de su coquetería sin hallar quien respondiera al vencimiento de los bancos. Era el cataclismo, la pobreza con sus estragos, que llevaría a los Krunisky a la muerte civil. Al desprecio. Al suicidio...

—Y entonces ¿qué pretenden de tí?

—El último esfuerzo. ¡Que enamore a Tomasito Pedrálvez! Que se lo quite a Laura. ¡Tiene tanto dinero!

—¡Salvajes!

—Y tú, ¿qué piensas hacer?

Celita tardó en dar la respuesta.

—¿Qué he de hacer? Salvar a mis padres...

Y sonrió ingénuamente. Paloma...

CAPITULO IX

Eres tan niño. ¡Te quiero tanto!...

—¿De qué clase de loza estaban hechas las mujeres de la aristocracia? Muñequitas «Made in Japan». Ingénuas y puras como las geishas. Juguetes de carne que reciben los besos y los borran con polvos de Coti... Educadas en el «Sacre Cœur», asistiendo a todos los sermones, viviendo entre palabras de moral, eran tan virtuosas que amaban a sus padres, como Celita, hasta el punto de sacrificarse por ellos, en el loco heroísmo de *venderse al amor, sin amor...* Esta costumbre de inculcar en el alma de las hijas la obligación de casarse con hombres que satisfagan las aspiraciones de los padres, tiene,— pensaba Ataliva,—la culpa de esa inmoralidad que cierra de vergüenza, muchos palacios del barrio del norte. Dramas secretos. Silenciosos. Adulterios. Renunciamientos a la vida...

Y Ataliva recordaba haber ido con el Payo a visitar a la abuela de Celita, la auténtica esposa del marqués Capa Juana. La anciana señora vivía en un enorme palacio de la Avenida Quintana. El palacete tenía ciento veinte ventanas, siempre cerradas como las de un convento. Cuarenta habitaciones, amuebladas con lujo, llenas de cuadros célebres y en las que nunca penetraba la luz natural. Jardines maravillosos, con árboles y flores cuya paz de sepulcro indignaba a los chicos del

barrio. Las piedras subían con rabia, a las manos, armándolas de estrilo. A veces, parecía que los árboles, desesperados de encontrarse solos, movían sus cabezas llamando á los niños tuberculosos de las casas sin sol. Adentro, en la última pieza, cerca de las cocinas, estaba la marquesa con su vieja moral, encerrada en su dignidad como en un caracol. Sentía vergüenza de que su hija, casada con «un ruso», con el doctor Krunisky, anduviera en subasta. Y ahora, la nieta...

Ataliva, sentado en su escritorio, veía a través de los vidrios del balcón, el paisaje de siempre. El conventillo con el italiano de la pipa. Las rudas lavanderas. Los chiquillos roñosos con salud de cerdos. El perro dormido en la paz de los ruídos...

En el patio, — inclinada sobre la batea, — vió una rubia deliciosa, de quince años, restregando una enorme pieza de ropa. De vez en cuando, la rubia hablaba con otra lavanderita, morocha y chiquita. Una pila de nervios...

El jabón en espuma cubría los brazos de la rubia. A la distancia, la espuma del jabón parecía cortarle los brazos, dejándole dos muñones, como los de la Venus...

—Estas mujeres,—dijo Ataliva,—educadas en la brutalidad del conventillo, son más morales que...

Se puso de pie, nervioso, mirando el reloj. Tomaba un libro. Lo dejaba. Volvía a tomarlo.

—¿Vendrá? ¡Cuánto se retarda!

Esperaba a Celita.

Toda la casa le dió la respuesta. El timbre alegró las paredes y las flores de la «garçonnière». Los cuadros, las muñequitas de Tanagra, los libros, el nido entero llenábase con la risa nerviosa del amo, gritando:

—¡Ella! ¡Celita! El Amor...

¡Al fin! Ataliva estaba resuelto a sacrificar sus escrúpulos tontos. ¡No faltaba más! A los cuarenta años de edad, con una experiencia inhábil hasta entonces, no

iba a hacer el monje. Si otros, con menos derecho que él se disponían a saborear los encantos de Celita, ¿por qué él, Ataliva, el conquistador, desperdiciaría esos encantos?

—Buenas tardes,—dijo Celita con timidez entrando en la sala de estudio.

—¡Rica mía!

Ataliva la besó en la boca.

—¡Cuidado! ¿Estamos solos?

—¡Solos! He mandado al mucamo a comprar un libro y le he dicho: «No vuelvas hasta que hayas encontrado esa obra que se titula: «La Honradez de un Político...» ¡Claro! ¡No volverá nunca!

—¡Qué gracioso! ¿Y?... ¿Ya no estás en Otelo? ¿Se te fué el enojo?

—¿Qué enojo?

—El de la otra noche. ¡Cómo te pusiste!

—¿Yo?

—¡Qué pronto te olvidas!

—A tu lado, Celita, me olvido de todo.

—Bueno, basta de besos. Hablemos seriamente.

—Hablemos.

—¿No te vas a enfadar?

—No.

—Este... Este...

—¿Es tan grave lo que quieres decirme?

—Muy grave.

—¡Alalá!

—Gravísimo. No me acaricies tanto. Me arrugas el cuellito. ¿Te gusto? ¡Déjame! ¡Lindo!

—Bueno.

—El asunto con Tomasito está arreglado.

—¿Qué asunto?

—¡Está bueno! ¿No te acuerdas? Déjame la melena... ¡Ufa! Me ahogas con tus besos!... Tomasito ha roto su compromiso con Laura y está resuelto a...

—¿Tomasito?

—A casarse conmigo.

Desde antes de llegar Celita, ya Ataliva presagiaba la noticia. Estaba seguro de que el doctor Kunisky y su mujer, acorralados por el juego, andaban tras los millones de Tomasito Pedrálvez. Primero había sido ella, la madre de Celita, quien ofreciera a Tomasito las postrimerías de su amor. Tomasito pagó algunas deudas y trajes y lujos... Pero, ahora, para sacarle más, para atraparle los millones y meterlos en casa, era menester recurrir a Celita. Al plato exquisito y nuevo, codiciado por todos.

A pesar de que Ataliva consideraba que la catástrofe no tenía remedio, mantuvo hasta el final su lánguida esperanza, creyendo a cada rato, como los condenados a muerte, que llegaría la salvación en el último instante.

Ante la fatalidad, se tomó la cabeza entre las manos, llorando, gimiendo.

—¡Vida sucia! ¡Vida sucia!

—Es cierto,—lo consolaba Celita.—Sin embargo, no veo un motivo para desesperarse. Yo siempre seré tuya...

—¿Cómo? ¿Te parece poco quererte como yo te quiero y saber que estarás en brazos de otro? Una infamia...

Experimentó rabia contra Celita. La hubiera insultado allí mismo por la resignación con que ella marchaba al holocausto.

—¡Es el último sacrificio que puedo hacer por mis padres!

¡Los padres! ¡Y pensar que Celita creía cumplir una misión altamente moral entregándose, bajo el amparo del registro civil y de la iglesia de Jesús, a un hombre que la compraba sin amor! Era la educación de las chiquilinas que florecen en los hogares ricos. El

respeto patriarcal. La obediencia a los padres que ordenan a la hija:

—¡Cásate con Tomasito!

—¡No lo quiero! Ese hombre no me gusta.

—Cásate. Posee millones. ¡Sálvanos de la ruina!

Y Celita, a quien la moral enseñó,—por encima de todo,—a querer a sus padres, cedía. El alma quebrábasele en atroces angustias. Pero cedía contenta, por que a menudo aprendió en sociedad que los matrimonios de conveniencia se endulzan con placeres secretos y deleites prohibidos.

—¿Qué importa, Ataliva, que yo sea la esposa de Tomasito? ¿Acaso por que la ley me obligue a ser su mujer, he de quererlo tanto como te quiero a tí? ¡Nunca!

Ataliva,—descendiente de trogloditas salvajes y desnudos,—tuvo una explosión aborígen de asco. Dijo una frase fea que hirió con las aristas de sus sílabas, el oído casto,—(casto para los vocablos,)—de Celita. Entonces, ella le repuso:

—¿Por qué dices esas palabras groseras? ¿No sabes insultar con cultura? Además...

—Además, ¿qué?

—Además, no veo la razón de que me insultes, ya que tú no puedes salvar de la ruina a mis padres...

Ataliva estremecióse bajo aquel latigazo. Se sintió pequeño. Una desesperanza de sí mismo, le achicaba el alma. Era natural. ¿Cómo iba él, un hombre sin fortùna, a tapar la boca de aquellos padres sedientos de dinero? No era pobre, no... Sin embargo, al lado de los millones de Tomasito, sus dimensiones, ¡eran tan exiguas!

Tuvo un arranque:

—Y bien...

—¿Qué, Ataliva?

—¡Soy un tonto! Teniéndote a mi lado, tan cerqui-

ta; pudiendo beberte de un sorbo; tragarte, chuparte la vida como un caramelo, me pongo a filosofar como un amante de Lope de Vega.

La estrechó entre sus brazos, sobre el sillón, besándole los labios, los dientes, el disco sabroso de la lengüita dulce. Las manos acariciaban la seda del vestido...

De pronto ella, desprendiéndose de sus brazos, mirándolo en los ojos con una mirada triste de vírgen enferma, le dijo:

—Basta, mi rico. No vayamos más adelante. Mantengamos nuestro amor puro, sin que nos avergonzemos de nuestras desvergüenzas.

—¡Celita! Te quiero!

—Yo también. Hagamos en homenaje a nuestra pasión, el sacrificio de *negarnos*. Salvemos al amor, queridito, de este fuego, que pronto sería, sin duda, cenizas. Queriéndonos así,—mucho,—como dos niños, ¡nos amaremos siempre!

Ataliva gozaba en la melódica caricia de las palabras de Celita. Caricia que apagaba el ardor de sus fibras. Inclinó su cabeza sobre el hombro de la muchachita. Ella, con los ojos húmedos, como de vidrio, seguía en su canción,—ausente de la carne,—hablándole al espíritu:

—Dejemos que los demás entiendan el amor a su manera. Yo sólo sé que te adoro...

Un estremecimiento hizo apretar los ojos de Ataliva. Era un recuerdo que le mordía las meninges. Le andaba por la frente. Le llegaba a los labios:

—Pero, ¿y él?

—¿Quién?

Celita, al elevarse en su pureza pasional, olvidaba «al otro» a Tomasito, que habría de poseerla con el sagrado derecho del marido.

—Tomasito...

—¿Qué te importa?

—¡Cómo! El tendrá la gloria de tí misma, mientras yo recogeré los desperdicios de tu apasionamiento.

—Después de él, sí, seré tuya.

—¡Ah, no!

—¿Cómo quieres que una muchacha de mi clase se entregue al amante primero que al marido?

El hombre permanecía perplejo. ¿Qué moral tan extraña era la de Celita?

—Nunca me avergonzaría bastante de mi locura,—insistía ella, acariciando la cara de Ataliva.—Comprendo tus deseos. Los comprendo a través de los míos, amorcito divino. ¡No insistas! Sé comprensivo. Si me doy a tí siendo soltera pierdo, irremediablemente, mi reputación. ¡La pierdo ante mí misma. Un amante dignifica a la mujer que se equivoca en la elección de su marido. Pero, un marido es pecado mortal si reemplaza al amante. Amame sin interés. Con amor puro. Quiero caer en tus brazos honradamente limpia...

—¡No!

—Sí.

—No, Celita.

—Tranquilízate, Ataliva. Hablemos como hermanos. Pronto me casaré, con Tomasito o con cualquiera. Al día siguiente, todos mis besos han de ser para tí.

—Entonces,—exclamó Ataliva ciego de pasión,—cásate conmigo.

—Eso nunca, precioso. Te adoro demasiado para casarme contigo y engañarte con otro. ¡Eso sí que no...!

—Pués bien,—gimió Ataliva,—serás mía. A pesar de todo. ¡Enseguida!...

Ataliva,—troglodita de la edad del amor en las cuevas, retardado psicológicamente, en dos mil años,— sintió surgir en su locura todos los amores ancestrales. Su alma era de mono, de caballo, de toro, de cisne... Intentó forcejear. Vencer. Dominar...

Se echó sobre Celita para besarla y ésta, de pie,

parecía una estatua. Los brazos cruzados sobre el pecho Las piernas cerradas como un templo... Se defendía sin defenderse. Con el arma temible de la inacción. Con la mirada fría que empuja hacia atrás al sexo del hombre cuando el instinto de la mujer se niega al sacrificio.

—No seas así, Ataliva. Eres como todos los hombres: ¡un hombre! Elévate a los dioses. Mira: te has despeinado. ¡Pobre, mi chiquito! Tienes la corbata fuera de su sitio. ¿Porqué no me lees algún capítulo de las novelas tuyas? ¡Dame un beso y sosiégate, precioso! ¡Eres tan niño! ¡Te quiero tanto!...

Ataliva comprendió que la brega era inútil. No hay mujer que caiga si no quiere caer... La presa se le iba de las manos, otra vez, como las poblaciones que se esfuman por las ventanillas de los trenes.

—Eres tan niño ¡Te quiero tanto!

CAPITULO X

En Mar del Plata

La esposa del general Las Tejas,—(¡oh, glorioso general, no te levantes de tu sueño de mármol!,—) había instalado su timba en Mar del Plata. El palacio Ravela, después de varios años de viudez, surgía más hermoso que nunca. La timbera, ayudada por los políticos y por los judíos, dió a su negocio las proporciones de un banco. Era una especie de Monte-Carlo sin príncipe, sin policía y sin impuestos.

—¿Pagar patente? Vamos, caballero. ¿Acaso ignora usted que se trata del digno hogar de una dama gloriosa? Nada menos que la viuda del general Las Tejas...

Los salones de juego de la dama contaban con el apoyo de la aristocracia. Un gran diario iniciaba todos los días su crónica social, con la lista de personas que asistían a sus reuniones. El cronista no hablaba para nada de juego. Hablaba simplemente de *reuniones*... El director del periódico, descendiente también de Las Tejas, era uno de los principales accionistas de la timba. De ahí el entusiasmo con que Don Luisito Las Tejas,—director,—escribiera sus editoriales vibrantes contra el vicio del juego:

—Es vergonzosa,—decía,—la difusión del juego en Mar del Plata. Dos ruletas convertidas en pulpos que

aprisionan, sin misericordia, a los veraneantes. Es hora, pues, de que el gobierno»...

El gobierno, escuchando aquellos sabios consejos, resolvía la clausura de todos las casas de juego. Varios diputados y senadores,—accionistas de la señora de Las Tejas,—lograron fácilmente esa resolución.

—Ahora, señora,—le comunicó don Luisito,—puede usted abrir sus salones. Ninguna de las dos ruletas le hará competencia.

Mar del Plata estaba en su apogeo. La viuda, observando que no bastaban las sesiones nocturnas hasta las seis de la mañana, inauguró una sesión que comenzaba a las dos de la tarde. Sin embargo, el anciano doctor Palomezzo se le quejó:

—Estoy viejo, señora, y no puedo venir de noche, pues me acuesto temprano. Por la tarde, salgo a tomar el sol. ¿Por qué no abre sus salones, también, antes de mediodía?

—¡Encantada!

Y, desde las diez de la mañana hasta las trece, los salones se llenaban de ancianos y de viejas, cargadas de coronas de brillantes, como carrozas fúnebres. Iban a tentar la suerte. Eran vejestorios arrugados y asmáticos que, llegaban a la sesión matinal apresurados para no perder la primera bolilla.

—Esta sesión de antigüedades,—dijo el Payo,—debiera figurar en la crónica social con el nombre de Sesión de orejones en caña...»

El desfile de los veraneantes en los tres turnos era pintoresco.

—A mi casa,—explicaba la señora viuda,—sólo viene gente de abolengo. ¡No faltaba más! ¡El hogar del glorioso general Las Tejas!

Y los salones estaban llenos de almaceneros, de lecheros, de carniceros enriquecidos y de otras personas decentes en vísperas de no serlo. Para tener acceso á

los salones de la viuda. les bastaba hacerse presentar por algún amigo de la casa:

—Le presento, señora, à mi amigo el doctor Graciano Almídola, de Bolivia. Dueño de media América...

¿De Bolivia?

—Sí, señora.

—¡Encantada!

La ilustre viuda siempre estaba encantada. Le presentaban un marqués español: *¡Encantada!*, aunque el marqués fuera su propio almacenero. Le ponían delante millonarios de la India, del Uruguay, del Brasil, de Chile, del Paraguay que, a menudo, eran ladrones de Vicente López: *¡Encantada!* La cuestión era mantener el paño siempre lleno de fichas.

Laura, la hija del general, tenía su trabajo. Con otras chicas de la aristocracia, frecuentaba los bailes de los hoteles, entablando relaciones entre las chiquilinas inocentes, invitándolas a concurrir al palacio Ravela. Muchas señoritas, «de buena familia», por el afán de ganarse unos pesos, que pagaba la viuda de Las Tejas, como comisión, se dedicaban al corretaje de jugadoras ricas, pescadas entre las mujeres ricas de la «chusma». Tentaban a las chicas, explotando en las hijas de los almaceneros, lecheros y hombres de campo, su deseo de figuración.

—¡Vayan, chicas!

Y ellas iban con sus padres. En tanto que las chicas bailaban, los padres molían las horas jugando. ¡Se respiraba tanta aristocracia entre aquellas timberas!

Muchas señoras de medio pelo, enriquecidas de pronto, enfermas de ese loco furor de codearse con las gentes pulidas, buscaban la amistad de Laura. Al principio, Laura fingía no entender las indirectas. Por fin, las invitada «como una excepción»...

Y las pobres dejaban sus fortunas, sus alhajas y algo más valioso todavía.

Ataliva llegó una tarde a Mar del Plata dispuesto

á lavar su tristeza en el agua salada. Durante el viaje tomó la enérgica resolución de no pisar el palacio Ravela. No quería encontrarse allí con Celita. Pensaba:

—*La pureza de nuestro amor inmaterial requiere otro ambiente...*

Instalado en el hotel, se vistió para ir a la rambla. Un hermoso sol bañaba la esplanada que dá acceso al Bristol. En la entrada a la rambla, vió el mismo espectáculo de siempre, desde hace quince años. De un lado, la frutería con duraznos enormes. Del otro, la casa de joyas, enormes también; joyas para estómagos grandes y groseros. Joyas que esperan la plata del juego. Más arriba la cigarrería con la vidriera llena de billetes. A la derecha, casas de modas, librería, Ocean Club, fotografía, bazares japoneses, boliches: ¡Un paseo de Julio!... ¿Y el mar? ¡Ah! Felizmente el mar estaba allí atornasolado y chispeante como un vestido de lamé...

Mirando aquel mar lleno de moneditas resplandecientes, pensó en la ruleta de la viuda gloriosa. Estarían ahora en la sesión de la tarde.

—No iré,—se dijo.

Caminó. Caminó. Caminó.

De repente encontróse, sin saber cómo, en el vestíbulo del palacio Ravela. Entregó al portero su gorra de clubman, su bastón.

—¡Señora!...

—¡Señor Ataliva!

Ya estaba otra vez en la boca del lobo.

La viuda de Las Tejas lo llevó á través de las salas, mostrándole aquel hogar tan honesto donde se jactaba de reunir «la flor y nata de la argentinidad».

—¡Cuánta gente!

—Y viera usted la gente que se queda en la calle.

—¿Cuando sale de aquí?

—La gente a quien niego la entrada. Yo no puedo admitir en el seno de mis relaciones, a ningún «parvenu».

En el salón del «30 y 40» Ataliva encontróse con Laura, sentada en un sofá, fumando, junto a un viejo. Laura lo llamó:

—Mi querido amigo.

—Señorita Laura.

Lo obligó a sentarse a su lado presentándole al viejo. Laura confesó su aburrimiento. Los amigos queridos como él y como el Payo, la abandonaban.

—Ya no tengo contra quién hacer «esprit». Los hombres jóvenes, se zambullen en la ruleta o en el baile. Los viejos tienen una ironía gastada. No comprenden la sutileza de un chiste. ¡Ah, París!...

—Muchas gracias por el piropo,—sonrió el anciano que estaba a su lado.

—Usted no es viejo, doctor Palomezzo. A usted lo incluyo entre los pocos que tienen ingenio.

—Muchas gracias.

—Además,—dijo Laura dirigiéndose à Ataliva,— debe saber usted que el doctor Palomezzo tiene la virtud de querer à los niños, lo que habla mucho en favor de sus altos ideales.

—¡Ah, eso si, señorita Laura! A mi me parece que en nuestro país, los niños no encuentran la protección que se merecen. A los niños hay que quererlos. El niño es el mejor amigo de quien le dá juguetes. ¡Oh, noble raza humana!

—¡Y el caballo,—agregó Laura haciendo una guiñada a Ataliva,—sería siempre el mejor amigo del hombre si tuviera plata! ¡Nobles y profundos pensamientos, doctor Palomezzo!

—Gracias, señorita Laura. ¡Ah, los niños! ¡Ah, el problema de los niños!

Ataliva comprendió que estaba en presencia de un filántropo de la aristocracia y que Laura provocaba la conversación sobre aquel tema con algún interés comercial.

—¡Ah, los niños! Ellos son,—declamaba el anciano,—los hombres del futuro. En un niño hay que saludar a la vida que nace...

—Supongo, doctor Palomezzo, que mamá le habrá hablado del proyecto que tiene.

—¡Magnífico proyecto! La señora de Las Tejas, me ha hablado, en efecto. Ya conversé del asunto con Lola, mi mujer. Veremos de asociarnos...

—Nada de veremos, doctor Palomezzo. Un hombre rico como usted, que ama tanto á los niños, no debe retardarse ni un minuto. Comprará usted diez acciones de nuestro «Asilo» para los niños ciegos de Oriente.

—¿Diez? Entonces serían... serían...

—Cincuenta mil pesos.

—¡Oh, mucho!

—No, doctor...,—y Laura se arrimaba mimosamente al doctor Palomezzo, restregando sus brazos desnudos y frescos contra el orejón.—¡Qué va a ser mucho para usted! Diga que sí...—y le acercaba la boca cerquita de la suya, mareándolo con el perfume de su carne fresca.

El viejo empezó a tragar saliba. Se congestionaba. Olía.

—Si, si. Bueno. Veremos.

—Veremos, no. Dígame que sí...

—Vere...

—¡Sí?

—Ve...

—¿Sí? Si, riquito.

Y Laura, violentamente, besó al anciano, que enrojeció mirando á todas partes por si lo hubieran visto.

—*Su señora no está,* —susurró Laura para tranquilizarlo.

Entonces, Ataliva, con el deseo de estudiar al filántropo, fingió no ver nada. Le admiraba la audacia de aquella pecadora,—nieta de una gloria nacional,—que ponía su belleza exquisita al servicio de la caridad libidinosa.

Ataliva, cuando vió que el viejo reaccionaba, le dijo:

—Yo creo como usted, doctor Palomezzo, que la infancia necesita el apoyo de...

—¡Ah, señor Ataliva! ¡Los niños! ¡Ah, los niños! Los amo con locura. ¡Yo no sé por qué Dios se niega a darme un hijo!

—¿Usted no tiene hijos?

—Ni uno solo. ¡Caramba! Mi mujer es joven. Yo soy viejo, mas no tanto que esté imposibilitado de tenerlos. Otros, tan viejos como yo, los tienen a montones. ¿Verdad, señorita Laura?

—Es que usted olvida, doctor Palomezzo,—le repuso Laura,—que su señora es antiguamente honrada.

—¿Y qué tiene que ver eso? ¿Acaso la honradez es un obstáculo para tener hijos?

Laura, en voz baja, habló con Ataliva:

—¿Ha oído? ¡Haga usted «esprit» con estos animales...!

El doctor Palomezzo pidió «licencia» para retirarse. Debía reunirse con los miembros del Directorio de una institución constructora de edificios con departamentos. Como todos sus miembros estaban veraneando, hacían sus reuniones en las sillas del «Océano», al fresco, frente al mar. Se trataba de un asunto de capital importancia contra el país: comprar la conciencia de algunos legisladores, de ésos que a cada rato amenazan a los ricos con proyectos humanitarios:

—Figúrese usted,—decía el anciano,—que a un diputado se le ha ocurrido proyectar una ley ordenando que, como en la vieja Europa, las casas de departamentos dén, por el fondo, a un jardín, para que los inquilinos tengan mucho sol y mucho aire. ¡Un proyecto anarquista! ¡Un proyecto ruso! ¿A dónde se ha visto? Con legisladores así, el país va a convertirse en un soviet.

—¡Naturalmente, doctor Palomezzo!,—agregó Ataliva,— El sol y el aire son remedios que han inventado los mé-

dicos para deshacerse de los enfermos pobres y de los que ya no tienen cura.

—Muy cierto, caballero.

La timbera acompañó al anciano hasta la salida, llevándolo del brazo. El doctor Palomezzo aspiraba el perfume cálido de Laura. Esta, arrimando su seno al brazo del vejete le mostraba el corazoncito de sus labios en punta.

—¿Diez acciones?

—Sí, mi lindo.

—¿Cuándo?...

—Esta noche, mi lindo. Cuando todos jueguen, jugaremos nosotros.

Y el doctor Palomezzo se alejó, calculando que el valor de las diez acciones se compensaría fácilmente, haciendo más altos, más obscuros, los edificios de departamentos.

CAPITULO XI

El hombre primitivo

—¡Hola, Payo!

Entraron en el «Oceán» para tomar el aperitivo. La «jazz-band» relampagueaba sus algarabías. Aproximóse al grupo un caballero que Ataliva reconoció inmediatamente, Era el juez que, con las manos llenas de fichas, intervino en el asesinato del doctor Magrida:

—*"Un accidente sin ninguna importancia"*.

Era el mismo también del incidente en la ruleta, cuando se hizo pagar una ficha de tongo.

—¿Qué tal, compañeros?

El juez era un observador maravilloso. Su alma sin sexo, le permitía criticar a las mujeres con la habilidad de un cronista social. Una dama hermosísima, de esas que, dentro de sus trajes nos dan la sensación de caminar desnudas, saludó al juez guiñándole un ojo:

—Adiós, señor juez.

—Adiós, Mercedes.

—¡Linda estatua!,—dijo Ataliva.

—¡La viera usted desnuda!

—¿En el baño?

—En el baño, amigo mio, las mujeres desnudas dejan de ser mujeres. Yo he visto a ésa, desnuda. Hace tres noches.

Se aproximó para hablar en secreto:

—Después de comer, ante el marido, en su propia ca-

sa. Influencia del buen vino, de los licores, del cigarrillo turco... Un poquito también de cocó. Se habló de estética. El marido de Mercedes afirmaba que el cuerpo más hermoso del país, era el de Laura, la hija del general, que estaba allí presente. Yo protesté y él agregó:

—Vamos a ver. ¿Qué otra mujer puede ser más bella que Laurita?

—La tuya,—le contesté bromeando.

Fué un remolino. Todos discutían. Las mujeres, ebrias y turbias, reían a carcajadas. De pronto, alguien gritó:

—¡Las pruebas! ¡Las pruebas!

Ni Laura ni Mercedes querían desnudarse. Fué menester que el marido de Mercedes, cayéndose de cocó y de pipermint, tartamudeara un discurso digno de Aristóteles sobre la belleza:

—«No se trata de nada malo, muchachitas. Es una cuestión de estética pura. ¡Vamos!... No se hagan las remilgadas. Pongamos un biombo. Y ya está...»

Como ninguna de las dos mujeres estaba enamorada, ambas se desnudaron fácilmente. Y cuando el biombo cayó al suelo, aparecieron las dos mujeres, desnudas, como estatuas. Un alarido feroz premió a las ninfas. Nos incendiamos, ché... ¡Una locura de lubricidad!

—¿Y después?

—¡Qué sé yo! Sólo recuerdo que ya de día, al amanecer, mi mujer me acostó en la cama, borracho. Se asomó al balcón de la calle, en camisa, y gritó:

—*Muchas gracias, agente.*

Hablaron de otra cosa.

Pasó junto a la mesa donde tomaban el aperitivo, una muchacha alta, flaca. La hija de Medina. Dorita. Le llamaban la Antena. El Payo la saludó con mucha confianza.

—¿Sabes cuántos millones ha heredado esta escoba vestida?,—preguntó el juez.

—No.

—Siete millones.

—¿Y cómo no se casa todavía?

—¡Misterio!

—Está frenética por casarse. Hay mujeres que no atraen a los hombres ni con el incentivo poderoso del dinero. Extraño, ¿verdad? Sin embargo, La Antena no es fea. Es elegante. Es boba. Tiene siete millones. Sólo le falta una pavada para ser tentadora: no tiene senos. Parece una tabla.

—¿Y no se casa por eso? ¿Y el cauchú? ¿Y el Salomé?»

—¡Misterio! Pero nadie la quiere, ni los jóvenes que apechugan con todos los bagres. Nadie se le arrima. A lo mejor su cuerpo exhala algún efluvio fatídico que aleja a los hombres. La ciencia descubrirá, posiblemente, ese enigma teosófico. En el Chaco Santafecino hay árboles fatídicos como La Antena. Son árboles hermosos para tejer un nido. Y, a pesar de sus hojas, ni un solo pájaro se atreve a poblarlos. Los pajaritos huyen de su follaje, como si un hálito de fatalidad los persiguiera.

—Quizás,—dijo Ataliva,—sea ella quien no quiere casarse.

—Le repito a usted que está loca por casarse. Un día, Panchito, dándole una broma le habló por teléfono, disimulando la voz, para evitar que lo reconociera. La llamó al aparato:

—¿Hablo con Dorita Medina?

—Sí, señor.

—¿No sabe quién soy?

—No. ¿Quién habla?,—preguntó La Antena, boba como siempre.

—Uno que está locamente enamorado de usted.

—¡Ah, sí? ¿Verdad?

—Verdad. ¿Me aceptaría usted como marido?

—¡Ya lo creo! Sí, señor...

—¿Me acepta?

—Pero, sí, señor... Sí, señor. Y ¿quién es usted?

Rieron ruidosamente.

—Mira una diosa, Ataliva,—dijo el Payo.

—¡Celita!

La hija de la satiresa, Celita Krunisky, entró sin ver que Ataliva estaba allí, descosiéndole el traje con los ojos. En su chaqueta azul-eléctrico, echaba el pecho hacia adelante, mostrando las ánforas en su gesto habitual de coqueta. Detrás de ella, el millonario Tomasito Pedrálvez, vestido de zebra, la seguía con un estuche de raquetas de «tennis» bajo el brazo.

—Ready.

—Play.

—¡Macanuda la judía!,—exclamó el juez, saboreando la frutilla de un «cubano».

Ataliva lo miró de reojo, en silencio.

—¡Esta sí, que debe tener un cuerpito,—insistió el juez,—capaz de marear a cualquiera!

Luego, al ver la mirada de Ataliva se dió un golpe en la frente, como recordando:

—¡Qué estúpido soy! Es usted, señor Ataliva, un hombre afortunado.

—¿Yo?

—Hágase el ingénuo.

—Le juro que ignoro...

—¡Hombre! Es un secreto que corre por las calles dando gritos. ¡Avise! ¡Linda, la piba! Un bombón... ¿No es cierto, señor Ataliva?

—No sé, señor.

—¡Bah!

—Casándose con ese cretino de Tomasito Pedrálvez, la hija de Krunisky hará carrera.

—¿Por qué?,—preguntó Ataliva.

—No es necesario ser un Bergson, ni un Magnaud. Celita tiene pasta.

—¿De qué?

—De «cocotte».

—¿Qué? Es usted un... ¡un desgraciao!

Ataliva tomó la botella del aperitivo, esgrimiéndola, para rompérsela en el cráneo del juez. Pero el juez lo miró ingénuamente, sin ademán de defenderse. El escritor le tuvo lástima. El Payo lo contuvo, diciéndole:

—Eres un hombre primitivo. Siéntate.

CAPITULO XII

Los amantes de Verona

Era, sí, un hombre primitivo... Su vieja moral, que él creía deshecha, resultaba, junto a la moral del ambiente, una pobre utopía. Una luz de candil al lado de un arco voltaico.

—¡Al fin!,—se decía Ataliva.—¡Al fin me escapé de las garras del diablo! ¡Ese Mar del Plata! Me aburría, me dolía...

Estaba ahito de cielo, de mar, de fichas, de exhibicionismo, de feria rural. Se indignaba contra la mansedumbre del océano que no es capaz de enojarse nunca con los seres humanos. ¿Qué le costaría tragarse poblaciones enteras? Se habla del mar ditirámbicamente, atribuyéndosele un poder que no tiene. ¡Oh, el mar! ¡Oh, mágico prestigio de ese «inmenso mar, yo te saludo!» Se parece a la nombradía de algunos hombres públicos. ¡Oh, Fulano! Es autor de una obra colosal que no escribirá nunca. ¿Y Zutano? Un gran político que, sentado en su banca de senador, posée una gran elocuencia cuando calla.

Se había escapado de Mar del Plata aprovechando el día de los Reyes Magos, para arreglar sus asuntos en la Capital. Venía con la amargura de su triste papel de enamorado que espera una vergüenza. ¡Esperar que la amada se case con otro para poder amarla! Ahora, en su casa, gozaba en los brazos de su viejo sillón...

El mucamo se asomó para informarle que la muchacha de enfrente quería hablarlo.

—¿Qué quiere?

—¿No recuerda?

Ah, sí. Recordaba. Era la muchacha rubia y encantadora del conventillo; la misma que él veía lavar en el patio, con los brazos llenos de jabón. El padre de la rubia era el italiano que todos los días fumaba en la puerta. Era zapatero. La madre lavaba para los vecinos.

—Tal vez usted pudiera darle algún trabajo, señor Ataliva,—habíale dicho ayer la lavandera.—Mi hija, aunque me ayuda a lavar, no es de mi oficio.

—¿No?

—No, señor. Es dactilógrafa.

—¡Ah, vamos! ¿Soltera?

—No, señor. Casada. Se llama Julieta.

—¿Y el marido?

—Es un buen muchacho. Pobre como las ratas. Empleadito. ¡Gana tan poco! ¡Si usted quisiera ayudarlos! Julieta le haría trabajos a máquina. Escribe muy ligero.

—Bueno. Que venga mañana.

Y allí, en la puerta, estaba Julieta, con su traje aristocrático de conventillera. ¡Linda! Gordita y sabrosa. En el hombro, una magnífica joya de cinco centavos: un jazmín...

—Entre, Julieta.

Ella entró contenta, mostrando dos filas de dientes. Dientes de glotona.

—Su mamá me ha dicho que...

—Sí. Escribo ligerito, ligerito. Trabajé en un escritorio. Aquí tengo mi certificado.

Se arrimaba a Ataliva, inocentemente, sin pecado. Su blusita de seda blanca, traslucía maravillas capaces de marear a un soldado dormido. Se abanicaba con los dedos.

—¿Qué calor, no? Sí, sí. El escritorio donde trabajaba, se fundió.

—Perfectamente. Usted vendrá por la mañana dos horas, y dos por la tarde. Pasará en limpio mis originales. Cien pesos por mes. ¿Le conviene, Julieta?

Dió un salto de alegría. Pegaba con los pies en la alfombra:

—¿De veras? ¿Cien pesos por tan poco trabajo? ¡Ah, qué suerte me ha dado la Virgen, encontrándolo a usted! ¡Qué contento se pondrá Romeo!

—¿Quién es Romeo?

—Mi maridito, señor Ataliva.

—¿Julieta y Romeo?

—Casualidad, señor. Nuestros nombres se juntaron un día en el «subte».

Y Julieta, con la locuacidad de las mujeres felices, le contó su historia. Una historia vulgar de tranvía. Un idilio de Shakespeare trasladado al ambiente de un coche subterráneo.

Julieta había conocido a su Romeo yendo a su oficina. Una galantería de él brindándole su asiento y una sonrisa de ella, fué bastante. Empezaron a amarse en el tranvía y el tranvía era como un balcón de Verona para sus deliquios.

Todos los días se buscaban, amándose, juntitos; cantándose, arrullándose.

Dos meses después, Romeo le dijo:

—¿Te resignarías a soportar conmigo las penas de la vida?

—Contigo, Romeo, soy capaz de ir al infierno para hacer helados.

—¿De veras, Julieta?

—Te lo juro. Mirá. ¡Por esta cruz!

El tren del subterráneo, repleto de pasajeros, abandonaba la estación del Congreso. Julieta formó con sus dos dedos índices una cruz. Se la llevó a los labios.

—¡Pero, Julieta! Pareces italiana. La gente te mira.

—¿Qué me importa? Soy capaz de ponerme a gritar que te adoro... ¡Rico!

—¡Cállate!

—¡Rico!

Romeo Montesco se ruborizaba como las mujeres del tiempo de Shakespeare. Julieta bebía a su enamorado con los ojos. De buena gana se lo hubiera comido. Le mostraba los dientes. Y, entornando los ojos, le ofrecía el corazoncito de sus labios.

—¡Rico!

—No me llames rico. La gente puede oirte. Es nombre de caballo...

Eran dichosos. Burlábanse de la desdicha de todos los pasajeros, sin siquiera mirarlos. El tranvía subterráneo, con su apeñuscamiento de hombres y mujeres, era el salón de baile del jefe de los capuletos, donde los amantes de Verona descubrieron que el amor existía...

—¿Me quieres, Romeo?

—¡No!

Ella sabía que aquel «no» era mentira. Y hubiera besado a su novio, en el tranvía, como había besado la cruz de sus dedos de dactilógrafa divina.

Julieta estaba enamorada de su novio con la locura ciega y razonable que ponen las rubias en amar locamente. Es decir: todas las rubias, no... Las rubias suelen ser de hielo. Sólo que, cuando una rubia se enamora, hace que Dios perdone la frialdad vanidosa de todas las demás...

En su temperamento fogoso, la hija de la lavandera sentía celos de todas las mujeres. Se explica. Era hija de una andaluza gorda y de un zapatero calabrés... Amando a su Romeo, no se detenía a examinar si era malo o bueno amar así. Ella sabía que Romeo ardía por ella en una de esas pasiones tranquilas y criollas, y eternas y locas y cuerdas, que sólo el matrimonio consigue

curar. Pero sentía celos de aquella orgullosa Rosalina, que fuera la primera pasión de Romeo.

—¿Qué te pasa, Julieta? Te has callado de pronto.

—Pienso en Rosalina. ¿La quieres aún?

—¡Tontita! ¡Bobita! ¿Cómo quieres que siga queriéndola, si te he visto a tí? ¿Cómo puedo comparar a esa coqueta de labios pintados contigo?

Julieta, alegremente, mordióse los labios. Sabía que el amor es un arte que embellece a la naturaleza. Sabía que un suave paisaje del Tigre, visto al óleo, nunca tiene mosquitos...

El «subte» llegaba a «Medrano».

—Aquí tienes que bajar, Julieta.

—Cierto. ¡Qué lástima!

—¿Lástima? Puedo acompañarte hasta tu casa.

—Me gustaría. Pero, ¡no! ¡Pobrecito! Llegarías muy tarde a almorzar, y tienes que volver a tu oficina.

—Y el gusto de acompañarte, ¿no vale más que todos los manjares? Además, aquí, en el tranvía, no he podido concluir de explicarte mis planes. Me has dicho que irías conmigo al infierno, pero ignoras de qué clase de infierno se trata.

Ya en la calle, Romeo expuso a Julieta su proyecto. Una empresa del Chaco habíale ofrecido un puesto en pleno monte, en Villa Guillermina. Iría como auxiliar de un ingeniero. Le darían una casilla de madera. Un terrenito para hacer una huerta. Un pequeño jardín, como de versos. Un ombú. Una calandria cantando. Y en el ranchito, «yo y tú»...

—¡Oh, qué delicia! Debe ser muy lindo, Romeo. ¡Con un jardín! ¡Qué lindo!

—Lindo, hasta cierto punto. No te hagas ilusiones, Julieta. El campo es campo, querida. Así como los versos están hechos con tinta, la vida del campo suele ser de barro negro y pegajoso. Para que los versos sean elocuentes, el poeta necesita maravillarlos de poesía...

—Maravillaremos nuestro barro, querido. Y aunque no tengamos casa, ni huerta, ni jardín, tendremos mucho cielo, ¿verdad?

—¿Cielo? Todo el cielo que quieras. O, mejor dicho, nada más que cielo. Y, además, mosquitos. Moscas. Víboras. Vinchucas...

—¡Oh, qué bonito! Con nuestro amor, Romeo, domesticaremos a las fieras. Contigo soy capaz de... ¡Por esta cruz, mi rico!

De repente, Julieta se entristeció. A su lado pasó una señora cargada de juguetes. Más allá vió un anciano. El viejo apenas podía caminar de vejez. Llevaba en los brazos un caballito de juguetería. El caballo era pequeño. Era enorme. Podía sostenerlo un niño de dos años. Pero en los brazos del vejete pesaba mucho más que un potro verdadero. ¡Claro! Los potros verdaderos carecen de alma. ¡En cambio, los caballitos de juguete pesan tanto por culpa del alma que Dios les pone en las virutas del relleno!... Y Julieta vió que el anciano, a pesar de sus años, arrastraba las piernas. Forcejeaba. Reía. Gemía. Bufaba. Corría a tirones. Quería llegar a su casa. ¿Por qué se apuraba el abuelito? Quería llegar pronto. Pronto. ¡Pronto! Quería llegar antes que la muerte se enredara en sus piernas. Quería llegar antes de morir para ver a su nieto acariciar el enorme caballito relleno de amor. Y, bajo la fiebre del ensueño, Julieta columbró en todas partes almas de hombres y de mujeres cargadas de juguetes. Iban. Venian... Sobre las espaldas, en los brazos, contra el pecho, montañas de envoltorios, a través de cuyos papeles rotos se asomaba un payaso; dormía una muñeca; sacaba la lengua un demonio; movía la cabeza llena de ciencia un títere mecánico... Y Julieta recordó que esa noche se festejaba Navidad. Los reyes esa noche olvidarían su aristocracia humana, para pasear la democracia de su buen corazón por las azoteas, por los palacios y por los conventillos...

Romeo se asombró de ver a su amada tan triste.

—¿Qué tienes, Julieta?

—Nada.

Pero Julieta meditaba en los proyectos de su novio: El Chaco. Su casita amorosa. Su jardín. Su cielo. Cielo arriba. Abajo. Alrededor.

—¿Acaso sería un sueño? ¿Acaso sería un sueño relleno de aserrín y viruta? ¿Acaso el amor no es un gran sueño que sale como las muñecas y los títeres de las jugueterías de los Reyes Magos? Un sueño. Una mentira. ¿Nada más?...

Un inconveniente grave para los ideales de Romeo era el amor que la lavandera y el zapatero sentían por su hija. La amaban hasta suponerla superior a todas las mujeres. Viéndola tan hermosa, no creían que pudiera haber un hombre bastante rey para merecerla en su palacio. Todo el oro de Tutankamón no valía la gloria de sus besos...

Para el calabrés y la andaluza, Buenos Aires con sus mocitos callejeros, con sus compadritos de milonga y gomina, era una cueva de Montescos a quienes era menester odiar con odio capuleto.

—¡Cuidado, Julieta!—amenazaba el calabrés, mientras hundía su trincheta en la suela de un taco.—¡Cuidado Julieta!

Julieta sonreía y besaba a su padre. ¡Era tan buena, tan juguetona, tan campanillera!... Cuando ella regresaba del escritorio, con los dedos dormidos por el tiquiteo, hasta el canario tenorino, afónico y viejo, despertaba en su jaula, con ganas de volver al «Colón». La madre, la andaluza gorda, salía de la cocina limpiándose la boca con el delantal para besarla. El calabrés dejaba sus remiendos. Miraba por sobre los anteojos a su hija como un farol de arrabal encendido. Hasta el gato se arqueaba de gozo terrestre y humano. Los gatos son hombres que han muerto besando...

Por la tarde, Julieta se encontró nuevamente en el «subte» con Romeo. Entre los pasajeros apretujados del tranvía, los novios se amaban mejor que en un jardín. ¿Qué belleza tienen ahora los claros de luna comparados con las plataformas o cocinas de los subterráneos? Juntitos. Apretaditos. ¡Oh, el amor que tiembla bajo las sedas frescas! Julieta y Romeo no veían a la luna jamás por culpa de las casas tan altas, y por culpa también de los poetas que la hacen huir.

—Esta noche—exclamó Julieta—me resolveré. Dentro de un rato, cuando me siente a cenar en el conventillo, con los viejos para festejar la Nochebuena, intentaré decirles la verdad. Al partir el pan dulce, cuando papá levante su copa de barbera, les diré que...

—Contestarán que no.

—¿Qué no? ¡Ah! Si me dicen que no, entonces tendrán que llorar sobre mi sepultura. Me mataré. ¡Es tan fácil!

Romeo, no obstante la seriedad calabresa de la chiquilina, echóse a reír. Había adquirido mucha experiencia en los cinematógrafos. Las películas románticas habían destruído su romanticismo...

—¡Bobita! ¿Crées que nuestros amores pueden ser de novela? En este miserable siglo XX, únicamente los ebrios y lo cocainómanos sufren el lirismo de matarse por penas de amor.

Ella lo escuchaba. Fruncía el hociquito delicioso, disgustada de que él no la creyera. Si alguien le hubiera preguntado si sentía ganas de llorar, habría respondido afirmativamente, riéndose con ganas de comer a besos la boca de Romeo.

—¿Por qué te burlas del amor, Romeo? ¿No crees, entonces, que una pebeta de la calle Chiclana pueda suicidarse? ¿Por qué yo no puedo morir como muere Camila Quiroga o Blanca Podestá?

—Los enamorados, Julieta, siempre han de amar co-

mo siempre: «loca, loca, locamente...» Pero, para amarse en nuestros días, ya no es necesario que dos enamorados se reúnan en un cuarto de hotel, dispuestos a matarse. El suicidio es un recurso que sólo debe utilizarse la única vez que se utilice, «pero no por amor...»

—Sí, sí, sí. Tú dices eso porque no me quieres.

—Sabes que te adoro, Julieta. Y si para adorarte no debo matarme, es porque la civilización, las leyes y hasta la policía protegen mi derecho de amarte.

—No te entiendo.

—Imagínate que tus padres se oponen a nuestro casamiento. Eres menor de edad. No importa. Nos presentamos ante el juez. Le decimos que tus padres te dan mala vida. Que te pegan...

—Sí, pero eso no es cierto.

—Lo sé. Te quieren. Mas es necesario usar a menudo palabras mentirosas para defender las verdaderas. Ahora bien: no quieres mentirle a un juez y prefieres matarte. ¡Graciosa reflexión! Eso podía hacerse cuando Julieta y Romeo sufrían en ópera; cuando las muchachas vivían en cárceles de amor medioeval, y cuando una enamorada que se escapaba con el novio o se casaba en la celda de un frate Lorenzo hacía sollozar a todo el universo con la música de los organillos callejeros. En aquellos tiempos, los autores, como Víctor Hugo y comó Shakespeare, adquirían celebridad contando en dramas y novelas las aventuras de novios así. Hoy, los tiempos han cambiado, con las leyes. ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí, sí, sí.

—Pues basta. Iremos ahora mismo los dos a tu casa. Es nochebuena. Los reyes andan en libertad regalando juguetes. Tal vez a nosotros...

Fueron. En el zaguán del conventillo Julieta gritó como era costumbre:

—¡Aquí está Julieta! ¿Nadie me saluda? ¿Todos están afónicos como el canarito?

Adentro hubo un remolino. ¡Había llegado la «alegría!» Hasta las paredes, cubiertas de glicinas y las macetas de jazmines, y el gato, «que fué hombre», y los botines colgados en el taller del remendón, gritaban su alegría:

—¡Julieta!

—¡Julieta!

—¡Julieta!

El viejo zapatero y la gorda andaluza salieron al patio para abrazar a la muchacha. Ambos se contuvieron... A la luz de la bombita eléctrica que alumbraba el zaguán vieron, junto a Julieta, a Romeo que hacía bailar nerviosamente entre sus dedos el sombrero de paja.

—¿Señor?...

—Señor Capuleto... Yo... Su hija...

Fué preciso pasar al interior. Allí, frente a los dos ancianos y a la mesa tendida, Romeo hablaba tembloroso. Explicó su proyecto con ayuda de la misma Julieta. El calabrés, a pesar de limpiar a cada instante los vidrios de sus anteojos, no entendía; pero escuchaba con el odio que un buen Capuleto debe sentir al lado de un Montesco. El viejo adivinaba en Romeo a uno de esos Montescos de gomina que son la perdición de las chicas bonitas y baratas.

—¿Casarse?

Romeo hablaba con honradez y con franqueza.

—Gano muy poco. Es cierto. Pero tengo esperanza...

—¿Y cuánto gana usted?

—Cien pesos mensuales.

Capuleto se puso de pie. Y riéndose, empujando suavemente a Romeo, le dijo:

—¡Váyase, hombre! No embrome, mocito. ¡Cien pesos! Mi hija se casará con un hombre rico.

La madre callaba. Toda su Andalucia dormia en su gordura.

—¡Váyase, hombre!—insistió Capuleto.

—¡Papá!

—¡Basta!

—¡Señor!

—Basta; he dicho.

Julieta, cubriéndose la cara con las manos, lloraba. Daba agudos gritos de ratón. De pronto, se descubrió la cara. Violentamente se encaró con el padre.

—Si usted, papá, no me deja casar con Romeo, me mato. Por esta cruz que me mato. ¡Vea! ¡Lo juro!

El viejo calabrés mordíase los dedos. Al oir el juramento, no dudó que su hija—sangre calabresa—cumpliría su terrible amenaza.

Entonces Romeo intervino:

—No la crea, señor. Yo impediré que Julieta incurra en ese disparate. No se matará. Se casará conmigo...

—He dicho que no—gritó el anciano.

—Muy bien, señor Capuleto. Entonces nos casaremos lo mismo. La ley nos protege—concluyó Romeo.

Y dirigiéndose a Julieta:

—Salgamos. Iremos a la comisaría...

Julieta se arregló la melena. Se puso el sombrerito.

—Vamos.

Salieron. La escena fué tan rápida, que el zapatero y su mujer sintieron frío. Miedo. Rabia...

—¡Ma, peró!... ¡Ma, peró! ¡Per Cristo!

El calabrés estaba dispuesto a impedir esa fuga. Dispuesto a matar a Romeo. A su hija... Corrió a buscar una trincheta. La andaluza se arrojó en brazos de su marido, sollozando:

—¡Déjalos, Capuleto! Es inútil oponerse al destino. ¡Nosotros somos viejos!

El zapatero forcejeó para desprenderse de los brazos de su mujer.

—¡Quiero matarlos!

La andaluza le habló con ternura al oído. Convencido, el viejo suspiró:

—Tienes razón. Los dejaré. ¡Que se vayan al diablo!

—No, Capuleto. Que no se vayan. Llámalos. ¡Julieta! ¡Julieta!

Los novios volvieron.

—Vengan, muchachos.

Eran las ocho de la noche.

—La comida está pronta, Capuleto.

—Siéntese, mocito. Vamos a cenar.

—(Ravioles).

*

* *

Esta era la historia que Julieta contó a Ataliva, mientras él la miraba dulcemente.

CAPITULO VIII

Tiquitiqui... Tiquitiqui...

El escritor aceptó los servicios de la mecanógrafa.

Todas las mañanas y todas las tardes, Julieta trabajaba en casa de Ataliva. Del conventillo a la «garçonnière» no había más distancia que unos cuantos saltitos de chingolo. Julieta cruzaba la calle corriendo.

El escritor, acostumbrado a la soledad de los hombres solteros, con el mucamo en la cocina, que sólo acudía al llamado del timbre, empezó por sentirse molesto en contacto con aquella preciosa mujercita.

Poco a poco, se habituó a su presencia. ¡Julieta era tan linda y tan ágil! ¡Sobre todo, tan sonriente y casada!...

—Sin embargo,—se dijo a menudo Ataliva,—esta chica puede vivir tranquila. Mi casa es un templo. Respetaré a mi dactilógrafa, máxime cuando Julieta ni siquiera ha puesto en duda mi dignidad de caballero. Por otra parte ¿qué mujer que no sea Celita podrá inspirarme una nueva pasión? ¡Ninguna!

Por la mañana, cuando Julieta llegaba, Ataliva, desde su cama, donde leía los periódicos, sentíala entrar, revolver los papeles, hablar en voz baja con el mucamo Juan y en seguida ponerse a la labor, salpicando el papel de palabras.

—Tiquitiqui... Tiquitiqui!

Un día oyó que Julieta se enojaba con Juan.

—¡Se necesita tener mal gusto para arreglar este escritorio así! ¡Mire los libros, Juan! Los coloca usted como si fueran latas de sardinas. ¡Y estas estatuitas, en fila, parecen monumentos de la Recoleta!

—¿Acaso no están bien?—quejábase el pobre Juan.—Yo arreglo estas cosas desde hace quince años y el patrón no se ha quejado nunca.

—Disculpe, Juan. No he querido ofenderlo. Ya sé que usted es muy bueno. Lo sé por mamá. Pero, es inútil. En la casa de los hombres solteros... ¡Sólo las mujeres entienden de estética!

Juan, con el plumero en la mano, terminaba por reirse viéndola trabajar como dueña de casa. Ella daba dos o tres «golpes de estética». Movía el tintero, los libros, la papelera, los adornos. Cubría todo de un aspecto nuevo. Les imprimía a las cosas una fresca gracia femenina.

De improviso, tornó á enojarse:

—¡Qué barbaridad! ¡Ni una sola flor! ¿No sabe usted Juan, que las flores endulzan las penas del trabajo? Todos los días, debiera usted poner, como al descuido, un ramito de flores. Es una moda inglesa... Aunque el señor Ataliva no las vea, créame Juan, la presencia invisible de las flores sugiere pensamientos honrados. ¿Es que no hay flores en esta casa?

—No, señora.

—Voy a buscar.

Salió corriendo. Cruzó la calle. Entró en el conventillo y arrancó de las macetas del patio, claveles y jazmines. Regresó con miedo de que el señor Ataliva se hubiera levantado. Puso las flores en un jarroncito calchaquí.

—¡Ahora sí! Ahora se puede trabajar a gusto.

Sentóse frente a la máquina. Muchas cuartillas con la letra menuda y «rotosa» de Ataliva, aguardaban la copia.

El escritor trabajaba durante la noche, haciendo crónicas, ó cuentos, ó novelas que ella, al día siguiente, copiaba en su máquina.

—¿Cómo va esa tarea?—inquiría el escritor al levantarse de la cama.—¿Se trabaja, Julieta?

—Si, señor,—le contestaba ella mostrándole los dientes, feliz de su trabajo:

—*Tiqui... Tiqui.*

Ataliva sentado en su sillón, al lado de ella, fumaba ó leía.

Un día, mientras Julieta copiaba los primeros capítulos de una novela, el escritor pudo ver a través del humo de su habano, que la dactilógrafa se enjugaba los ojos.

—¿Le hace mal el humo, Julieta?

—No, señor.

—¿Entonces?

Julieta dejó de trabajar. Sollozaba, entre lágrimas.

—¿Porqué llora?

Ella levantó sus magníficos ojos y lo miró con el ceño fruncido:

—¿Por qué es usted tan malo?

—¿Malo, yo?

—Si, usted. ¡Malo!

A Ataliva le acometieron deseos de reir. Reía nerviosamente:

—Explíqueme. ¿Por qué soy malo?

Ella, secándose el llanto, se explicó. Mientras copiaba los originales, se divertía leyendo lo copiado. No hacía como otras dactilógrafas que reproducen automáticamente los escritos, sin importarles un bledo lo que dice el papel. Ella vivía con los personajes de aquellos cuentos y de aquellas novelas de Ataliva. ¡Ah, las novelas! ¡Le gustaban tanto!... Y he aquí que en esta novela, el escritor creaba una figura de mujer angélica. Una muchachita candorosa, digna de merecer la suerte de una

estrella de cine. Sin embargo, Ataliva la obligaba a ser víctima de una canalla de frac, que en vez de quererla, le pegaba.

—¡Malo! ¿Por qué permite Ud. que una muchacha tan buena, sufra de esa manera?

Era inútil que el novelista intentara convencer a Julieta de que el interés antitético de la novela, exigía capítulos de amor, de dolor, de amargura. Ataliva le hablaba de técnica literaria.

—¡Qué técnica, ni qué técnica! Usted es el único que puede evitar que la muchacha sufra. ¿Qué le cuesta? Mire: Aquí donde empieza el bandido a hacerla padecer, lo tachamos. En lugar de eso decimos...

—¡Caramba, muchacha! Se trata de una novela. Son personajes imaginarios. No han existido nunca...

—¡No, señor! No han existido nunca, antes de que usted los inventara. Pero, ¿quién le dice a usted que por su culpa, hayan ya nacido? ¿Es noble, es decente, que teniendo usted en sus manos la vida de esa señorita, permita que un sinvergüenza la maltrate? Usted es el único culpable de su desdicha.

—Después, en otro capítulo, trataré de mejorar su situación.

—¡Por favor, señor Ataliva! No sea malo. Hágala casar con el muchacho triste que sufre, en silencio, por ella.

—No.

—¿No?

—¡No!

—Pués entonces, señor Ataliva, me voy. Aquí tiene usted sus papeles. Yo no puedo estar al servicio de un hombre sin corazón. No quiero ni siquiera que usted me pague los días que me debe. ¡Váyase al diablo!...

Julieta arrojó al suelo los papeles y se marchaba furiosa contra Ataliva.

El escritor,—orgulloso de su triunfo de novelista,—se puso de pie. Detuvo a la muchacha:

—Bueno, Julieta. Modificaré mi novela. Tiene usted un verdadero corazón de mujer.

Ella, triunfante, se hubiera echado al cuello de Ataliva.

—¡Lástima que usted no sea mi marido para besarlo en los labios!,—dijo.

Ataliva sintió un escalofrío, que le andaba en la médula. Iba a abrir los brazos para estrechar en ellos á Julieta, cuando vió que la rubia se acomodaba con frialdad, candorosamente, ante la maquinita:

—*Tiqui... Tiqui!*

Al mismo tiempo, el mucamo le entregó un telegrama. Era de Mar del Plata:

—*"¿Por qué tardas en venir? Me prometiste una ausencia de tres días y ya van diez. Tuyísima: Celita."*

CAPITULO XIV

El hombre vacío

—*Mañana...*

Diariamente, al despertar, Ataliva pensaba lo mismo:

—*Si, mañana, sin falta, volveré a Mar del Plata. ¿Qué dirá Celita?*

En el fondo de su corazón, experimentaba una angustía de niño perdido en el Jardín Zoológico. ¡Qué tristeza, solito, entre los animales! El destino mostróse con él, taumaturgo. ¡Qué pena! Glorioso, triunfador, vibrante de juventud, cada uno de sus libros era un combate. Cada combate un triunfo. Y, sin embargo, sentía muchas veces la necesidad de tomarse de los cabellos; de sacarse al balcón como una alfombra; apalearse...

—*¡Vida sucia!*

Era su frase favorita. La válvula de su dolor.

¿Vida sucia? ¿Sucia, porqué? ¿La vida no le daba, acaso, todo cuanto placer él le exigía? ¿Sí...? Todos los placeres. ¡Menos uno!

Recordó la artística ficción con que la duquesa de Orleans explicaba el alma de su hijo y que Macaulay aplicó, con exacta justeza, a lord Byron:

—«Todas las hadas,—cuenta la alegoría,—á excepción de una sola, se dieron cita alrededor de la cuna del niño para colmarlo de sus dones. Una, le otorgó la nobleza. Otra, el ingenio. Otra, la hermosura. Todas le dieron cuanto mejor tenían... Pero, acudió también el hada maléfica, no convidada por las demás. Y no pudiendo privarlo de los tesoros que con mano pródiga le

dieran sus hermanas, maldijo cada una de sus mercedes...»

Así, pues, a él también la existencia le ofertaba sus dádivas: gloria, dinero, salud, talento...

No obstante, tan soberbio caudal de bellos dones estaba maldecido por el hada maléfica. Y el talento, la salud, el dinero, la gloria, no le servían de nada... El amor le faltaba.

—¿Amor? ¿Y Celita?

Celita era *un amor.* No era *El Amor!* No era ese amor puro y santo del cual no se siente vergüenza jamás. No era el amor que agita el corazón de ricos y de pobres. No era el amor sencillo y humilde de la niña millonaria que se enamora de otro niño millonario o del «chauffeur». No era el amor cándido y modesto de la chinita que ama con amor de Shakespeare al vigilante de la esquina ó al niño de la casa...

El amor de Celita era demasiado complicado para que fuera humano. Una niña que se enamora, como ella de Ataliva, y que prefiere casarse con otro, ¡para no engañarlo a él después de casada! ¡Una niña que embravecida de pasión, hace un esfuerzo bárbaro de virginidad para no caer en brazos del amante hasta que el marido auténtico no la autorice socialmente con su posesión á tener un amante!... ¿Qué clase de amor podía ser ése? Era el amor enfermo de literatura que se ve, a menudo, en hogares suntuosos donde la afición a las cosas exquisitas crea una loca moral futurista...

—Sin embargo ¡Celita!

¡La tenía en el alma!

Mientras Ataliva meditaba con los ojos cerrados, el hálito tibio de aquel día de enero, le andaba en las venas.

—¡Ah, Celita! ¡Si pudiera tenerte en mis brazos!

Recordó las muchas veces que la tuvo cerca, á punto de poseerla como un fauno salvaje. Recordó, al mismo

tiempo, la actitud hierática, hermética, de la honestidad que se defendía en nombre del amor idealista:

—«Hagamos en homenaje a nuestra pasión, el sacrificio de negarnos»... «No seas asi, Ataliva. Eres como todos los hombres: un hombre... «¡Eres tan niño! ¡Te quiero tanto!»

Ataliva sintió cerca de él como un ruidito de gato moviendo papeles. Era Julieta que ordenaba las cuartillas, espiándolo de reojo.

Ataliva la miró con ternura. Sus ojos se llenaban de fiesta cada vez que veía a la conventillera con su melena rubia, como la de Celita. Eran rubias las dos muchachas,—la plebeya y la aristócrata,—y, las dos eran lindas. A pesar de ello, eran desemejantes. Celita, era belleza de salón. Julieta, era belleza de cuatro paredes, con una ventana para que entrara el sol y los niños que las cigüeñas traen de Europa cual flores, en el pico...

—De acuerdo con la teoría de Celita,—pensó Ataliva,—Julieta está en condiciones de tener un amante. ¡Es casada!

Volvió á mirar a Julieta que en ese instante, de pie, frente á la máquina, revolvía con una mano los pliegos de papel y con la otra se arreglaba los rulos aureos de la patillita.

—Ha trabajado usted mucho, Julieta.

—No, señor Ataliva. ¡Me siento tan feliz cuando trabajo aquí!

—¿Aquí?

—Si, aquí. ¡Si usted supiera cómo me gusta este escritorio! De noche, hasta sueño con él. Las cortinas, esa alfombra, los cuadros, aquella Venus de Milo, esa lámpara verde, el tintero de la mujer desnuda que ofrece los pechos para poner la lapicera... ¡Todo me parece que ha nacido para hacerme feliz!

—Y, en realidad, Julieta: ¿es usted feliz?

Julieta dió tres golpecitos con el puño cerrado sobre la mesa.

—Disculpe, señor Ataliva. Es costumbre vieja... Cada vez que en mi casa decimos que somos felices golpeamos tres veces sobre algo de madera. Así la suerte no nos abandona. Sí. ¡Soy muy feliz!...

—¿Y su marido?

—Romeo también es dichoso. ¡Pobrecito! Me quiere mucho...

—¿Y no es celoso?

—¿Celoso? ¿Para qué?

—¡Caramba!... Cuando se tiene una mujercita jóven y linda como usted, Julieta...

—¿Y qué importa? ¿Acaso Romeo no está seguro de que yo lo adoro?

—Si. Perfectamente. Pero, a veces...

—¿A veces, qué?...

—¿No ha sentido usted la necesidad de tener un amante?

—¡Puaf! ¿Para qué quiero un amante? ¿No tengo a mi marido?

—Si, pero, el marido no siempre puede dar a la mujer el lujo y la novedad que ella merece.

—¿Y para qué quiero más lujo que el lujo siempre nuevo de mi amor? Mi Romeo me quiere. Y eso me basta. Los amores de los amantes, son buenos para las locas o para la aristocracia. Comprendo que una mujer soltera tenga un amante si es que quiere seguir por mal camino. Una mujer casada ¿para qué?

—Si. Tiene usted razón. Pero...

Ataliva pensaba insistir con sus ideas de Don Juan. Vió a Julieta tan pura, tan ingenua, tan inocente en sù moral antigua, que, no obstante la tentación, sintióse desarmado.

—Hasta luego, señor Ataliva. Volveré esta tarde.

—Si usted quiere, no venga, Julieta. Hoy no la necesito.

—Ella se detuvo en el umbral, con un gesto de desolación.

—¡Ay!

—¿Qué, Julieta?

—¿Porqué no quiere que venga? ¿Lo molesto? Yo no haré ningún ruido...

—No me molesta, no. Pero, como no tengo ninguna copia urgente...

—¡Déjeme venir, señor!

—Si usted quiere, venga. ¡No faltaba más!

—¡Ay, si, señor Ataliva! ¡Me siento tan dichosa en esta casa!...

Y, riendo, dió tres golpecitos contra la «jettatura» en el marco de la puerta. Salió...

Al irse, dejó tras ella una soledad de museo. El aire se puso negro. Ataliva sintió que su ser íntegro no era más que un poco de aire... ¡Aire negro, no más!

CAPITULO XV

La mujer que soñamos...

Por la tarde Julieta volvió.

Ataliva escribía, al acaso, con rapidez, sin saber qué destino de novela, de crónica o de cuento, daría à sus carillas. Gozaba escribiendo. Y, sobre todo, henchíase de amor cuando brotaban en el papel, mujeres imaginarias que echábanse à pensar y á sentir bajo su pluma. Acaso Julieta tenía razón... Las almas de los seres que nacen del tintero, son seres que viven, que sufren, que gozan, que aman... ¡En cuántas ocasiones Ataliva hubiera querido crearse con su pluma, adrede, una mujer para su vida!

—Acaso, Celita...

Acaso, en efecto, fuera Celita su fantasía hecha carne. Pero, tambien...

—Con permiso, señor Ataliva.

—Entre, Julieta.

Ella entró como siempre, en puntitas de pie, suave como la espuma que se filtra en la arena después de la ola. Ataliva dejó la pluma y la miró pasar.

Julieta se le acercó:

—¿Quiére que le copie esas carillas?

—¡No!—dijo él, violentamente, poniendo la mano sobre los papeles, defendiéndolos, salvándolos!

—¡Ay, qué susto! Perdóneme.

Ataliva se sintió avergonzado de su grosería:

—Discúlpeme, Julieta. Estos papeles no... Hágame otra copia del cuento de ayer.

—Muy bien, señor.

Sonó el timbre de la calle. Juan vino á anunciar que el editor esperaba al señor Ataliva en el vestíbulo del primer piso, con dos caballeros.

—Voy. Son los dibujantes.

Ataliva abandonó el escritorio, dejando á Julieta en su labor.

—¿Dónde habré puesto la goma?—interrógose, de pronto, Julieta.

Quizás en la mesa. Intentó buscarla entre los libros abiertos. Entre los papeles, halló un sobre dirigido a Ataliva con una carta adentro. La letra parecía de hombre ó de mujer. Para cerciorarse, Julieta llevóse el sobre á la nariz.

—Olor a cigarrillo turco! —dijo.— Esta carta debe ser de alguna mujer. De alguna dama chic. Si fuera de hombre no olería a tabaco.

Siguió buscando.

Sus ojos dieron, de improviso, con las carillas que había estado escribiendo Ataliva. Eran las mismas que el escritor defendiera con furia.

Julieta quiso leer. Se contuvo:

—¡No! Sería un delito.

Entre las líneas menudas, vió su nombre. Dos veces. Tres veces. Muchas veces.

—«Julieta»... «Julieta».

Pensó:

—¡Casualidad! El señor Ataliva ha dado mi mismo nombre a otra mujer.

Y leyó, salteando párrafos enteros:

«El hombre sentíase por dentro nuevo como una flor recién nacida. Todo en él era inédito... Su espíritu puesto de rodillas á los pies de muchas otras mujeres, no había experimentado jamás esa ténue sensación de dulzura que ahora invadía su carne como un soplo de brisa. Habituado a vivir en el ambiente de las mujeres de salón, en la atmósfera natural de las almas artifi-

ciales, el encuentro de aquella chiquilina que hablaba del amor con palabras sanas è infantiles, le puso por delante la visión de un camino que no conociera... Perdido en la sombra, la luz le dió en la cara:

—"*Julieta!*

«Era ella su sueño. Era ella la mujer que esperaba desde la niñez, sin encontrarla nunca en su sendero. Todas las mujeres a quienes el hombre creía haber amado, eran trajes colgados en las perchas de un gran ropero humano. Todas las mujeres que le habían demostrado pasión, eran personajes de novela. Mentiras literarias. Humo. Nada...

«Se sintió renacer de sus arrugas y de sus canas, como Fausto de sus ropas seniles. Veinte años de amores inútiles, sin encontrar el amor verdadero. ¡Oh, amor sencillo de los pastores virgilianos! ¡Oh, Carducci que nos hiciste comprender la tristeza de vivir sin amor mirando los ojos del buey que no pudo ser toro! ¡Oh, amor que aparece de pronto, como una tentación en manos de un tercero!

—"*¡Oh, Julieta!*

«Y el hombre atado a la orilla del río, locamente sediento del amor puro que corría en la frescura de las aguas fluviales, extendía la boca y lloraba:

—*¡Julieta! ¡Julieta!*

Oyóse un grito. Julieta dejó los papeles:

—¿Qué hace usted, Julieta?

—Nada, señor.

Pero, era inútil. Ataliva pensó que no era menester ocultar más adentro el secreto. Pensó que Julieta había adivinado mucho antes de leer sus papeles, que él,—todo entero,—la deseaba con locura, para amarla à mordiscos, à picotazos, tiernamente, como aman los perros y los jilgueritos. Ataliva pensó también que la esperanza de encontrar en la dactilógrafa el amor puro que Romeo encontraba en Julieta, era la causa de que no hubiera

vuelto à Mar del Plata à buscar à Celita. ¿Cómo no se había dado cuenta, sino ahora, de que Celita desaparecía bajo los resplandores de Julieta?

Y Julieta ¿no lo amaba también? ¿Qué era sino amor ese deleite que ella confesaba al sentirse én contacto con sus libros, con sus muebles, con él mismo? Ese deseo incoercible de estar siempre en él éscritorio, llenándolo de flores, saturándolo de su gracia ¿qué era? Amor, sin duda... En cuanto al amor de Julieta por su marido, quizás no era otra cosa que el arma que usan las mujeres para defenderse de las acometidas del amante cinco minutos antes de caer...

Todo esto lo pensó en un segundo. Tomó à Julieta por la cintura, aproximándola a su boca.

—¡Mía! ¡Mía!

Julieta, en la sorpresa del ataque brusco, recibió el primer beso. Luego, erguida, furiosa exhaló un chillido de mujer honrada, rechazando al hombre.

La puerta se abrió y en el marco, Ataliva divisó la silueta de una mujer. Era Celita:

—¡Magnífico! ¿Está Ud. ensayando una escena de amor? ¿Dactilógrafa, no? Se ve, sí... ¡Qué mal gusto, Ataliva! ¡Con una dactilógrafa!

CAPITULO XVI

Los primeros amores de Celita

—Soy una tonta...

Celita se asombraba de amar tanto a Ataliva. Creíase débil al apasionarse de un modo cursi, «cache», sentimental, de ese hombre que no la merecía. Cuarenta años...

Dos minutos después no se asombraba de quererlo. Lo odiaba. Lo amaba. Pensando en él, delante del espejo, lo veía allá lejos, en el espacio del recuerdo, sonriéndole de pronto con palabras de música. Enseguida, brutal. Agresivo. Amargado por quién sabe qué dolor de la madre, adquirido en la madre o aprendido más allá, tal vez, en las fibras del padre, luchador sin fatiga. Soñador. Hombre, en fin.

—Soy una tonta queriéndolo como yo lo quiero. Lo adoro lo-ca-men-te... Y él, ¿cómo responde a mi pasión? ¡Enamorando a mujerzuelas como su dactilógrafa! ¡Qué vergüenza, mi Dios, compartir un hombre con mujeres de baja ralea! ¡Siquiera fuera amante de alguna amiga mia!...

Luego:

—¡Quién lo oye al señor Ataliva! Ataca las costumbres de nuestros hogares. Las reputa inmorales. Y él... ¡Canalla!

Pero detrás de aquel ¡canalla!, Ataliva surgia con el encanto de un ser insustituible.

Celita reconstruía mentalmente la escena de ayer. El espanto de Ataliva cuando la vió como un fantasma

enmarcada en la puerta. El rostro de la... ¡mujerzuela!, de Julieta, huyendo de los brazos del amo, fingiéndose agresiva, como si la perra hubiera querido defender su honradez.

—¿Y esa rubia aguachenta,—había preguntado Celita,—¿quién es? ¿Tu dactilógrafa, verdad?

—Mi dactilógrafa.

—Pues bien: señorita dactilógrafa. Puede usted retirarse. Aquí no manda más mujer que yo. Queda usted despedida.

Julieta no contestó. Se arregló la melenita rubia y haciendo muecas, como si llorara, marchóse de la «garconniére».

—¿Qué has hecho, Celita? ¿Con qué derecho?...

—Con el derecho que me dá el amor.

—La chica es inocente. El culpable soy yo.

—¿Ese es el amor que me tenías? Me sacrifico por tí, casándome con Tomasito y...

Una crisis de llanto ahogó sus palabras. Ataliva no podía ver llorar a una mujer... Tomó a Celita, tiernamente por la espalda. Le sacó el bonetito. Le alisó la melena:

—¡Pobre, mi nena! No llores más. Yo seré siempre tuyo.

—¿Te vendrás mañana conmigo a Mar del Plata?

—Si.

Ahora, frente al espejo de su dormitorio, Celita aguardaba la hora de la partida. Había convenido en encontrarse con Ataliva, en el tren diurno. Irían conversando, los dos en el «pullman». Solitos como recién casados...

¡Ya era suyo! Cuánto había temblado en Mar del Plata creyendo que él ya la olvidaba para siempre. Hubiera sido horrible perderlo ahora que Tomasito ya estaba en la trampa.

—¿Te casas, Celita?

—Si, me caso.

Era inevitable. Papá y mamá la apremiaban con caricias y mimos. La situación del doctor Krunisky, era insostenible. Su señora,—la bella Capa Juana—ya no encontraba a pesar de sus hombros y de sus lunarcitos quién pagara las deudas. En cambio, la timbera, Laura, la hija del glorioso general, más joven y más pilla que la señora de Krunisky, arramblaba con todos los amantes.

—¡Qué cocotte!

Era, pués, necesario marchar al sacrificio. Casarse con ese tonto de Tomasito para derretirle los millones...

—¡Tan pronto como me case, seré la amante de Ataliva... ¡Oh, amor!

Faltaban dos horas para la salida del tren. ¡Qué suplicio! Y Celita evocaba por anticipado el viaje que iba á hacer con su amante. ¡Su amante ideal! Le parecía que nunca había viajado. Que era la primera vez que iba a andar en el cielo...

—¿Preparo su valija, niña Celita?

—No. ¡Yo la arreglaré! Gracias, muchacha.

Revolviendo los cajones de su «secretaire», tropezaron sus dedos con un cuaderno de cubiertas doradas. Era un album de impresiones escritas por ella, no hacia mucho... ¡Cuatros años! Sí, mucho. Un siglo...

Escribió ese «diario» cuando se forjaba del amor un concepto divino y pavote. Anunciación... Recién salida del «Sacre Cœur», Celita era *pura* como ahora; pero entonces *era todavía inocente.* No conocía el amor más que a través de las chicas viciosas del colegio. ¡Qué razón tenía Etienne Rey! «Le grand corrupteur de la femme est la femme. L'homme ne corromp pas. Il profite seulement du resultat». Entonces ignoraba también que, en sociedad, el placer de amar â un hombre consiste, simplemente, en engañar a otro... Sus propios padres carecian de las ideas que ahora sustentaban, adquiridas, sin

cuna, al borde de las mesas de la timba donde el honor se aplica solamente a las deudas contraídas allí. El padre de Celita el doctor Krunisky, era, en esa época, presidente de un alto tribunal. Su intervención en bancos y sociedades anónimas lo habian hecho rico. Riquezas las suyas que el juego se llevaría más tarde a los demonios. ¡El juego, que hace más daño en la moral de los ricos que en la eterna miseria de los pobres! Jueguen o no jueguen los pobres siempre serán pobres!... Además, en ese tiempo las ideas del doctor Krunisky ¡eran tan paternales! El juego las degeneró...

Celita hojeaba el album. Empezó leyendo con indiferencia, riéndose, con cariño, de sí misma. De pronto, se interesó por sus recuerdos, como si el alma que escribiera sus «memorias», no fuera la suya. Era otra alma más ingénua, más nerviosa, más pálida...

«¡Tenemos tantas almas en la vida!—le había dicho una noche Ataliva,—Las variaciones del carácter, las distintas maneras de comprender la existencia, las infidelidades y los cambios de opinión provienen de la frecuencia con que el alma se nos va del cuerpo, ocupando su sitio una nueva alma. Nuestras almas viajan. Vienen. Y, á menudo, no regresan jamás cuando nos dejan»...

Y Celita leía en su album ya viejo, de niña:

ENERO.

«¡Qué alegría sentí cuando el tren se puso en marcha! Un viaje a cualquier parte es un sacudimiento del espíritu. Un aire nuevo que nos resucita. Un... Pero, ¡qué aburrido es viajar! El encanto de los viajes está en el deleite momentáneo que nos arranca del lugar donde nos aburrimos. Después, a aburrirnos de nuevo...

—*¡Llévate libros!*— me había dicho mamá. ¡Libros! He traído uno solo de Ricardo León, es decir, de Pitigrilli... ¡Al fin, en Buenos Aires, los libreros empiezan a civilizarse! He adquirido por cinco pesos un libro inmoral encuadernado con las tapas morales

de un Ricardo León. Yo no tengo la culpa de mi falta. La culpa es del poco talento que suelen tener los modernos escritores moralistas. ¿Quién es capaz de divertirse con las gracias del elefante del Jardín Zoológico? Muchas veces me pregunto:

—*¿Es posible que no te gusten las lecturas morales?*

«Si. Me gustan. La prueba está en que los versos de Santa Teresa me distraen dulcemente. «Las florecillas» de San Francisco me parecen superiores en interés a los cuentos de la Sherezhada. El viejo Chateaubriand me ha tenido muchas noches en vela, devorando sus libros... Es que los autores modernos, cuando quieren moralizar, se ponen tontos. Sucede con ellos como con los escritores que pretenden hacer libros de lectura infantil. Creen que exponiendo en sus obras ideas infantiles los niños van a deleitarse con esas ideas. ¡Ingénuos! ¡Ignoran que la niñez quiere ser pronto vieja...

«He dejado un momento de escribir para mirar el campo por la ventanilla. El tren se mete en los paisajes, rompiéndolos como si fueran trozos de una estampa en colores...

«El «pullman», por dentro, parece un trasatlántico. Todos los viajeros conversan o leen. Ni siquiera se les ocurre mirar la campiña. Están como en su casa. ¿Perciben la sensación de que sus cuerpos viajan? Claro que sí... Para eso todos lucen la consabida indumentaria. Si no se vistieran de viaje, ¿se creerían viajeros? Si uno de estos caballeros hubiera venido de frac y galera de felpa, juraría que el tren no es un viaje con ruedas...

«Papá conversa con su vecino de sillón. Es un joven alto y morocho, que, de cuando en cuando, me mira. ¡Ufa! «Ya sé, morochito, que, dentro de un rato conversarás conmigo!» Aunque papá, enchalecado en una conversación de pastos y novillos, no ha cumplido el deber

de presentármelo, los ojos inquietos del mocito me dicen que le gusto.

«Papá no es estanciero. Su cargo de ministro de un alto tribunal del país le impide hacer negocios. Su dinero está en los bancos y sociedades anónimas. Los bancos son los que se encargan de que el dinero fructifique en los dividendos. Pero papá habla de las haciendas, porque, en los trenes, el campo se cuela por las ventanillas.

«El joven busca un pretexto para desviar la charla de papá. Se pone nervioso. Sonríe. Dice a todo «que sí»...

«¡Bueno! Yo también me aburro. En los viajes no hay nada más aburridor que un libro divertido o un hombre que escucha sonriendo y callado. ¡Pobre morocho! Voy a darle un placer.

«Dejo rodar mi libro. Ya está el conquistador, rendido a mis pies, con el libro en las manos.

«—Muchas gracias, señor.

«—De nada, señorita.

«Entonces papá nos presenta Es un doctor. El joven ya no vuelve a sentarse. Permanece a mi vera, mostrándome los dientes. Naturalmente, sabe que son lindos, y eso me da rabia. No hay nada más ridículo que un hombre que se sabe buen mozo.

«Viéndonos conversar, papá navega en un diario.

ENERO 8.

—¿Te gusta? Es un muchacho de gran porvenir...

«Papá sentado al borde de mi cama, quiere convencerme. Hace una semana que hemos llegado a Mar del Plata, y el morocho del tren—el doctor Juan Rudakosky—no me deja respirar a mis anchas. En la ruleta, en el «dancing», en el hall, en la rambla, en todas partes, me encuentro con sus enormes dientes maravillosos.

«—Pero, papá; ¿cómo quieres que me guste?

«—Te lo preguntaba no más, hijita. Creía un de-

ber advertirte que es un hombre «muy bien». Hijo de un antiguo amigo de mi padre. Judío también. Abogado y no ejerce...

«—¿Abogado y no ejerce? ¿Esto significa que es rico, que puedo casarme con él?

«—¡Bah! No bromees. Tú no necesitas enamorarte, «sine qua non», de un hombre rico. Mi fortuna es suficientemente sólida como para que te fabriques un hombre a tu gusto. Tienes dinero suficiente como para darte el placer de casarte, por amor, con cualquiera. Pero si tu futuro marido posee fortuna, mejor para él. Lo querrás más sinceramente.

«Papá se ha ido a la ruleta. Yo me he quedado en el lecho, soñando. Pensando... ¡Qué tristeza, Dios mío! ¡Qué envidia me dan esas chicas que se enamoran en secreto del chófer, del camarero, del bañero, del artista de cinematógrafo! ¡Pensar que yo puedo casarme con el primer hombre que me guste! Y no me gusta ninguno. Es decir, ninguno, no... Me gustan todos. Me gustan así, «de a ratos», y no para siempre. Ese pobre Rudakosky me gustaría. Lo quiero, como amigo, porque sería estúpido creer que se puede odiar al hombre capaz de morir por nosotras ardiendo de amor. ¿Quién es capaz de odiar al espejo que nos convence de que somos bonitas? El amor que inspiramos es también un espejo...

—¿No se levanta, señorita?— me pregunta la camarera.

—¿Es tarde, Marieta?

—Las doce...

«Me he puesto a mirar a Marieta. Es una rubia fina, con grandes ojos muy claros, de buho. Si no fuera por la cofia y el delantal, podría pasar por una niña bien. Tiene veinte años. Está un poco gorda. Si trabajara menos, si hiciera gimnasia...

—¿Tienes novio Marieta?

—¿Novio? ¿Para qué?

«Y me cuenta su tragedia. Una camarera de hotel rico no puede tener novio. ¿Quién es capaz de enamorarse sinceramente de una camarera? Tendría que ser loco.

«—¿Loco?

«—¡Naturalmente!... En los hoteles como éste, sólo se aceptan camareras de buena presencia. Los clientes, como pagan bien, exigen caras lindas que los atiendan con amabilidad. Si protestamos por alguna insolencia de la clientela, nos echan a la calle. Debemos ser siempre atentas. ¡Carne de los clientes! Al final de cada temporada de verano, tenemos que internarnos en la maternidad...

«—Pero, ¿no tienes algún novio? En casa, numerosas sirvientas se han casado, por amor, con muchachos decentes.

«—Muchachos decentes hay muchos. Son trabajadores como nosotras. Humildes como nosotras... ¡Comprenda usted, señorita, que casarse con un obrero debe ser muy triste para quien está habituada a vestir con decencia, a perfumarse, a bañarse!...

«—¿Y si ese camarero te ama? ¿Y si tú lo amas? El amor es la única felicidad en el matrimonio, Marieta...

«—¡Ay, señorita! ¡Cómo se vé que usted tiene la suerte de ser rica!

«¡La suerte de ser rica! Y vuelta con la riqueza... Esta camarera tiene las mismas ideas de papá. Cree que el dinero nos autoriza a ser felices».

JULIO 4.

«En una butaca de la platea he visto esta noche al doctor Iván Rudakosky, el morocho del viaje. Me ha saludado con una gran tristeza. Y digo que me ha saludado con tristeza porque no pude verle los dientes. El pobre buen mozo no me perdona los desaires que he debido hacerle. La culpa es de papá, que no pierde ocasión de decirme:

—Rudakosky es un excelente muchacho. Haría una buena pareja contigo.

«Mamá también tiene la culpa.

—¿Es cierto, Celita, que el doctor Rudakosky...?

«—No, mamá. Te lo aseguro...»

—No es mal tipo, sin embargo. Dicen por ahí que lo tienes embobado... ¿Verdad?

«Y Rudakosky por aquí, Rudakosky por allá, Rudakosky por acullá.

«Pues bien: ¡no!

—He de casarme con quien se me antoje.

«—Pero, hijita, ¿quién te dice lo contrario? Ya conoces las ideas aristocráticas de tu padre. Hombre que se ha formado solo, sin ayuda de nadie, debe su posición a su paciencia. Se casó conmigo sabiendo que yo aportaba, más que dinero, un nombre muy ilustre. ¡Los Capa Juana, gloria española! Me enamoré de él, por que adiviné que haría fortuna. El amor, en el concepto de tu padre, consiste en que el hombre y la mujer se amen sin preocuparse de las circunstancias. Basta que uno de los dos, el novio o la novia, tenga mucho dinero...

«—Sí, sí. Ya lo sé. Papá tiene del amor una idea bíblica de Caja de Conversión. Toma y daca... Estoy de acuerdo con él. No me caso porque todavía no encuentro «mi tipo»...

«En efecto. No encuentro «mi tipo». A medida que voy creciendo, mi juventud me conquista más admiradores. Voy a cumplir diez y ocho años y ya estoy harta de las declaraciones apasionadas. En medio del «charlestón» o del copetín, entre las músicas del Colón o en casa mismo, tan pronto como un chico se me pone por delante, ya lo adivino:

—Celita... ¡La adoro!...

—Celita... ¡si usted fuera mía!

«¡Ufa! Se diría que la misión de los hombres es enamorarse. ¿No hay en el mundo otras ocupaciones más amenas que las del matrimonio? Estos muchachos que

buscan esposa a la fuerza, son como los que ahorran dinero para comprarse una bóveda en el cementerio...

«Hasta un dependiente de tienda, un gallardo rubio espeluznante—no es feo, no ¡y mira de un modo!... — ha tenido la desvergüenza de decirme en voz baja, mientras desplegaba sobre el mostrador sus sederías:

—¡Es usted encantadora!

«Se ve—se adivina, mejor dicho—que está enamorado de mí. Debí darle un moquete, por estúpido. Pero, ¿qué mujer es capaz de abofetear a un rubio espeluznante que le diga suavemente, con dulce voz:

—¡Es usted encantadora!

«Me concreté a un:

—No vendré más, insolente. Le avisaré al gerente de la casa.

«Pero volví. He vuelto varias veces. Y lo peor es que ahora, tan pronto como el rubio me vé, se esconde. ¡Canalla! ¡Hacerme creer que está enamorado de mí y sacrificar su amor en aras de su propio interés! Teme, sin duda, que yo lo denuncie. Hace como Marieta, la camarera del hotel...

«Se esconde. Y a través de las piezas de género, me atisba. ¡Pobrecito! Me imagino su desesperación, de noche, cuando vuelve a su casa, siempre sufriendo, en el ensueño loco de haberse enamorado de una chica que, por su fortuna, está tan lejos de su triste miseria de esclavo!»

JULIO 5.

«Hoy no he querido levantarme... Hace frío. Y con el pretexto de que estoy resfriada, me quedo en la cama. Tomo mi cuaderno de apuntes. Quisiera escribir lo que pienso, y, estúpidamente, me pongo a llorar.

«—¿Por qué lloro?—me pregunto, restregando la cara en la almohada.—¿Por qué lloro?

«Yo no sé por qué lloro. Siento una tristeza de casa vacía. Me creo una inmensa tarde de estancia, de esas

tardes tristes y secas, sin alma, en que hasta los animalitos se hacen poetas, es decir, desgraciados. De buena gana me echaría por el balcón, de cabeza, a la calle. ¡Cómo comprendo ahora la crónica policial de los periódicos! ¡Cuánto daría por ser yo una de esas mujeres que aparecen en las fotografías, tiradas boca abajo, al pie de la cama, en un charco de sangre! Morir...

... ...

«Al oír mis sollozos, mamá acudió:

«—¿Qué tienes, preciosa? ¿Sufres? Cuéntale a tu madre todo lo que te pasa...

«¡Había tal dulzura en la voz de mamá! Se ponían tan hondas las arrugas de su frente, que me sentí dispuesta a confesarme con ella. ¡Ah, sí! ¡Confesarle mi angustia! ¡Confesarle todos mis secretos...! ¿Qué secretos? ¿Qué podía decirle? ¿Qué pena me hacía llorar? Yo lo ignoraba. Restregaba mi rostro en la almohada. Lloraba a gritos y no sabía el porqué de mis sollozos.

—Cuéntame, hijita. Cuéntame.

«Y tuve de pronto la sensación de que un relámpago de luz rompía mis tinieblas. De repente creí reconocer en mi cerebro la razón de mi llanto.

«—Cuéntame, Celita.

«—Pues bien, mamá... ¡Estoy enamorada!

«—¡Angel mío! Me lo suponía.

«—¿Cómo? ¿Lo suponías?

«—Ciertamente. A tu edad, las mujeres sólo lloran sin razón cuando el amor las hiere... Y, vamos a ver: ¿de quién estás enamorada?

«—¿De quién?

«—Sí. ¿De quién?...

«Permanecí perpleja. Me eché a reir como una loca en brazos de mamá.

«—¿De quién podía estar yo enamorada? ¿De Iván Ru-

dakosky? ¿Del rubio de la tienda? ¿De mi primo Carlos?... ¡Qué estupidez, Dios mío! Estar enamorada y no saber «de quién...»

JULIO 6.

«He pasado una noche deliciosa. Después de mi crisis de llanto, las palabras de mamá, acariciándome, consolándome, besándome, me han vestido por dentro como un ángel. ¿Qué habrá en las palabras de las madres? ¿Qué dios ha puesto Dios en ellas? ¿Qué milagros de paz fluyen de sus dedos divinos cuando se entrelazan con nuestros propios dedos?

«¡Ah suicidas! Yo pienso que si todos los que se quitan la vida evocaran en el instante supremo de su crimen las caricias que alguna vez sintieron en la cuna—dedos entre dedos—soltarían el veneno o el arma para besarse las manos en el sitio donde la madre los besó siendo niños.

«Al despertar me he puesto a discurrir, como una monja, en las torturas del amor:

—*¡Estoy enamorada!*

«Y al decirlo, he vuelto a caer en la melancolía. ¡Enamorada!

«—¿De quién?

A mediodía, en el almuerzo, papá me miraba de reojo. Ya mamá lo había puesto en antecedentes, sin duda, del asunto. El viejo, tan aristócrata, a pesar de ser hijo de un polaco cigarrero de la calle Corrientes, y tan leal con sus ideales de juez que conoce el mundo tanto como las leyes que deforman la vida, me sonreía a cada rato. Por fin, habló:

«—Comprendo—me dijo—que tu alma sufra, por abundancia de inocencia. Tu madre no me ha sorprendido cuando me contó que tú estabas enamorada sin saber de quién. En la juventud, hija mía, el amor se enamora del Amor...

Es necesario, pues, que trates de materializar ese amor en un hombre.

«—Sí, papá.

«—Ahora bien: enamorada el alma del Amor, se hace menester que la inteligencia sepa seleccionar. ¿Comprendes?

«—Sí, papá.

«—Tú eres hermosa. Eres rica. Tienes todas las virtudes y las picardías modernas de una mujer ideal. Estás en las más excelentes condiciones para elegir marido. Máxime cuando cuentas, de antemano, con nuestro asentimiento.

«—Sí, papá.

«—Elige, pues».

JULIO 7.

«Busco. Busco. Busco.

«Viendo que no me decido por ninguno de los candidatos que papá me propone, me encierro en mi cuarto a llorar. ¿Será posible que teniendo para elegir *a todos los hombres que andan por la tierra*, no me guste ninguno?

«En realidad, no me gusta ninguno. Me hablan, en primer término, del doctor Iván Rudakosky. Me citan a Carlitos, mi primo, médico, que promete—según ha dicho a la familia—hacerse un borracho si yo no lo quiero. Me cuentan que el ingeniero Velázquez—autor de los planos de nuestra casa colonial de Palermo,— después de bailar conmigo, se presentó a mi padre, diciéndole:

—¡Estoy loco de amor por su hija! Tengo un millón de pesos.

«Nada. No me gusta ninguno.

«Anoche he soñado con el dependiente de tienda, con el rubio de ojos maravillosos. Al despertarme pensando en él, he gritado:

—¡Infame!

«Tampoco me gusta. ¡No faltaba más! Yo, la hija de... ¡No faltaba más!... ¡Con un dependiente de tienda!

«Por la tarde fuí a la tienda. Al verme corrió como un perrito tímido, a esconderse detrás de una vidriera.

«A mi regreso, papá me llamó a su escritorio.

«—Es necesario—me dijo—que no mantengas al pobre Iván Rudakosky en la duda. Ha venido a verme. Dice que no sabe cómo interpretar la simpatía que tú le demuestras en el teatro, en las tertulias.

«—Bueno, basta, papá—le dije dispuesta a bromear.—Ese tipo me tiene aburrida con su romanticismo y con sus dientes. Yo ya tengo novio....

«—¿Sí? ¿Quién?

«Pinté lo mejor que pude a un galán fantástico. Quise darle realce, describiendo la silueta magnífica y humilde de un jovencito rubio, lleno de inteligencia. Mientras lo describía, yo misma no sabía *quien era.*

«—Papá me interrumpió con una pregunta intempestiva:

«—¿Es hombre de fortuna?

«—No sé, papá. Es dependiente de tienda.

«Y por fuera me reía de la broma. Por dentro, *lo amaba.*

JULIO 7 (por la noche).

«Un poco más, y papá se desmaya hoy de la sorpresa. Se puso como loco. Gritaba. Golpeaba el escritorio con el puño.

«—Pero, ¡eso es una locura!

«—¿Locura? ¿Por qué?

«—Una señorita de tu estirpe social, de tu fortuna...

«—¿No me has dicho siempre, papá, que en cuestiones de amor, el alma es la que elige?

«—Si. Mas no tanto... ¿No comprendes, desdichada, que existirá una enorme diferencia entre tu cultura y la de ese individuo? ¡No faltaba más!... ¡Un dependiente!

«Pensé que para broma era bastante. Sin embargo, papá se enojó tan ruidosamente; me dijo cosas tan feas de ese «probable cazador de dotes»; se enojó tanto, sin cono-

cerlo, con el pobre dependiente rubio, que yo empecé a tener lástima de mi pobre galán, mitad dependiente y mitad fantasía.

—¿Y bueno? ¿Y qué? Lo quiero. ¡Y basta!

—¡Celita! ¡Olvidas que soy tu padre! No te casarás.

«Fué un drama.

«Papá, no obstante su título de abogado que debió enseñarle a enojarse dentro de la perífrasis, me arrojó palabras groseras.

«—Si no me dejas casar con mi tendero,—le dije,—me iré con él a recorrer el mundo, haciendo hijos.

«—¡No te casarás!

«—¡Sí me casaré!

«¡Con qué placer defendí al muchacho de la tienda, sin saber siquiera cómo se llamaba! Bastó la oposición de papá para enloquecerme de amor por el rubio.

«Hoy he visto rabiar a papá y a mamá. La culpa es de ellos. No quieren que me case.

«—¡Para qué se opusieron? Por eso me casaré con el tendero...»

... ...

Celita arrojó el álbum en el «secretaire». ¡Qué lejos estaba de aquello! ¿Dónde andaría el tendero? ¿Se imaginaría el pobrecito que estuvo a punto de tocar el cielo con las manos?

—¡Tenemos tantas almas en la vida!

CAPITULO XVII

¿Hay algo de malo? Soy casada...

—*¡Un sueño!*

A veces la vida se hace lenta. Pasa por encima de nosotros como un camión repleto de adoquines. En otras ocasiones, las cosas vuelan. Los acontecimientos se deslizan alzándose al andar como los aeroplanos...

—*¡Todo me parece un sueño!*—pensaba Ataliva.

El aire de su habitación en el Anexo del Bristol, estaba impregnado de Celita. Ella había cumplido su palabra... Acababa de marcharse dejándole la cara llena de mordiscos.

—*¡Tuya, al fin!*

¡Tuya!

¡Cuánto tiempo hacía que Ataliva soñaba con tenerla en las manos! Y he aquí que *ya la había tenido,* de repente, sin esperarla, cuando menos creía ser dueño de sus besos. Y en vez de estar alegre por su triunfo, sentía asco. Dolor. Rabia...

Tomasito Pedrálvez,—caído en la trampa,—había apresurado el día de su boda. La táctica de los Krunisky fué maravillosa. El joven millonario, hábilmente seducido por Celita, decidió casarse allí mismo, en Mar del Plata, en la nave fresca y deliciosa de la «Stella Maris». Se casaron y esa tarde, después de la ceremonia religiosa, Celita y Pedrálvez fueron a vivir a un chalecito de la Loma, entre flores, delante del mar.

¡Cómo sufrió Ataliva! Los días de la luna de miel le

parecieron espinas en el cráneo. Al principio, encerróse en su cuarto, llorando como un chico. Después buscó en el alcohol, como en una ventana, aire que borrara su angustia. ¡Celita era de otro! A media noche, se despertaba como un loco, con los puños erguidos, amenazando al techo... Pensó con delicia en el orgullo con que matan los hombres celosos. Pensó en «Otelo». Pero al recordar la música de los organitos, olvidó las ganas de matar...

Fueron cinco días de suplicio. Pertrechó sus valijas para volver a Buenos Aires. Llamó al camarero:

—Que me arreglen la cuenta. Esta noche regreso a Buenos Aires.

Y al rato:

—No regreso.

Y más tarde:

—Me voy.

Y, en seguida:

—Me quedo.

Sufría. Lo llamaron por teléfono:

—¿Aló?

—¡Aló!

—¿Ataliva?

—Sí.

—¿No me conoces?

(La voz temblaba en los hilos. El, adivinó).

—¡Celita!

—Sí.

—Lobo, ¿estás?

¡Ella! ¿Sería posible? Al quinto día de su luna de miel! Y bromeaba como una chiquilina.

—Lobo. ¿Estás?

—Sí.

—Al fin he podido desprenderme de mi marido. ¿Me esperas, Ataliva? Voy enseguidita. Tengo un pretexto. Mamá está enferma en ese mismo hotel...

—Sí.

Toda la ciencia del vocabulario habíase agotado en aquel hombre que era ducho en frases.

—Sí.

—Sí.

—Sí.

Ataliva cerraba los ojos y veía a Celita tal como ella entró, riéndose, saltarina, besándolo con gula:

—Ahora, sí. ¡Tuya para siempre!

Dos horas duró la entrevista. Es decir: un segundo. Y:

—¡Adiós! ¿Nos veremos mañana?—murmuró Celita.

—Mañana, no...

—¿Cómo? Hace casi un año que me aguardas y ya no me deseas?...

—Bueno, mañana.

Celita salió cautelosamente de la habitación, dichosa en el deleite de esconderse y en el peligro de ocultarse.

—¡Cuidado, Celita! ¡Qué no te vean!

—¿Y qué? ¿Hay algo de malo? Soy casada... En nuestro ambiente, queridito, esto se llama «chic»...

Ahora, Ataliva, solitario en su cuarto de hotel, ausente de la magia de Celita, en vez de estar alegre por su triunfo, sentía asco. Dolor. Rabia...

CAPITULO XVIII

El casino flotante

El juez, — aquél que siempre tenía las manos cargadas de fichas, — estaba imponente. Placía escucharle con su voz de Júpiter:

—¡No faltaba mas! ¡Esta gente se burla de la Ley! ¡Ah! ¡Pero, tan pronto como yo regrese a Buenos Aires, verán si nuestras leyes son o no son leyes!

El buque se balanceaba suavemente, sin salir de su sitio, fondeado frente a Mar del Plata. La ciudad balnearia, vista desde abordo, proyectaba sus luces, en el agua y en el cielo. La Loma con sus castillos de puntos luminosos se parecía a un paisaje de tarjeta postal: Madeira, Río de Janeiro, Cádiz, el Parque Japonés...

El juez, cansado de hablar de la Ley, volvió con su amigo al salón, donde las tres ruletas desaparecían bajo los escotes de las mujeres y las cabezas de los hombres.

—¿Ha visto?, — insistió el juez por sobre el murmullo de las fichas.— Se dictan leyes prohibiendo el juego, se clausuran las ruletas y cuando uno crée estar tranquilo... ¡faff! Los pillos descubren la manera de encontrar otra ley que ampare su pillaje. Estos casinos flotantes, protegidos por una ley inmoral, harán mucho más estrago que las otras ruletas. El que pierda, no tiene más que tirarse de cabeza al mar. Jugará así la última ficha. Vea... Vea, cuánta gente llega.

En efecto. Un vaporcito se arrimaba al Casino Flo-

tante. La ruidosa turba de veraneantes subía por las escalerillas, apresuradamente, como enloquecida, buscando la ruleta.

—¿Ha visto? Llegan desesperados a gastar sus pesos. Están embrutecidos de esperanza. Por cada jugador que gane un poco, habrá trecientos que se irán sin un niquel. ¡Imbéciles!

—¿Y usted no juega, señor juez? — inquirió el amigo.

—¡Jugar! ¿Quién puede jugar honradamente en una timba como ésta? ¿No me ha visto perder? Ah, pero le aseguro que con cien pesos, utilizando la martingala de Pedrito, me levanto esta noche una fortuna.

Luego, bajando la voz:

—Dígame, ché, con franqueza: ¿tiene à mano cien pesos? Los jugaremos a medias...

El otro, movió la cabeza de derecha a izquierda, con pesimismo:

—¿Yo?

—Si.

—Ni medio. El «14», me comió los últimos mil pesos. ¡Ni medio! «Notre Dame La Purée»...

El juez volvióse hacia la barandilla, contemplando el reflejo de las luces sobre el mar.

—¡La Ley! Yo haré que...

Observó que el amigo no estaba. Sin duda, el otro había aguardado el instante de pedirle dinero. Al enterarse de que el juez tampoco lo tenia se esfumó en la penumbra de los corredores.

—¡La ley¡... ¡Bah! No es de la ley de quién debo ocuparme, sino de mi mismo.

El agua saltaba allí, delante de sus ojos cabrilleando y arrojando reflejos eléctricos. El juez pensaba en su situación como si hubiera querido hundir en el agua su porquería de recuerdos.

—¡Maldita ruleta! ¡Yo no sé para qué juego! Sin embargo, con poca plata yo tomaría el desquite...

Y en la imposibilidad de encontrar quién le prestara «los últimos cien pesos» pues ya los había perdido muchas veces, el alma se le puso negra.

Se acordó de su mujer. ¿Dónde andaría? ¡Ah, la sinvergüenza!

—En Europa, quizás.

Acostumbrada al lujo, como buena mujer de jugador y sometida al roce de los más exquisitos vicios de la opulencia, ella lo abandonó por seguir a un violinista, autor de tangos, que la amaba hasta el punto de darle palizas feroces y besos que le cicatrizaban las heridas. Con su violinista se fué a París, dejándole al juez, dos hijos: un varón y una nena...

—¡La sinvergüenza!

El juez no le daba otro nombre: «¡La sinvergüenza!»

La odiaba. Pero, en el fondo de su conciencia comprendía que la culpa no era solamente de ella. ¡Era él quien había impulsado a su mujer a buscar en bocas ajenas los besos que él no supo darle. Se pasaba las noches en la timba de la viuda de Las Tejas y cuando llegaba a su casa, volvía deshecho de cansancio, con los nervios rotos por la angustia del juego. Volvia sin dinero. ¡Sin amor, con odio a la ruleta!

Había jugado su fortuna amasada por el padre, — viejo obrero italiano, — pesito sobre pesito.

Había jugado la herencia de su mujer. Había vendido con trampas hasta la última propiedad de la esposa y había dejado en el «cementerio de 36 sepulturas» hasta la estancia que sus propios hijos recibieran de una donación de la abuelita.

En el juzgado dispuso de fondos que estaban en depósito. Acorralado por las deudas y el espiritismo de la timba, aceptaba coimas que le permitian encon-

trar en el código penal los recursos destinados a salvar inocentes.

—Te van a exonerar, — le decía su mujer.

—¡No! — exclamaba él con entereza.— Los jueces y los senadores somos muchos. Estamos ligados, — unos con otros, — por la solidaridad que exige no desprestigiar a la justicia. Si el pueblo se entera de que un juez ha delinquido, creerá que los jueces en general faltan al cumplimiento de su sano deber. La noble majestad de la Justicia yacería en el suelo como un felpudo para todos los pies.

El juez pensó en sus hijos. La mujercita, Carola, tenía quince años. Desde que la madre huyera con el violinista, la niña vivia con una institutriz disecada y estéril, cuya ternura olía a pastillas de menta, a puritanismo de polleras largas y de trenza.

La institutriz ya se le había quejado de la conducta de Carola:

—Su hija es coqueta, doctor. En la calle, mira a los hombres de un modo...

—La edad, Miss Clary. Se comprende que la nena, no va a ser un buzón, siempre con la boca abierta. La edad...

—¿La edad? En Inglaterra las niñas...

—Aquí estamos en Buenos Aires. Aquí las mujeres se defienden solas.

—Es que Carolita no se defiende sola. Al contrario.

—¿Cómo?

—Esto quería decirle, doctor. Ayer la encontré a Carolita abrazando a su primo Gabriel.

—Son primos, Miss Clary.

—Y el mucamo ¿también es primo?

—¿Qué? ¿Qué dice?

—La encontré en el cuarto del mucamo. En la cama... ¡Si! Ya se lo dije.

¿Qué hacer ahora? Solo, sin mujer, con una hija de quince años que ya rodaba, sin duda, locamente. —¡Herencia de la madre!

—¡Vida perra!

Se extrañó de no pensar en su hijo, ya que la madre y la hija se le iban del recuerdo.

—¡Mi hijo! Lindo regalo de la naturaleza. ¿No habría sido mejor que ese mamarracho del Diablo muriera?

Se refería a Gregorio, su hijo varón, de doce años de edad. ¡Ese si que no podía perderse! Ese si que no gastaría su herencia en las timbas, como Pedrálvez, como todos los jóvenes!... ¡Bonita figura tenía el pobre niño, con su espalda torcida de jiboso, con su boca enorme y desdentada, con aquellas piernas flacas, anquilosadas, secas, de aborto. ¿Para qué Dios admite en la tierra niños fantasmas como Gregorio? Hubiera sido mejor que al nacer, el buque que lo trajo de París, defondara el mar con su quilla y se hundiera.

El juez conocía el caso de un colega suyo. Un caso semejante. Pero ese padre había tenido más talento que él. Una noche dejó caer de la cuna al hijo fenómeno. Le puso el pie encima... ¡Crac! Los huesos... ¡Crac! ¡Y al cielo!

En cambio él, ahora, se veía con aquel espantoso niño. Mudo. Sordo. Un harapo de carne entre sedas...

La fatalidad lo perseguía. ¿Hay alguien detrás de las nubes que castiga a los jugadores, por los cuatro costados?

—¡Maldito juego!

No satisfecho con el derrumbe de la fortuna material, el juego hiere también en su fortuna moral a hombres y a mujeres. Todo se conjura. Ahí estaba él, con varias acusaciones de prevaricato, en un callejón sin salida. Sus colegas empezaban a darle la espalda. Previendo su caída, apartábanse para que el desmoronamiento de la pared no los arrastrara en la caída. Lo

defendieron todos, al principio. Mas, ¡ahora, viéndolo perdido, lo perdían, dejándolo solo...

El hogar, en que él había soñado antes de ser juez, se hundía con todas sus ilusiones. Su mujer actal, era una querida. Coche de alquiler...

Una estrella que cruzó en el cielo abriendo en la obscuridad de la noche una rendija de luz, le trajo una esperanza:

—Acaso, ¿si empezara a reconstruir mi vida?...

Dejaría de jugar. Consagraría sus horas al trabajo decente del juzgado. Teniendo en sus manos la suerte de tantos hombres, trataria de hacer el bien en nombre de las leyes. Obligaría dulcemente a su mujer legítima a regresar de Europa. Le diría:

—Perdóname. Seré bueno. Seré honrado. Y en virtud de mi amor, tornarás a ser pura.

La esposa del Cantar, la Sulamita Pecadora, entraría de nuevo en el nido. La nena, Carola, podría salvarse aún de la vorágine. El niño enfermo se curaría de sus males, como suelen curarse los hijos de los padres honestos.

Una locura de felicidad hizo que el juez reconstruyera sus tiempos futuros, como hacen los católicos fervientes. El alma se le llenó de sol. Sintióse convertido en uno de esos sótanos obscuros de las casas viejas cuando las piquetas de los albañiles han volteado todas las paredes.

—¡Qué dicha! ¡Volver a la paz de la casita proba! ¡Ser hombre nuevo! ¡Tener sol en la carne!

A través de las ventanillas del Casino Flotante, entre el murmullo de las fichas, el juez oyó la voz clara, nítida, pujante del que gritaba:

—¡Rien ne va plus!

Le pareció que el grito brotaba del agua, llamándolo, diciéndole:

—¡Tienes tiempo todavía!

Se trepó en la barandilla de la borda. Como un jugador que sólo espera el «rien 'ne va plus», para arrojar su última moneda por elevación y a la ventura, el juez se echó al agua. Se hundió sin que nadie lo viera, cual una ficha que barre el rastrillo.

El agua, al devorarse al hombre, hizo un dibujo en espirales. Una ola se tragó hasta el último vestigio.

Dos días después apareció el cadáver comido por los peces.

Alguien dijo:

—¡Buena ficha era este pobre juez! (1).

---

(1) Disculpe, señor juez, si lo he pintado tal cual es usted. — El autor.

CAPITULO XIX

¡Los botines!

El palacio Ravela seguía siendo el punto de atracción más divertido del balneario. La campaña emprendida por algunas familias respetables de la vieja sociedad porteña, resultaba estéril. Era imposible destruir de un golpe tantos intereses creados. A pesar de las prohibiciones paternas, las chicas y los chicos acudían a la timba de la generala —¡oh, ilustre general Las Tejas, no salgas de tu gloria! ¡Quédate en tu bronce, frito para siempre!

Para las timberas era más «chic» anidar allí que en el Casino Flotante, refugio de gentes de todos los pelajes.

El filántropo doctor Palomezzo, el gran protector de los niños de Oriente, bajo el hechizo de Laura, se asaba sobre las brasas como un pollo «allo spiedo».

Perdida su fortuna, no tuvo más remedio que echar mano a los bienes de su esposa. Laura y su madre, la digna matrona, eran insaciables.

Una noche, después de perder cien mil pesos de una sola sentada, el pobre Palomezzo se alejó de los salones, siempre con Laura del brazo. Ella lo consolaba de su pérdida. El anciano quería protestar. Indignarse contra las matufias de la timba.

—Vamos, rico. ¿Quiéres divertirte? ¡Vamos a mi cuarto!

Y allí, con besos, intentó calmarlo. ¡Tanto lo cal-

mó que el viejo libidinoso quedó, de improviso, muerto entre sus brazos.

—¡Horror!

Laura llamó a su madre:

—¡Mira!

—¿Está desmayado? Un poco de azahar.

—¡Está muerto! No se mueve. ¡Tócalo!

—No perdamos tiempo. ¡Qué vergüenza, Laura! ¡En mi hogar, en el santo hogar del glorioso patricio!... No perdamos tiempo. Hay que llevar el cadáver al jardín... Diremos que se trata de un suicidio. Un síncope cardíaco. Cualquier cosa...

El cadáver estaba en camiseta y calzoncillos. Entre las dos timberas trataron de vestirlo. Daba miedo vestir ese mármol. Su poca sangre vieja no tardó mucho en enfriarse. Estaba rígido como un palo de escoba.

—Alcánzame los pantalones, mamá.

La anciana generala, antes de ponerle los pantalones al muerto, le revisaba los bolsillos. ¿Y el saco? Las mangas entraron con dificultad. El doctor Palomezzo tenía los brazos en forma de arco, tal como quedara en el último abrazo que le diera a Laura.

—¡Ya está!

Empezaron a levantarlo de la cama para sentarlo en un sillón. Pesaba horriblemente:

—¡Viejo cochino!—gimió la generala.

—¡Caramba, mamá! Nos hemos olvidado de ponerle los botines.

—Cierto. Dámelos.

La vieja forcejaba para que los pies duros y retorcidos de juanetes entraran en los zapatos de charol. Por más ahinco que las dos desplegaron, los pies del muerto no querían entrar.

—Déjame, mamá. Yo se los he de poner a la fuerza.

Tampoco Laura consiguió ponérselos. Transpiraba. Fruncía la boca en el esfuerzo inútil. Los pies del muerto

eran como dos probolones. Se habían hinchado en la fatiga de peregrinar.

—Llevémoslo al jardín, sin botines. Se los dejaremos al lado. Creerán que él mismo...

—Tienes razón.

Tampoco lograron alzarlo. Pesaba y hedía.

—Llamemos a cualquiera para que nos ayude.

—Sí, pero... ¿a quién?

—A Carlos, el «chauffeur».

—No, Laura... ¡Déjate de llamar a los sirvientes! Esa chusma es tan sin honradez que nos denunciaría. Espera. Ya sé...

Mientras la generala salió, Laura sentóse en un sillón, delante del cadáver.

—¡Se necesita ser desgraciado! ¡Venir a morir en mis brazos!

Se puso de pie. Miró el rostro congestionado del doctor Palomezzo, y su rencor al muerto creció de improviso:

—*¡Viejo estúpido! ¡Comprometerme de este modo!*

Sintió ruido de pasos. Era la generala que volvía con el doctor Krunisky, el padre de Celita.

En silencio, entre los tres, cargaron el cadáver y lo sacaron al jardín, dejándolo allí. Huyeron... El viento salado del mar los llenó de alegría.

—¡Qué espléndida noche!—suspiró Laura, mirando a Krunisky.

—Hermosísima.

La generala subía por la pequeña escalera del jardín, rumbo al salón de la ruleta. Laura, del brazo del doctor Krunisky, le decía al oído, con ternura:

—¿Y qué? ¿Pretende usted cobrar su silencio?

—Si usted no se opone...

—¡Usurero!

Y, a espaldas del muerto, Laura echó los brazos al cuello del doctor Krunisky y lo besó en la boca.

—*Entremos en mi cuarto.*

CAPITULO XX

Gente humilde

En los ventanales del «Ocean Club», bajo la rotonda de la Rambla, varios «orejones en caña» tomaban el sol. Eran viejos respetables. Limpitos. Vestidos de crema. Con zapatos blancos. Envejecidos sin trabajar. Ejercitaban una filosofía de asnos o de dioses olímpicos. Sentados en sus estrechos sillones de paja, daban la sensación de bichos de canasto. A cada rato hablaban de moral aguardando los billetitos perfumados donde las mujeres ajenas les daban citas para poblar el mundo. Para despoblarlo...

El doctor Krunisky, padre de Celita, tenía la palabra:

—El país está infectado de malos patriotas. Vale decir, de ácratas... Ahí tiene usted lo que pasó en la Universidad de Buenos Aires, cuando un oficial de nuestro ejército quiso hablar a los muchachos de la necesidad de armarnos para pelear contra el Brasil o contra Chile.

—¿Qué pasó?

—Los muchachos se alzaron contra el militarismo. Y lo peor es que el mismo rector, Ricardo Rojas, y el ministro Sagarna, estuvieron indirectamente de parte de los muchachos. ¿A dónde vamos a parar? El país se pudre por culpa de las ideas juveniles...

—¡Salud, Payo!

El doctor Krunisky se interrumpió para hablar con el Payo:

—Tengo que hablarte, querido.

El Payo acababa de heredar de una tía provinciana, una suma cuantiosa. Cuando las sociedades de beneficencia se enteraron de la herencia, destacaron comisiones de damas para enternecerlo. Una de dichas comisiones, presidida por la ilustre viuda del general Las Tejas,—¡de pie, soldados, que pasa la viuda!,— fué despedida por el Payo con esta respuesta:

—He resuelto no hacer ninguna obra de beneficencia. Soy un salvaje, señoras mías. Me reservaré una suma modesta para vivir en paz y el resto,—doscientos mil pesos,—lo repartiré yo mismo entre los niños pobres que quieran estudiar. Como ustedes oyen, no haré beneficencia. Quiero hacer hombres...

La generala, en vez de ofenderse, tomó una actitud de exquisita cultura:

—¡Siempre loco este Payo! ¿Por qué no nos visita? Hace tiempo que el Palacio Ravela no se honra con sus chistes.

—Iré una noche de éstas.

—Además, necesito hablar con usted, detenidamente, Payo. Quiero proponerle un negocio. Le aseguro un cien por ciento de ganancia.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Qué garantía me ofrece usted, señora?

—¡Pero, Payo! La palabra de una mujer honrada. ¿No le basta?

—Sí, señora. Tráigame a esa mujer honrada y haremos el negocio.

—Perfectamente,—replicó la viuda del ilustre general, con una dignidad muy «chic»—Vendré con nuestra Señora de la Stella Maris...

El doctor Krunisky se apartó del grupo para hablar con el Payo.

—¿También tú,—se atajó el Payo,—piensas proponerme un ángulo en el cielo? Ya conoces mi doctrina, Kru-

nisky. Nuestra aristocracia no necesita obras de caridad. Necesita obras de salubridad...

—No digas macanas, Payo. Se trata de otra cosa. ¿Sabes lo que ha ocurrido anoche en el Palacio Ravela?

—No.

—Se ha suicidado Carlos Las Tejas, sobrino de la generala.

—Lo sabía. Después del suicidio del juez, ahora el del empleado. Es natural.

—Perdió treinta mil pesos que no eran de él. Se apropió de un cheque depositado en el juzgado donde trabajaba.

—Lo sabía.

—¿Sabes, entonces, lo demás?

—Sí. Carlitos dejó una carta donde confesaba haber robado el cheque. ¡Me ha gustado la actitud del muchacho! Con esa carta, Carlitos, alma noble que pecó por culpa del ambiente, ha salvado la responsabilidad de los seis empleados de su misma oficina, sobre quienes recaía la sospecha del robo. Seis buenos padres de familia cuya honradez quedaba en tela de juicio, pues como el cheque robado del expediente era al portador, no se hubiera sabido jamás quién...

—Muy bien, Payo. Pero, imagínate ahora la vergüenza que caerá sobre el honor de la familia de Las Tejas. La carta de Carlitos salva a los seis padres de familia, y hunde el honor de un hogar respetable, de un apellido ilustre. Es de suponer la fruición con que los pasquines van a echar su basura.

—¿Entonces?

—Necesito que interpongas tu influencia con los jueces y con los periodistas. Es menester ahogar el asunto. Quitar del expediente la carta del suicida...

—Oye, querido Krunisky: no me compliques la vida Para arreglar ese asunto, trata de verlo a tu yerno, a Tomasito Pedrálvez...

—¡Bah! No sirves para nada útil.

Al día siguiente, la carta de Carlitos desapareció del expediente. Sobre la honradez de los seis empleados quedó flotando la duda de que fueran ellos los ladrones.

—Es un crimen,—exclamó el Payo cuando lo supo.

—¡Bah! Se trata de gente trabajadora que no tiene nada que perder. En cambio, nuestro honor... ¡La Honra!

CAPITULO XXI

¡Ese es el Amor!

—¡Uffa!

Ataliva decidió huir de Mar del Plata. Sentíase atado a esa gente que pululaba como los ratones, en el lujo de la timba del Palacio Ravela. ¡Cómo envidiaba a esas familias de la verdadera aristocracia argentina, que vivían aisladas en sus casas o en sus palacios, en un ambiente de moral sana y limpia! ¡Cómo admiraba, humildemente, a esos hombres, enriquecidos en el trabajo, que llegaban a viejos, sostenidos, apoyados en sus arados, en sus hijos y en sus nietos!

Ataliva los veía en sus jardines y en sus casas magníficas, como verdaderos soldados de la patria, gozando de su suerte merecida. Era justo que ellos disfrutaran de todas las riquezas y de los honores: *habian trabajado honradamente.*

Al volver a su casita silenciosa de Buenos Aires, asomóse al balcón. Allá, enfrente, en el patio del conventillo, junto a las macetas, vió a Julieta, la dactilógrafa, sentada con un recién nacido entre los brazos, dándole de mamar.

—*¡Un hijo!*

A su lado, el marido, Romeo, enamorado como en el tranvía, miraba sonriendo a la mujer y al ángel.

—*Ese es el amor.*— se dijo Ataliva.

Cerró el balcón como apretándose el alma en la rendija:

—«¡Ese es el Amor!»

Aquí termina

"Las Timberas"

(Carátula del artista León Bouché)

DACTILÓGRAFA

(CUENTO)



Nelly lanza una proclama

¡Me tengo una lástima!... ¿Qué hago frente al espejo? Ya sé que soy bonita. Ya sé que podría hacer la felicidad de algún muchacho pobre, pero honrado... ¡Lindo porvenir el que ofrecen a las mujeres esa numerosa estirpe de jóvenes laboriosos que llegan a la vejez sin haber salido nunca de su brillante porvenir! Antes que casarme con un pobre, prefiero entrar de monja... Al fin, las mujeres que se consagran a Dios siguen amando con ardor de mujeres. ¡Qué injusticia de la naturaleza! Si yo hubiera nacido en una familia rica, con vinculaciones sociales, mis pretendientes serían también ricos y decentes. Pero, nacer linda, nacer hermosa en una casa humilde, donde las hijas se avergüenzan de que el padre venda escobas y plumeros por la calle, es una desgracia. Es una angustia horrible... La culpa es de papá. O mejor dicho: de las ideas modernas. Ese afán de los padres pobres que pretenden elevar el nivel intelectual de sus hijas, es un crimen. Nos mandan a la escuela. Nos obligan a refinar nuestra inteligencia. Nos ponen en contacto con todas las bellezas de la vida. Nos hacen adquirir una cultura superior que despierta en nosotras el ansia del lujo. Y, luego, nos dejan en la calle, en el «empleíto», expuestas a envejecer o a pervertirnos.

«¡Vamos a ver! ¡Qué levante la mano el hombre joven y rico que quiera casarse con la hija del escobero! ¡Vamos, ánimo! Yo soy la hija del escobero y ofrezco mi título de dactilógrafa y, sobre todo, ofrezco mi be-

lleza, mi virtud, mi cultura, mi elegancia de diez y ocho años, al primer hombre joven y distinguido que quiera casarse conmigo. Yo me comprometo a serle fiel. Yo me comprometo a adorarlo. Nuestro nido de amor, lleno de pajaritos, será el más honesto y el más apacible sueño de virtud que haya soñado un santo».

Nelly encuentra un amor puro

Ningún hombre rico, joven y decente respondió al llamado de la virtuosa Nelly. Pero, enamorado locamente de ella, Carlos Chaide, compañero suyo de oficina, le escribió una carta apasionada:

«Señorita Nelly: Ya habrá observado usted que mi amor la persigue desde hace tres meses, sin que me haya atrevido a confesárselo. He tardado en hacerle esta confesión a la espera de que la esperanza que cifro en mi brillante porvenir de hombre honrado, se convirtiera en realidad. Aguardaba un aumento de sueldo. ¡Ah!, usted bien sabe que el jefe de nuestra oficina es un canalla. Sin duda, ha descubierto mi pasión hacia usted. Tal vez no he podido esconder a sus ojos de sátiro, la inocente y pura pasión que usted me inspira. ¡Y el señor García se ha vengado!... ¿Qué me importa? Su venganza no hará más que embellecer de sacrificio, el amor que me enloquece brutalmente. ¡Oh, Nelly! ¡Cómo la quiero!... ¡Ayer, cuando usted se fué de la oficina, he besado el sitio donde usted apoya las manos, esas manos divinas que parecen dos lirios!... ¡Ameme usted!

¡Nos casaremos y seremos dichosos! El amor no entiende de riquezas. ¡Nuestro nidito, tejido con besos de amor, será un palacio fantástico donde sólo vivirá la alegría!»

La carta de Carlos Chaide terminaba con una «P. D.—He comprado un billete del millón».

—¡Pobre muchacho!—exclamó Nelly.—¡Pobre juventud que vive de esperanzas! ¿De qué valen los encantos juveniles, si sólo se apoyan en las ilusiones de la lotería?

Estrujó entre sus dedos nerviosos la carta amatoria de Carlos. Y siguió pensando:

«¡La alegría del amor en los hogares pobres! Ya la conozco... Papá y mamá, siendo muchachos, se amaron así. Mamá era linda, más linda que yo. Papá, era un mozo gallardo, pleno de energías. Se casaron. Construyeron un nido de amor. Pero, al correr de los años, sin que el amor muriera, las penas de la vida miserable, las penurias del pan, hicieron de aquél nido una pobre casa maldita. Mamá, siempre llorando en los rincones. Papá, volviendo del trabajo rudo. Regresaba cansado, triste, roto, deshecho... Mis hermanos y yo, furiosos, hastiados de nuestro destino. Y lo que es peor, lo que es más horrible: la vergüenza del barrio:

—¡La hija del escobero!

Y Nelly arrojó al suelo la carta apasionada.

Otro amor, pero turbio

Señorita Nelly...

—Voy, señor.

Acudió presurosa, con su inquieta agilidad de blusita de seda.

El jefe cerró la puerta.

—¿Señor?

—Oiga, señorita Nelly...

El señor García había sido español. Pero, cuarenta

años de América y la mucha plata criolla que tenía lo transformaron poco a poco en argentino:

—Nosotros, los criollos... ¿Sabe, señorita?...

Era un solterón empedernido. Gordo y elegante, poseía todas las condiciones necesarias para ser un imbécil respetable. Aficionado a las mujeres, no estaba acostumbrado a tratarlas socialmente. Ignoraba el dominio de las «nuances» con que el verdadero Don Juan conquista a las mujeres.

El mismo decía en el club:

—¡Yo soy así! En cuestiones de amor, me voy al grano. ¿Para qué perder tiempo en madrigales?

Ahora, frente a Nelly, no sabía cómo dar comienzo a su conquista.

—¿Cuánto gana usted, señorita Nelly?

—Ciento veinte pesos, señor García.

—¿Le gustaría a usted ganar trescientos? ¿O cuatrocientos?

—¡Oh, señor García!

Toda Nelly temblaba. ¡Cuatrocientos pesos de sueldo! Con esa suma se puede adquirir el derecho a comprar la calle Florida sin quitarle la torre de Güemes. ¡Cuatrocientos pesos! ¿Y por qué no?

Nelly cerró los ojos para construir por dentro un nuevo mundo. Mamá ya no estaría triste en los rincones, con los pies en las cenizas del calentador, como si aquellas cenizas tibias fueran las esperanzas de papá. Papá, ya no avergonzaría a sus hijos, saliendo de mañana, muy temprano, a gritar por las calles:

—¡Pluuuumerero!

Nelly sonreía con los ojos cerrados. La boca deliciosa—corazoncito rojo—le palpitaba y tuvo que morderse los labios para despertar.

—¡Qué linda es usted, Nelly!

El señor García había tomado entre sus manos las

de Nelly. Acariciaba, voluptuosamente, aquellas flores. «Lirios», decía Carlos...

Al principio, Nelly dejóse acariciar las manos sin comprender la psicología del señor García. La sorpresa de su felicidad—¡cuatrocientos pesos de sueldo por mes! — le hizo creer que era ella la que ¡había tomado las manos del señor García para acariciárselas en homenaje de gratitud al hombre bueno y noble.

Entretanto, el señor García, engañado por la docilidad con que Nelly se dejaba besar los dedos, quiso acercar sus labios a los de la niña. Nelly dió un grito. De repente, había comprendido la intención aviesa. Echóse para atrás, defendiéndose con los puños...

La puerta de la oficina abrióse con rabia. En el umbral vió Nelly a Carlos Chaide. El muchacho se abalanzó sobre el señor García y ambos se trenzaron en una lucha violenta. Nelly asistía al espectáculo temblorosa de espanto.

—¡Canalla¡—gritaba Carlos.—¡Vas a morir en mis manos!

El señor García exhalaba sonidos guturales pidiendo socorro, pero defendiéndose y atacando también. Retrocedía, como queriendo acercarse a la mesa en cuyo cajón, posiblemente, el destino había puesto el arma que los novelistas necesitan al final de sus obras.

Carlos comprendió, sin duda, que estaba perdido. Dejó de pegar con los puños y sacó su revólver. Apenas pudo descerrajar dos tiros contra el señor García. El cuerpo del jefe cayó de espaldas, largo a largo...

¿Qué sucede?

Todos los días, después de la oficina, Nelly pasaba por el sanatorio. El señor García no había muerto. Gravemente herido, pudo salvarse porque Dios es así. Parece médico. No se puede contrariar a la naturaleza...

—¿Cómo sigue, señor García?

Para el señor García, esa visita inesperada de Nelly —el primer día que la vió junto a su cama—fué como un techo que se abriera de improviso mostrándole las estrellas.

—¿Usted aquí, Nelly?—le había dicho en aquella ocasión.

Estaba flaco y color de ladrillo.

—Vine a enterarme de su salud, señor García.

—¡Oh, señorita! Después de lo que ha pasado ayer entre nosotros, su presencia aquí es incomprensible. Yo he sido con usted una mala persona. ¡Déjeme, por favor! Tengo vergüenza de verla...

—¿Vergüenza? ¿Y por qué?

—Cierto. Yo no debo avergonzarme de quererla. Hice lo que hice ciego de pasión... Pero ¿cómo puede usted perdonarme? Por mi culpa, ha perdido usted para siempre el amor de un hombre joven y honrado. Váyase, señorita Nelly. Siga usted amando a Carlos Chaide. El pobre muchacho permanecerá poco tiempo en la cárcel. Yo no he querido declarar todavía. Diré a la justicia que me atacó en defensa propia. O diré que mostrándome un revólver, escapósele un tiro... ¡Pensaba mandarlo a la cárcel para toda la vida! Que se pudriera en la penitenciaría... Pero, no puedo. La bondad suya al visitarme, me ha contagiado de ternura. Carlos Chaide recobrará su libertad. Podrá usted casarse con él. Serán felices...

El señor García, boca arriba, sin poder casi moverse

a causa del vendaje, escondió la cara bajo la sábana. Lloraba como un chico.

—Cálmese, señor García. Su noble corazón también me ha contagiado. Cálmese...

Entonces, bajo esa melodía, el herido se descubrió la cara. Tendió la mano a Nelly, en silencio.

—Hasta mañana, señor García. Volveré mañana. Lo encontraré mejor...

El la vió partir y sintió en torno suyo la tristeza dulce de un barco que se hunde como un terrón de azúcar.

Sonreía

El señor García había declarado en favor de Carlos.

El detenido fué puesto en libertad. Volvió a su empleo, avergonzado y triste. Saludó a los compañeros con una leve inclinación de cabeza. Al pasar junto a la mesa donde trabajaba Nelly, murmuró:

—Buenos días, señorita Nelly.

—Buenos días—le contestó ella sin mirarlo, con una indiferencia que el muchacho recibió como cuatro tiros en el pecho.

A la hora del almuerzo, cuando todos los empleados se marchaban, Carlos Chaide aproximóse a Nelly, que se hundía un delicioso chamberguito negro en la rebelde melena de oro:

—¿Señorita Nelly?...

—¿Qué?

Ella lo miraba fría—fríamente,—como si se tratara de un asunto de oficina.

—No sea cruel conmigo.

¿Acaso no he dado pruebas de mi amor por usted? ¿Acaso no fuí yo quien expuse la vida para librarla de

las garras de ese libertino? Así como pude defenderme a tiempo, él pudo matarme. Y todo por usted, Nelly...

—Sí, Carlos, se lo agradezco. Seremos buenos amigos. Buenos compañeros. Nada más.

—¿Nada más? Pero, entonces, ¿su corazón es tan duro, tan hueco, tan vacío que no comprende la inmensidad de mi pasión?

—Hablemos con claridad. Pensemos con honradez, Carlos. Yo comprendo que usted me estima sinceramente. Muchas veces he pensado en mi casa, que yo debía corresponder a su cariño, porque usted es un hombre que me quiere como debe quererse... Pero, yo no puedo tratarlo más que como a un amigo. Los hombres creen que el hecho de enamorarse de una mujer, obliga a la mujer a corresponderle ciegamente. Son los viejos prejuicios, Carlos, de cuando las mujeres no eran libres, de cuando para casarse necesitaban esperar que el novio fuera impuesto por la sagrada voluntad de los padres. Ahora, el mundo ha cambiado. El trabajo nos ha dado a las mujeres el derecho de elegir el marido que nos guste...

—¡Uf! Las mujeres son todas como usted—exclamó Carlos haciendo un gesto de repugnancia.

—No diga eso, Carlos. No piense lo que dice...

—¡Oh! ¡Ya me imagino el porqué de su negativa!

—Tal vez se lo imagine...

—Sí, sí, sí—gritó Carlos nerviosamente,—me lo imagino. Usted está convencida de que es linda, presiente que los hombres la codician. Usted está segura de que va a encontrar hombres para elegir. Pero sepa usted que el destino de la mayor parte de las mujeres pobres y demasiado lindas, es caer por el dinero en brazos de algún viejo asqueroso, como el señor García, o en brazos de un hombre joven y sin plata. Son los dos únicos caminos... Ahora, si usted pretende encontrar un hombre joven y rico, ése no querrá casarse porque usted

será siempre para él, «la hija del escobero» como la llaman en su barrio...

—Hemos terminado — gritó indignada Nelly.

—Sí. Hemos terminado. Pero falta...

Violentamente Carlos tomó en sus brazos a Nelly. La estrujó contra su pecho. Y aprovechando la soledad del escritorio la levantó en el aire y comenzó a besarla como un fauno, golosamente, sobre los párpados, en la boca, en la nariz, en las orejas, rompiéndole el vestido.

Nelly no dió ni un grito. Sonreía...

—¡Carlos!

"¡Ay, qué rico!"

Dejemos a Carlos...

El señor García — el viejo solterón — creía vivir un idilio de amor novelesco. No se explicaba aquella repentina suerte que llovía de los cielos. Sentirse amado de aquella manera por Nelly, era más que un sueño...

Al salir del sanatorio se había hecho trasladar a su lujosa casita de aventuras, en Palermo. Un día mientras leía al lado de la estufa, el viejo mucamo español vino a decirle:

—Señor García: una señorita pregunta por usted.

—¿Una señorita?

—Sí, señor.

—¿Joven? ¿Vieja? ¿Rubia? ¿Negra?

—Un ángel, señor García. ¡Un ángel!

—¿Eh? Que pase...

Era Nelly. Entró como un rayo de sol, extendiendo las dos manos enguantadas hacia el señor García.

—¡Señorita Nelly! Tanto honor para mí...

Nelly se reía a carcajadas. Iba y venia por la habi-

tación examinando los cuadros, las figuritas de Tanagra, los floreros y jarrones de las repisas de estilo colonial. Hablaba nerviosamente. Formulaba preguntas y, sin aguardar las respuestas del señor García, hacía nuevas interrogaciones. De pronto, en medio del saloncito, juntando las dos manos, exclamó:

—¡Qué lindo! ¡Qué delicioso ha de ser vivir entre tantas obras de arte y sobre tan ricas alfombras! ¡Qué gloria sentirse acariciada por la ternura de tantas riquezas!

El señor García de pie, junto a ella, reía, dichoso, rejuvenecido con el roce de la muchacha rubia, menudita y suave.

—Quítese el abrigo, Nelly. La estufa está encendida... Al salir puede resfriarse.

—Bueno.

El mismo señor García la ayudó a quitarse el tapado de paño. Un abrigo muy humilde, de dactilógrafa, con la piel de los puños y del cuello gastada, vieja. Un hálito de perfume, de juventud, de primavera, de jardín, hizo cerrar los ojos del señor García.

—¡Qué linda que está usted, Nelly!

—¡Vamos, señor García! No sea zalamero.

—¡Divina! Es usted divina...

(Media hora de suspiros suspensivos).

Cuando el mucamo acudió al llamado del señor García, éste le dijo solemnemente.

—Pondrás dos cubiertos en la mesa. ¿Qué tienes para darnos de comer?

—Una mayonesa. Un...

—¡Ay, qué rico! — dijo Nelly.

—Arroz a la valenciana.

—¡Ay, qué rico!...

—Pollo...

—¡Ay, qué rico!.

El señor García interrumpió el menú para decir:

—Pon una botella de champaña.

Cuando Nelly vió desaparecer al mucamo, se echó en los brazos del señor García:

—¡Ay, qué rico! Yo no me voy más de esta casa. ¡Nunca! ¡Tuya para siempre, tesoro!

En el cielo

El señor García recibió una herencia. Un pariente lejano—de esos parientes que trabajan toda su vida para enriquecer a un haragán—murió dejándole medio millón de pesos.

—Soy rico—pensaba el señor García.—Y es una lástima que a los cincuenta años me llegue esta fortuna que, a los veinte años, me hubiera sido de tanta utilidad. No importa... Por suerte no me siento viejo todavía. La presencia de Nelly en mi vida, es un sol que puede tanto como Mefistófeles. Disfrutaré con ella mi dinero...

Fué entonces cuando Nelly comprendió que ser pobre es una porquería. ¿Cómo pueden vivir las muchachitas de Buenos Aires en esa miseria vergonzante de zapatos de charol, de medias de seda y de café con leche? Horrible destino el de esas deliciosas muñequitas que se pasan la mitad de la vida trabajando en las tiendas o en las oficinas de las grandes empresas y la otra mitad viajando, como sardinas, en el tren, en el ómnibus, en el subterráneo...

—¡Oh, el dinero! La felicidad...

¡Qué bien había hecho Nelly al renunciar al amor de ese pobre Carlos, que sólo le ofrecía su pobreza!

Sus padres y sus hermanos se indignaron, al prin-

cipio, al saberla perdida para siempre. Lloraron frente a la silla vacía. Evaristo Carriego asomóse una noche por el ojo de la cerradura y contempló la tristeza del cuadro. La familia que espera, sin esperanza, la llegada de Nelly. La inquietud febril del escobero y de los hermanitos:

Los tiene preocupados y tristes la tardanza
de la hermana. Los niños no juegan con el gato,
ni recuerdan ahora lo de la adivinanza
que propusiera alguno para pasar el rato.

De vez en cuando, el padre mira el reloj: Parecen
más largos los minutos. Una palabra dura...
no acaba. Las muchachas, que cosen, permanecen
calladas, con los ojos fijos en la costura.

Las diez, y aun no vuelve. Ya ninguna desecha,
como al principio, aquella dolorosa sospecha...
El padre, que ha olvidado la lectura empezada,

enciende otro cigarro... Cansados de esperar
los niños se levantan y sin preguntar nada
dicen las buenas noches y se van a acostar.

Después, vino la mentira piadosa para apagar los murmullos del barrio:

—¿Nelly? Ah, sí... La pobre se enfermó. Hubo que mandarla al campo. Una señora muy virtuosa se condolió y la llevó a su estancia.

—¿Dónde?

—Lejos. Allá...

Después, más vergüenza que al principio. Un pillete del barrio trajo la noticia que corrió de conventillo en conventillo, de casita en casita, de mofa en mofa:

—¿Sabés? La hija del escobero... En un lujoso «Lincoln, paseando por Palermo. Con un viejo... Ella, un

ángel lleno de brillantes. Bajó en el lago para pasear y toda la gente al verla tan linda y tan pomposa, la miraba con admiración y con envidia. ¡Qué puerca!

Los hermanos quisieron matarla. Uno de ellos, Alberto, imbuído de ideas de Lenín, era el más agresivo. Vivía en los rincones del patio masticando su odio a la hermanita.

—¿Qué hacés ahí? Tomá la sopa.

—No quiero.

—Vení, bobo. ¿Qué ganás con afligirte?

El muchacho, silencioso, trágico, se acercaba a la pobre mesa donde los chicos y los dos viejos comían en silencio también.

—Mañana—dijo el padre por decir algo—va a estallar la huelga.

—¿Por qué?

—Por Sacco y Vanzetti.

—¿Los matan?

—Sí.

—¡Asesinos!—murmuró Carlos mordiendo la sopa.

—¿Asesinos?

—Sí, papá. ¡Asesinos! Esos jueces son asesinos porque van a matar a dos hombres inocentes.

—Pero no está probada su inocencia.

—Por eso digo que son inocentes. Cuando no se puede probar su inocencia es porque tampoco puede probarse su culpabilidad.

—¡Bah! ¡Bah! El mundo es así, Alberto—repuso el escobero.—Los poderosos juegan con la inocencia. Los ricos compran...

Se detuvo como si estas palabras evocaran en su memoria la imagen de su hija. Un sollozo le vibró en la garganta.

—¡Ah, los ricos!—gimió Alberto y arrojó la cuchara sobre la mesa. Se puso de pie, dispuesto, así, de improviso, a matar a Nelly y al señor García y a todos

cuantos fueran los culpables del agua roñosa que había caído sobre la familia.

—¡Alberto!

—¡Dejame, papá! Estoy harto de...

No concluyó la frase. Un golpe recio en la puerta de calle distrajo su atención. ¿Quién sería? A esa hora...

Una carta de Nelly, con un mensajero del «Jockey Club».

—¿Recibo? Firmale el recibo, Alberto.

Y mientras Alberto firmaba inconscientemente, el escobero abría el sobre.

—¡Un cheque!

—¡Puerca!—masticó Alberto.

—Leé la carta—atrevióse a decir la madre.

—¡Veinte mil pesos!—murmuró el escobero con el cheque entre los dedos temblorosos.

—¿Veinte mil pesos? Rompé ese cheque, papá.

El viejo estrujó el papel con rabia. Lo partió en dos pedazos y los arrojó bajo la mesa.

Entretanto, la madre tomó la carta de Nelly y leyó:

—«Queridos míos:

—¡Puerca!

—No me interrumpas, Alberto...

«Queridos míos: soy muy feliz. La dicha de los padres debe consistir en ver a sus hijos felices. ¡Alégrense! Después de tantas miserias, después de tan amargas penas e injusticias como hemos sufrido, Dios se compadece de nosotros. Ahí les mando ese cheque por veinte mil pesos. Papá; tú podrás cobrarlo en el Banco y hacer de esa suma lo que te convenga. Cuando se les acabe, no tienen más que decírmelo. Yo siempre los quiero con el mismo cariño puro de mi inocencia. De buena gana hubiera ido a llevarles en persona el dinero. No he ido por temor a que no comprendieran mi conducta. ¡Tengo, ¡Dios mío!, tantas ganas de besarlos a todos! ¡Ay, mamita,

cómo extraño tu tristeza en el rincón del comedor, zurciendo medias! Y, a ti, viejito querido, que volvías con tus escobas y con tus plumeros, souriéndome al llegar, a pesar de la angustía de tu cansancio... Y, a todos ustedes, hermanitos buenos y, entre todos, a ti, Alberto, que mereces ser rico porque tienes ideas de perdón y de ensueño...»

(Silenciosamente, Alberto se agachó. Recogió los dos trozos del cheque y los puso en la mano de su padre. Aquella noche, todos soñaron que andaban por el cielo...)

La mujer y la piel de un león de talabartería

—Oye, García. Necesito...

—¿Qué, preciosa?

Nelly pedía y pedía. El pobre señor era dichoso complaciéndola en todo. ¿Qué otra cosa iba a hacer? ¿Acaso no era rico? ¿Acaso Nelly no era para él la felicidad vestida y desnudada por los dioses?

—Sí, rica. Sí, todo cuanto me pidas...

Entonces ella atrevióse a pedirle:

—Me falta un poquitito así, como la uña, para que mi dicha sea perfecta.

—Habla—y le cerró la boca con un beso.

—¡Malo! No vas a querer...

—¡Pero cotorrita! ¿No te he dado cuánto me has pedido? ¿Quieres que te ofrezca lo que el Tetrarca brinda a Salomé en la tragedia de Oscar Wilde? ¿Qué es lo que me pides, Salomé? Pídeme lo que quieras. He jurado que te daré lo que tú ansíes. ¿Quieres la mitad de mi reino? ¿Quieres mis pavos blancos? ¿Quieres mis berilos, mis zafiros, mis calcedonias? ¿Qué me pides, princesa? Habla y te daré lo que me pidas...

—Bueno, rico. Pero no creas que, como Salomé, voy a decirte: «¡Quiero la cabeza de Jokanaán!»

—¿Entonces?...

Nelly se puso de rodillas sobre un cuero de león, a los pies del señor García. Le tomó las manos, mimosamente, y metió la cabecita rubia entre esas manos como haciéndose un nido. Desde allí murmuró:

—¿Sabes lo que quiero? Quiero que nos casemos. Quiero regularizar mi situación.

—¿Eh?...

—Sí, rico mío. Lo único que me falta para ser feliz, es ser tu mujercita. Así el mundo no ha de mirarme con el desprecio con que me trata siendo tu amante.

—Pero tontuela. ¿Estás loca? Bonitos disparates hay en ese delicioso cerebro de aserrín. ¡Preciosa! ¿Crees tú que una ley nos hará más felices? ¡Qué pobre idea tienes de la paz doméstica! No, Nelly. Sigamos nuestra vida, que es encantadora. Nada va a faltarte a ti ni a los tuyos. Ya has visto que no he titubeado ni un momento en darte el dinero que me has pedido para los de tu casa. ¡No faltaba más! Para mí es un goce saber que cumples tu noble deber de hija cariñosa...

De improviso, mientras Nelly callaba en un gesto de congoja desalentadora, el señor García tuvo un sobresalto. Una duda...

—¿Cómo? ¿Acaso—le dijo el señor García—tu amor hacia mi es un simple negocio de comodidades? ¿Acaso no me quieres por amor a mi amor?

—¿Para qué dices esas feas palabras, rico mío?

—Naturalmente. ¿No te creerás feliz hasta que no legalice nuestra situación? Eso significa que temes... Es decir, te preocupa el porvenir. Si yo muero, mi herencia...

—¡Eso sí que no!

—Sí, mujer. Todas son iguales. Pues bien: ¡No! ¡No y no!...

Nelly enmudeció. Lo miró en los ojos con tanta pena de haberlo ofendido, que el señor García la tomó en los brazos y la besó en la boca, diciéndole:

—¡Pobre gatita mía! ¡No vuelvas a pedirme más esa tontera!...

Paralelamente

Nelly había ido a tomar te a un salón de la calle Florida. El señor García estaba ausente. La herencia de su tío había aumentado con las acciones de un Banco creado en el Rosario para proteger a los agricultores. Los campesinos habían perdido la cosecha a causa de la sequía, pero el Banco aumentó sus dividendos. A esta clase de operaciones se llama progreso... El señor García había ido al Rosario para vender todas sus tierras y fundar dos o tres bancos más

Un caballero muy elegante pasó junto a la mesa donde Nelly revolvía su pocillo de te. Volvióse para mirarla.

Nelly, sin alzar la vista, acostumbrada a la admiración que su belleza y su elegancia hacían arder en los ojos de los hombres, continuó revolviendo su te.

—¡Nelly!—exclamó el caballero.

—¡Oh! ¿Usted?

—Yo... ¿Me permite?

—Sí, Carlos... Siéntese.

Era Carlos Chaide, su antiguo compañero de oficina. El primer hombre que...

—¡Pero qué bien que está usted, Nelly!

—Y usted también, Carlos. ¿Qué ha sido de su vida? ¿Siempre allá?...

—¿Allá? ¡Qué esperanza! ¿Cree usted que mi destino era vivir encerrado y pobre en aquella oficina, con aquellos compañeros tan decentes, tan bondadosos, que esperaban verme cometer una falta para correr a decírsela al jefe y detenerme en mis ascensos? Buena gente sí, muy honrada. ¡Honrada como los gauchos valientes que matan a sus colegas dándoles puñaladas en los riñones!

—¡Qué gracioso! ¿Entonces?...

—Salí hace tiempo de la oficina.

¿Y?

—Y...

(Titubeaba.)

—Dígalo no más—agregó Nelly, mirándole el anillo de nupcias.—¿Se casó, Carlos? ¿Con una mujer rica?

—Sí.

—¿Feliz?

—La vida es complicada. No hay felicidad completa.

—Cierto.

—Y usted, Nelly, ¿también se...?

—¿Si usted lo sabe, Carlos, para qué me lo pregunta? ¡No! No me casé... Pero García es bueno. Me trata mejor que si fuera su esposa...

—A veces, Nelly, es preferible. ¡Si usted estuviera al corriente de mi situación! Me casé con una viuda...

—¿Anciana?

—En vísperas. Es buena moza y tiene de su primer esposo media provincia.

—¡Maravilloso!

—No me parece... ¿Qué hacer con tanto dinero? Yo administro los bienes. Ella tiene plena confianza en mí.

—¿En todo?

—Ahí está el inconveniente. Tiene plena confianza en mi honradez de administrador. Me desconfía en lo demás...

—¿Qué es «lo demás»?

—Amor.

—¿Y hay... «amor»?...

—Sí.

—¿Quién? ¿Alguna artista?

—Peor.

—¿Quién?

—Usted, Nelly. ¡Usted, que ha secado en mí todas las fuentes del amor, para dejarme el suyo, como un dolor, para siempre!

—No sea usted loco, Carlos. ¿Cree usted que me chupo el dedo?

—¡Ah, si usted supiera, Nelly! La rabia de mi mujer es ésa... No puede pescarme en ninguna aventura de amor y, sin embargo, sospecha el origen de mi tristeza. Ella sabe que tengo en el alma algo que no le pertenece. Sabe que es dueña absoluta de mi vida, como se sabe dueña de sus vacas, de sus novillos, de sus automóviles y de sus palacios. No ignora que con su dinero hace de mi lo que quiere, pero su poderío se estrella contra una roca: no encuentra en mí el amor que todas las mujeres buscan en el hombre adorado. Y la culpa es de usted, Nelly...

—¿Mi culpa? Han pasado tantos años, Carlos, que usted debe haberme olvidado.

—¿Olvidado?

Ambos permanecieron largo rato mudos como el mantel, como las tazas, como las cucharillas. El salón que los rodeaba, se diluía en la gracia inesperada de aquel encuentro. Toda la exterioridad de la gente, yendo y viniendo, la música con el «jazz-band» de Wágner, los camareros, los cuchicheos, las luces y las mesas, todo era para Carlos y Nelly un mundo de sombras que palpitaba en torno de ellos, como el aire alrededor de un nido.

El amor egoista del hombre

El buque andaba.

—¿No habremos hecho un disparate?

—Tal vez, Nelly. ¿Pero a qué suponer que hubiéramos sido felices de otro modo?

—Tienes razón, Carlos. Por mi parte, no me duele haberlo dejado a García. Al fin y al cabo, aunque él sufra por mi abandono, se lo tiene merecido. Varias veces le pedí y le rogué que formalizara nuestra situación. No quiso. ¡Qué se embrome! ¿Con qué derecho podía sujetarme a su lado? ¿Por amor? ¡Bien tonto ha sido si creyó que una muchacha de mis condiciones iba a enamorarse de un viejo como él! Me sacrifiqué con gusto a ser su esclava durante cinco años, por la propia satisfacción de no perderme para siempre en la miseria, en el trabajo sin recompensa, en la fealdad de la pobreza. Me sacrifiqué por los míos, que eran merecedores del bienestar que ahora disfrutan...

—Ya ves, Nelly, que en la vida las cosas se arreglan con la inteligencia y no con el amor...

El gran transatlántico cruzaba el océano. Sentados en el «promenoir», cubiertos con sus mantas de viajes, Carlos y Nelly miraban a lo lejos el horizonte que, a veces, se confundía con la barandilla. Ambos habían echado al mar sus prejuicios en procura de una dicha perfecta. Ya ni siquiera recordaban el pasado. Para Carlos, la viuda era un buque que se desliza junto al nuestro, esfumándose, borrándose, perdiéndose. Para Nelly, el señor García con su pasión reumática y asmática, era «un señor García»... El pasado no existía para Nelly ni para Carlos. El futuro tampoco existía. ¿Y el presente? El presente era un buque que andaba con rumbo a Inglaterra...

—¿Esta será siempre la vida? Luchar para vencer. Y luego... Andar. Viajar. Shakespeare...

¡Tanto se habían besado los dos enamorados que, perdida la novedad del beso, besarse era tan triste!...

—Tú no me besas, Carlos, con la pasión de los primeros días—le dijo cierta noche Nelly en la intimidad del camarote.

Y un día Nelly descubrió una grave verdad. Carlos la besaba con apasionamiento los días en que algún pasajero audaz intentaba flirtear con ella en el salón, cuando el mismo Carlos sentíase acariciado por las palabras de alguna otra mujer.

Quiere decir—pensó Nelly,—que el hombre no ama por su propia inspiración. Es tan egoísta que ama por egoísmo, de afuera para adentro...

Esa noche Nelly lloró.

Una carta

Después de dos meses de permanencia en París, ya la enorme ciudad cómica y aventurera les molestaba en la piel como una enfermedad. En las primeras semanas anduvieron juntos, visitando los «cabarets», comiendo en los restaurantes a la moda, tangueando en el «dancing»... Después, a él se le ocurrió ir a Londres.

—¿Vamos, Nelly?

—¿A Londres? Yo no voy... Andar por Londres sin saber inglés, es como comer caracoles sin haber adquirido aristocracia.

—Yo tengo muchas ganas de estarme dos meses allá.

—No dejes de ir.

—¿Y tú?

—Yo me quedo en París. Ya conozco bastante las llaves de esta gran ciudad, donde la gente se saluda, como dice tu amigo Rusiñol, con la plata en la mano...

—Tiene gracia.

En Londres, Carlos recibió una carta de Nelly:

«París, 4 de enero.

«Mi Carlos: Somos dos fracasados de la vida. Los dos nacimos pobres, con la enorme desgracia de no saber conformarnos con nuestra melancolía. Hemos querido «corregir por cuenta propia la obra de la divinidad», como dice tu amigo Rusiñol. No hemos podido llegar a la felicidad por los medios legales. Tú me has amado, lo sé, mientras desperté en tu carne el ansia de lo desconocido. Quizá me hayas amado «para siempre», antes de que yo cayera en los brazos de García. Pero como me «recobraste» después de haber caído, me amaste con amargura, como se aman con rabia las joyas que nos roban... Anoche tuve un momento de soledad. Te juro, por mi santa madre, que no pensaba engañarte. Fué culpa del reloj. Culpa de ese maldito cuarto de hora que me sorprendió en mi habitación, sin ti a mi lado Sin nadie que me protegiera de mi misma. Sin nadie que me librara del vacío que sube de la nada y se apodera del alma femenina como una garra, como una sed, como un hambre desesperada de morir en amor...

«—Buenas noches—oí que por la rendija de la puerta decía tu amigo Rusiñol.

«—Adelante, Rusiñol.

«Y fué todo, querido Carlos. Tu amigo Rusiñol habla, sueña, piensa con una voz tan rara, tan de boca a boca... Si los claros de luna de Beethoven hablaran, hablarían como tu amigo Rusiñol me habló en aquel cuarto de hora fantástico, increíble, delicioso. Y... me voy con él a Italia. A cualquiera parte. Adonde pueda hallarle al amor un matiz nuevo. Un sabor no gustado... Adiós.

«Nelly».

Telón

—¡Carlos! Al fin te veo...

—¡Viejo Rusiñol!

—Supongo que no me guardarás rencor.

—¿Por qué?

—Hombre, por el asunto de Nelly. Yo necesito explicarte.

—No me expliques nada. ¡Lo comprendo! Tengo mucho mundo recorrido. Todas las calles del mundo las tengo en mi interior... Supongo que serás feliz con Nelly.

—¿Feliz? Fuimos felices. Ya no lo somos...

—¿Qué?

—¿No sabes lo que pasó? Una delicia... Nos fuimos a Italia a vivir en paisajes de cinematógrafo. Pinté muchos cuadros que verás en mi próxima exposición de Barcelona. Pero la pobre Nelly se aburrió... Tú la conoces mejor que yo. Hay en el fondo de su corazón de muñequita, una sed insaciable de niño que busca en el mecanismo de sus juguetes un corazón que consagre para ella—para ella solamente,—su sístole y su diástole... Hoy un juguete. Otro mañana....

—¿Y qué ocurrió?

—En Italia, bajo aquel cielo de barítonos, dentro de aquellas ciudades pecadoras y cristianas como Roma, ¿qué le puede ocurrir a una criollita rubia, elegante y hermosa? Un conde. Un príncipe... A Nelly «le ocurrió un príncipe», de esos que coleccionan abanicos.

«—¿Son lindos sus abanicos?—preguntó Nelly.

«—Estupendos. Magníficos. Tengo uno que perteneció a Lucrecia Borgia. Tengo otro que usó Cleopatra...

«—¡Cómo me gustaría verlos!

«—Encantado, señora — le repuso el príncipe.

«Y bajando la voz, con esa voz musical que tanto se parece a la de los personajes de Rubén Darío, le dió la dirección de su palacio:

«—Corso Umberto... ¿Irá? La espero. A las tres...

«En Roma todas las citas se dan a las tres de la tarde. Es la hora de la pasión...»

—¿Y Nelly fué, seguramente? No me cuentes lo demás. Ya me imagino. Se habrá quedado con el príncipe, admirando abanicos históricos...

—Te equivocas. Todos los príncipes tienen un criado de confianza, que suele ser algún príncipe destronado y desleído. Pero buen mozo...

—¿Eh?...

—Hoy Nelly anda por Nápoles, con el criado de confianza del príncipe. El príncipe sólo consiguió amarla dos meses...

—¡Qué mujer tan parecida a todas! ¡Qué inconstancia! Pero dime: ¡el criado tiene fortuna como para sostener una mujer de lujo, un ángel de joyería, como es Nelly?

—¿Ignoras, entonces, la suerte de Nelly?

—Desde que me escribió a Londres, diciéndome que se iba contigo, no sé nada, Rusiñol.

—¡Mujer de novela, che! El viejo García, el primer amante que tuvo en Buenos Aires, murió hace poco. Se pegó un tiro, desesperado por la soledad en que lo dejaron los besos de Nelly. Antes de matarse hizo testamento. Le ha dejado a Nelly toda su fortuna: un millón de pesos...

Crónica social

«Víctima de una rápida enfermedad ha fallecido en París, la virtuosa señora Nelly García, que en los últimos años de su vida consagró su fortuna a socorrer

a los menesterosos. Según comunica el telégrafo, en una de las cláusulas de su testamento deja una renta mensual de diez mil pesos, destinados a ayudar a todas las dactilógrafas que se casen con compañeros de labor, siempre que ellos sean también pobres como ellas. Se duda que esta parte de su testamento sea aceptada sin protestas legales por sus parientes. Uno de los hermanos de la extinta, residente en Buenos Aires, nos ha declarado ayer que su hermana sufría periódicamente de perturbaciones mentales. No sería difícil que hubiera escrito su testamento en un estado así».

Epílogo

Lo más interesante, lector, de esta novela, es que no es una novela. Trátase de la vida real de una dama que no ha muerto todavía. Escribí esta narración para ella únicamente. Para que ella, que está a punto de hacer su testamento, no olvide a las pobres y lindas muchachitas que, por virtud o por amor, envejecen penando sobre la maquinita que muele sus alas...



INDICE

NO LEAS ESTE LIBRO

El amor, las mujeres y otros venenos.

UN LIBRO QUE HABLA AL CEREBRO TOCANDO EL CORAZÓN.

Precio: $ 2.—

